

# El Ciervo

Univesidad de Sevilla - Facultad de Comunicación  
Trabajo Fin de Máster en Escritura Creativa  
Convocatoria 2019 - 2020

Gregorio Molina Martos



**UNIVERSIDAD DE SEVILLA**  
**MÁSTER EN ESCRITURA CREATIVA**

**Trabajo Fin de Máster**  
**Convocatoria: 2019 - 2020**



**EL CIERVO**

**Modalidad: Creación**  
**Gregorio Molina Martos**

**Vº Bº Tutor**

**José Manuel Camacho Delgado**

**CAMACHO  
DELGADO JOSE  
MANUEL -  
52327251C**

Firmado digitalmente por CAMACHO  
DELGADO JOSE MANUEL - 52327251C  
Nombre de reconocimiento (DN): c=ES,  
serialNumber=IDCES-52327251C,  
givenName=JOSE MANUEL,  
sn=CAMACHO DELGADO, cn=CAMACHO  
DELGADO JOSE MANUEL - 52327251C  
Fecha: 2020.11.09 12:16:22 +01'00'

(Firma del profesor)

Para mis hermanos

# Índice

<b>Novela corta: El Ciervo</b> .....	4
1. El portero, Pacuca y la maleta.....	6
2. La Barranquilla.....	15
3. Refugium peccatorum.....	23
4. El electroshock y la simulación.....	31
5. La Casa del Sol.....	33
6. La Magdalena.....	40
7. Un baño de sangre .....	49
8. El eclipse.....	54
9. El falangista desconocido. ....	60
10. La sorpresa .....	64
11. El guardés.....	69
12. El Camping gordo .....	72
13. El Ciervo .....	75
14. Epílogo.....	82
<b>Memoria justificativa</b> .....	87
1. Punto de partida. Objetivos.....	89
2. Tema.....	90
3. Narradores.....	91
4. Estructura narrativa .....	93
5. Tiempo y espacios.....	96
6. Personajes .....	98
6.1. Personaje principal .....	98
6.2. Personajes secundarios.....	101
6.3. Personajes fugaces.....	103
7. Estilo narrativo .....	103
8. Conclusión y resultados.....	106
9. Bibliografía .....	109
9.1. Novela histórica guerra civil española y franquismo .....	109
9.2. Novela.....	109
9.3. Teoría literaria y estética.....	109
9.4. Técnica de escritura .....	110
9.5. Historia de España .....	111
9.6. Publicaciones electrónicas .....	111
10. Imágenes .....	113

# **Novela corta: El Ciervo**

*Solo queda el sobretodo que se hincha con el viento,  
todo lo demás está inventado.*

Franz Kafka

*Si este trabajo le resulta difícil y tedioso de seguir, compadézcame,  
ya que he repetido estos cálculos setenta veces. Escribió Johannes Kepler.*

David Markson

*Pero el poder universalista de la vanguardia es el poder de la debilidad, de  
la autoborradora, porque la afirmación de universalidad de la vanguardia  
solo puede consolidarse al producir las imágenes más débiles posibles.*

Boris Groys

## **El portero, Pacuca y la maleta**

Madrid, septiembre de 1936.

Aquel día, vi al portero con un grupo de milicianos anarquistas. Nunca me había detenido a hablar con él, tan solo nos saludábamos, pues tendía a esquivarme con la excusa de sus quehaceres. Desde que había estallado la Guerra Civil, él podía dar cuenta a las autoridades de los movimientos sospechosos que observara entre los vecinos de la finca. Yo, por ejemplo, había llegado hacía unas semanas y, dadas las circunstancias, salía poco de mi cuarto.

En julio de 1936, la sublevación militar me sorprendió en Madrid. Estuve dudando si regresar a Jódar, mi pueblo, pero decidí quedarme y esperar a que la situación mejorara, pues supe que se estaban produciendo detenciones. Además, en Alcalá de Henares estaban asesinando a los prisioneros que traían en tren desde Jaén.

Nunca sabré si los milicianos pasaban por allí y se pararon a hablar con el portero por casualidad, o si les llamó para decirles que yo estaba alojado en el edificio desde hacía unas semanas, que era de dudosa procedencia y que, por tanto, necesitaba dar cuenta de ello. En seguida me acordé de Pacuca, pues la había llevado a mi cuarto hacía unos días. Recuerdo que aquel día el portero se giró con un gesto de desaprobación cuando nos vio entrar. Es lo primero que se me ocurrió pensar, pero nunca se sabe por qué se desencadenan los acontecimientos, sobre todo en un momento tan incierto como el que estábamos viviendo.

No me di la vuelta para no llamar la atención y fui hacia ellos sin variar el paso. Mientras me acercaba, la maleta que llevaba se balanceaba por su falta de peso. La agarré con firmeza para que no se meciera, pues pensé que asociarían su vaivén a una despreocupación que podría comprometerme aún más. Mi saludo fue esquivo, pero los milicianos exigieron que me detuviera. El portero bajó la cabeza para observar el equipaje que acababa de dejar en la acera. Me estuvo observando con detenimiento y en silencio, en un discreto segundo plano, mientras los milicianos requerían que me identificara. Les dije mi nombre, Enrique Acuña, y que me encontraba en Madrid por motivos de trabajo.

Me pidieron que les confirmara que vivía en el edificio y luego quisieron saber qué llevaba en la maleta. Nada, les respondí, porque en realidad estaba vacía, no llevaba nada dentro. Me obligaron a que la abriera mientras uno de ellos me apuntaba con un fusil de asalto. El resto se distanció por si llevaba algo peligroso. Primero solté las hebillas de las correas con cuidado de no hacer un movimiento en falso, pues aquel muchacho me estaba encañonando a escasos centímetros de mi cabeza. Recuerdo que el cañón del fusil oscilaba hacia los lados, con un ligero movimiento pendular. Al abrir la cerradura, moví mis dedos con pulcritud, como si estuviera haciendo un truco de magia, y antes de levantar la tapa les miré buscando su aprobación.

Cuando vieron que dentro no había nada, se pusieron un poco más nerviosos. Ahora era doblemente sospechoso, pues tenía que justificar por qué llevaba lo que no llevaba. Les dije que venía de la casa de empeños y que allí había dejado un montón de ropa a cambio de dinero. Luego me arrepentí de la explicación, pues pensé que, quizá, solo me detendrían para quitármelo. Como la situación no dejaba de empeorar, cerré la maleta con resignación, a la espera de que a mí también me cogieran y me trasladaran. Me dijeron que verificarían más adelante lo que les había dicho y que les tenía que acompañar porque querían inspeccionar mi cuarto.

Mientras subíamos por las escaleras del edificio, me tenía que hacer cargo de los escalones y de sus empujones. Como no dejaba de tropezar, terminé cayendo y me hice daño en una pierna. Casi no podía andar y llegué a la tercera planta de mala manera. Sin pedirme permiso, el portero abrió la puerta de mi cuarto y entraron. Yo me quedé fuera con él y con el miliciano que antes me había estado apuntando. Me costaba mantenerme en pie por el dolor, pero cuando me agachaba buscando el suelo, el muchacho hacía un



gesto con el fusil hacia arriba para que me incorporara. En el interior, no dejaban de dar golpes con los muebles y de vez en cuando se oía la rotura de cristales. Los desperfectos llegaron casi hasta mis pies. Intenté hacer memoria de lo que había dejado a la vista, por si hubiera algo que pudiera inculparme o comprometerme; como así resultó ser, pues, al salir, uno de ellos me dijo que era un chulo de cabaret y un vago. No sé lo que vería dentro que le hizo sacar esta conclusión. Volví a repasar mentalmente mis pertenencias intentando recordar. Quizá pudiera tratarse de alguna anotación o fotografía, de una carta o ficha de juego, o de todo ello al mismo tiempo.

Me trasladaron en su camión a un cine en el que convivían las enseñas y banderas anarquistas con los fotogramas y el cartel de la última película que se había proyectado, *La Millona*. En él se veía a una pareja abrazada protegiéndose de una persona de la que tan solo se veía su sombra; esta se proyectaba sobre una estatua griega que portaba una balanza y una espada. Era un triángulo formado por la Justicia, una sombra amenazante y una pareja amedrentada.

El militar que me había insultado se hizo cargo de mí y los otros se fueron. Me llevó a una habitación en la que solo había un militar sentado tras una mesa. Al principio no nos hizo caso y siguió a lo suyo, como si no hubiéramos entrado. Pasado un rato, me ordenó que depositara todas mis pertenencias sobre una silla, incluidos el cinturón y los zapatos. Saqué todo lo que llevaba en los bolsillos, también el dinero; entonces, el hombre levantó la mirada, pero enseguida la bajó y continuó con sus documentos.

Como me pidieron, les dije mi nombre y el de mis padres, y se mostraron extrañados, pues tanto mi nombre como mis dos apellidos coincidían con los de mi padre. Les expliqué que el primer apellido de mi madre era igual que el segundo de mi padre.

—Esto ocurre en los pueblos en los que se produce una cierta cohabitación entre las familias principales —sugirió el miliciano que estaba a mi cargo—. Con frecuencia se produce en las localidades pequeñas y entre las personas que pertenecen a un elevado rango social, ya que los restantes son mucho más numerosos y, por tanto, tienen muchas más posibilidades para emparejarse.

Cuando el miliciano terminó la aclaración, el hombre de la mesa lo observó con curiosidad. Luego se fijó en mí sin mostrar ninguna expresión en el rostro. La consecuencia fue que a partir de ese momento se mostraran más exigentes de lo que habían sido hasta entonces. El mismo que antes me había llamado vago, ahora se dirigió a mí diciendo que era un pululante detritus burgués. Después, su superior le pidió que se retirara.

Así, nos quedamos los dos solos en aquel habitáculo del cine Europa. Yo continuaba delante de la mesa mientras el militar seguía con sus cosas sin hacerme caso. Así estuvimos un buen rato. Intenté imaginar qué función tendría aquel espacio antes de que se instalaran los anarquistas. Quizá habría sido un guardarropa o un vestuario, pues no era muy grande y no tenía ventanas. Para mi sorpresa, aquel hombre se levantó, cogió los papeles que tenía sobre la mesa y, antes de marcharse de la habitación, me dijo que no se me ocurriera moverme. Por supuesto que se había dado cuenta de que apenas podía mantenerme en pie. Había una silla justo al lado, pero no podía arriesgarme a que entrara otra vez aquel hombre y me pillara sentado. Ni siquiera me senté en el suelo, aunque tampoco fue una decisión acertada, pues estuve durante mucho tiempo esperando que regresara. Solo podía apoyarme en una pierna; la otra la posaba o la doblaba como hacen los flamencos, pues la pantorrilla me provocaba un dolor insoportable que, además, me estaba subiendo por el muslo. Me acordé de un truco que había visto hacer a un mago ambulante en mi pueblo. La ilusión consistía en que se sacaba una cigüeña del bolsillo, pero en realidad la tenía retorcida dentro del hueco de su pierna ortopédica de madera. Yo también tenía la sensación de que había un animal doblado dentro de mi pantorrilla.

Estaba sudando y a punto de caer al suelo desmayado cuando entró el militar que se había quedado a mi cargo. Me dijo que habían comprobado que hoy había empeñado cinco vestidos de mujer bastante caros.

—¿Es cierto?

—Sí, así ha sido.

Antes de seguir interrogándome, me miró muy serio.

—¿De quién eran esos vestidos?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Los encontré en la calle. Los recogí con la idea de regalarlos, pues estaban en muy buen estado. Sin embargo, no encontré a quién, ya que no soy de Madrid. Así que decidí llevarlos a la casa de empeños.

Se levantó y anduvo en torno a mí sin decir nada.

—¿Dónde encontró esos vestidos y cuándo?

—En el parque del Oeste, creo recordar que el miércoles pasado.

—¿Está seguro?

—Creo que sí.

También me dijo que habían comprobado que mi padre había sido alcalde socialista durante algunos años.

—En 1916, en las municipales, su padre se presentó como candidato a la alcaldía de Jódar y salió electo — me miró para que se lo confirmara—. ¿Es así? ¿Usted reside habitualmente en este pueblo de la provincia de Jaén?

Le respondí que sí a las dos preguntas y me sentí por primera vez un poco reconfortado. Luego me ordenó que recogiera las cosas que había dejado sobre la silla, pero antes se guardó el dinero en la cartera sin decir nada. Me puse el cinturón y solo uno de los zapatos, pues el otro no me cabía en el pie.

—Usted debe alistarse de inmediato en el ejército republicano si no quiere que se le detenga por colaborar con los fascistas. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Por supuesto.

Deseé que estas fueran sus últimas palabras para poder marcharme de allí cuanto antes.

—Hoy mismo iré a la caja de reclutas.

Luego me miró y volvió a pasearse en torno a mí dando un par de vueltas. Sin embargo, sin decir nada, volvió a marcharse. El sudor me bajaba por el cuello y empecé a sentir vértigos. Permanecí de pie durante mucho tiempo. Lo único que recuerdo es que, cuando desperté, estaba tirado en la acera de enfrente del cine. Me puse de pie con dificultad y me alejé cojeando.

Preferí no pasar por mi cuarto porque no quería ver al portero; probablemente me detectaría en cuanto apareciera al final de la calle, pues era muy alto. Tampoco quería ver el destrozo que habían causado en mi habitación. Caminaba muy despacio, apoyándome en la pared. Me paraba cada pocos pasos y me sentaba donde podía. Fui renqueando a casa de Pacuca.

Pacuca solía llevar un abrigo y un sombrero que le quedaban holgados, y eso me gustaba, porque parecía como si su cuerpo se perdiera o flotara dentro de su ropa. A su domicilio iba gente de todo tipo a probar suerte, a jugar me refiero. Había un vigilante en la puerta que siempre me saludaba con amabilidad y complacencia. La casa era un poco cochambrosa, sin ningún esplendor. Si descubrían su negocio, ella siempre podría decir que estaba reunida con unos amigos. Iban muchos por allí, unos quince cada día. Yo me sentía como en mi casa. Podías pasar el rato charlando con la gente, aunque yo prefería estar con ella. Aquella noche, fui solo con esta idea.

—¿Empeñaste los vestidos? —me preguntó Pacuca desde la cocina en cuanto me sintió entrar.

Había empeñado unos vestidos de mis cuñadas y de mi madre con la intención de devolver un dinero que me habían prestado en Madrid. Me los había traído del pueblo con esta idea, pero quería recuperarlos en cuanto tuviera oportunidad. Sin embargo, en el cine me habían dejado sin blanca, por lo que, por el momento, debía olvidarme del tema. Cuando me vio cojear, se sobresaltó.

—Enrique, ¿qué te ha pasado?

Pacuca estaba haciendo un caldo en un perol enorme y lo removía con un cucharón. Cada vez que lo giraba, tenía que recogerse la bata de satén que le colgaba del brazo.

—Siéntate —me dijo con preocupación.

Me acercó un taburete diminuto y me senté encogido para mantenerme centrado y no caerme.

—Me he caído por las escaleras. No sé si me he roto algo, me parece que sí.

Haciendo equilibrios, me arremangué el pantalón hasta la rodilla y levanté la pierna para que la viera. Tenía el pie metido en el zapato a modo de zapatilla porque no me cabía. Se agachó para mirarla.

—¡Madre mía! —se llevó las manos a la cabeza sin llegar a tocársela del todo.

Pacuca era muy gesticuladora porque de más joven había sido actriz o cantante, según decía, pero lo había dejado porque no le gustaba que la manosearan. Aquí, yo soy la jefa, nos solía recordar señalándose el cuerpo. Luego se volvió, cogió un tazón de un armario y lo llenó con un par de cazos.

—Toma y te calientas. Le voy a decir a Manolo que te la mire. Tienes mala cara, estás muy pálido.

Le expliqué que me había desmayado y que no sabía cuánto tiempo había estado tirado en la acera.

—No sé si una hora o un día entero. ¿Qué día es hoy?

—Lunes.

Le seguí explicando que habían estado unos milicianos anarquistas en mi casa porque, probablemente, el portero me había denunciado y me habían llevado detenido al cine Europa.

—Maldito orangután... —se ajustó la bata.

—Me han dicho que tengo que alistarme y que me detendrán si no lo hago.

—Tienes una posibilidad —levantó y movió el dedo índice hacia delante y hacia atrás.

—Dime.

Mantuvo durante unos segundos la sugerencia en suspenso. Como por allí entraba y salía mucha gente, Pacuca manejaba una gran cantidad de información, sabía administrarla y muchos le pedían consejo. En cierta manera, era un valor añadido a su negocio.

—Tienes que conseguir que te envíen a la Sierra de Guadarrama, apúntalo, toma —me acercó un papel y un lápiz.

Pacuca tenía esa manía un poco mandona de decirte lo que tenías que hacer. Me explicó a dónde tenía que acudir para apuntarme, lo sabía todo.

—Tienes que ir a la calle Gaztambide. Conozco a los que están en la puerta. La Sierra es un frente tranquilo, pues dicen que los que van allí parece que, de momento, tan solo veranean.

También le expliqué a Pacuca que me habían quitado el dinero que había conseguido en la casa de empeños.

—A Arnoldo no le va a hacer ninguna gracia, no se va a poner nada contento, ya sabes cómo es. Una razón más para que te largues y desaparezcas —sugirió—. Pero, por ahora, te vas a quedar unos días en esta casa hasta que la pierna se te cure. Mañana va a venir Manolo y le diré que te la vea. Que no se te pierda el papel —se giró para seguir dando vueltas al caldo.

Creo que le gustaba cocinar, pues se pasaba mucho tiempo delante de los fogones sin hablar.

Durante los días que estuve encamado en casa de Pacuca, de vez en cuando me traía pasteles envueltos en papel. Sus “amigos” se los regalaban, según decía. Me los ponía en la palma de la mano, a modo de bandeja, mientras ella, poco a poco, los desenvolvía. No la he vuelto a ver desde entonces. No sé qué habrá sido de ella.

No regresé al cuartocho que tenía alquilado ni siquiera para recoger mis cosas. En octubre, me alisté en el Batallón Alpino de la Sierra de Guadarrama, pero estuve poco tiempo, apenas un par de meses.

Mi mujer me recrimina no haber sabido de mí durante todo este tiempo. He intentado explicarle que la situación se prestaba a permanecer en un lugar inespecífico. Está asustada por lo que está ocurriendo en el pueblo. Lo está pasando mal y, en parte, me lo achaca a mí. Me ha contado que, poco después de que los nacionales entraran en el pueblo, un falangista denunció a su hermano porque estaba llevando alimentos a un sindicalista. Mi mujer dice que le delataron para quedarse con sus propiedades. Estuvieron a punto de fusilarle. Creo que ella no quiere que se la asocie conmigo por lo que hice durante la guerra. Ha estado viniendo a visitarme al cuartel con nuestras hijas, pero creo que lo hace únicamente para que ellas me vean.

## La Barranquilla

Acuartelamiento del Batallón Alpino de la Sierra de Guadarrama, diciembre de 1936.

Desde que me despedí de ellos en la Barranquilla, no he vuelto a saber de ninguno de los tres. Con motivo de su desaparición, no puedo salir del acuartelamiento. Tampoco me atrevo a pedir que alguien vaya a hablar con Marta para que le pregunte si Enrique está escondido en alguna parte. Prefiero no implicar a nadie más en esta historia para que la situación no se descontrole aún más. Solo espero que aparezca.

El día de su fuga, se nos encomendó a los dos que colocáramos en la línea del frente latas atadas con cuerdas para evitar posibles deserciones. Es decir, se le había encargado a la persona que estaba planeando su huida que montara esa instalación para evitar que nadie lo hiciera. Durante todo el día, debió estar riéndose para sus adentros. Por supuesto que aprovechó la oportunidad. Aunque tampoco hay que descartar que se le ocurriera marcharse esa misma tarde, en el último momento.

Es posible que Elvira se haya fugado con él. Solo hay dos opciones, que Enrique siga por aquí cerca escondido o que haya desertado, que es la opción por la que me decanto. En todo caso, hay muchas cuevas por los alrededores.

Solíamos bajar a Rascafría siempre que teníamos ocasión, como la que se nos brindó aquel día. Hasta ahora, Enrique nunca había hecho nada que le comprometiera. Bajamos con los burros con la idea de recoger unas cuantas latas para, después, ir a



buscar a Elvira y Marta. Por eso anduvimos toda la mañana corriendo de un sitio a otro, para poder estar con ellas el mayor tiempo posible.

El teniente da por supuesto que Enrique ha desertado, pues supone que estaba colocando cuerdas cuando se fugó, aunque todavía, como indican las ordenanzas, hay que darle unos días por si aparece. Para él todo está muy claro. El teniente me ha preguntado que dónde fue la última vez que le vi. Le he contestado que no sé lo que ha pasado, pues, supuestamente, estábamos trabajando en distintos lugares de la línea del frente, tal y como se nos había dicho que hiciéramos. Puede ser que haya sido así en el caso de que subiera tras de mí, aunque no estoy seguro de que lo hiciera. No sé, no tengo ni idea.

Cuando llegamos a Rascafría, atamos los burros junto a la iglesia y nos fuimos al bar. En el pueblo no es que no nos quieran, pero nuestra presencia incomoda, pues saben a lo que vamos con tanta frecuencia, en este caso con la excusa de ir a buscar unas cuantas latas. Cuando podemos bajamos, y eso que el pueblo está a más de dos horas andando. Aquel día, al entrar en el bar, los parroquianos nos miraron moviendo el palillo entre los dientes y Enrique levantó la mano con gesto conciliador. Les dimos las buenas tardes, pero ellos siguieron a lo suyo. En realidad son muy correctos, no tenemos nada que reprocharles, aunque nos tratan con indiferencia. Nos tomamos unos carajillos y, cuando terminamos, volvimos a desearles que pasaran una buena tarde, pero, esta vez ni siquiera levantaron la vista de la mesa.

Puede que estén en la huerta, me sugirió Enrique, pero le dije que primero fuéramos al basurero a recoger unos cuantos envases y así lo hicimos. Allí no nos molestó nadie, salvo un perro que husmeaba por los alrededores. De vez en cuando, se acercaba a los burros y estos lo espantaban lanzando patadas hacia atrás. Luego volvía y así sucesivamente, hasta que se cercioró de que en las alforjas no llevábamos nada de comer y decidió seguir buscando entre la basura, como hacíamos nosotros. Cuando tuvimos las alforjas llenas, se presentaron ellas. Enrique me dijo que seguro que habían estado escondidas y que no habían decidido aparecer hasta que vieron que ya habíamos acabado. Alguien les debió decir por dónde andábamos. En los pueblos las noticias vuelan.

—¿Qué hacéis removiendo entre la mugre como los perros? —nos preguntó Elvira con los brazos en jarra y contoneándose, muy en su papel de moza del pueblo.

Enrique, también en el suyo, se bajó un poco la gorra y contestó que esperando que vinieran.

—Poco habéis tardado —añadió.

Marta silbó al perro y este la reconoció. Corrió hacia ella y colocó sus patas sobre sus muslos.

—Así, así, muy bien —le decía mientras chasqueaba los dedos para que saltara a su lado.

—Le tienes muy bien enseñado —le dije yo.

—Es muy listo —contestó.

—Nos podríais haber echado una mano —les sugerí.

—¿Me puedo llevar estas? —preguntó Marta señalando dos latas enormes, las más grandes—. Es para trasplantar unos geranios.

Las cogió y los cuatro nos pusimos en marcha con los burros. Con su alma de aldeana equilibrista, Marta se colocó las latas sobre la cabeza mientras andábamos. Yo la intenté imitar, pero siempre se me caían. Elvira y Enrique iban delante, a una cierta distancia.

Con los dedos, Marta me estuvo explicando cómo eran las trampas para pajarillos que colocaban sus hermanos y que ella se encargaba de quitar siempre que podía. Juntaba los dedos índice y pulgar para que asomara entre ellos un dedo que movía a modo de señuelo. Aquí se colocan las alúas para que los pájaros las agarren por la cabeza y se las coman vivas. Con sus enormes ojos, me explicó el mortífero mecanismo con todo detalle. Entonces, me abalancé sobre el dedo y no me soltó hasta que llegamos a la Barranquilla.

Le duele aquí, me dijo Marta señalándose el pecho. Porque se pasa el día fumando hierbajos que se encuentra por ahí. Mi amiga me dijo que se tenía que marchar

antes, pues tenía a su padre malo. Entonces, yo también decidí marcharme, pues no era cuestión de esperar a que Enrique y Elvira terminaran sus arrumacos. Les dije que me adelantaba para colocar las cuerdas con las latas, pues íbamos bastante retrasados; además de que al sargento le teníamos un poco mosca con nuestras excursiones a Rascafría. Le dije a Enrique que lo esperaba arriba. Asomó la cabeza por detrás de Elvira y con un gesto circular de la mano me dio a entender que nos veríamos luego. Luego volvió a desaparecer entre un lío de piernas y brazos. Me alejé con un borrico y no he vuelto a saber de él desde entonces, hace tres días.

Como esperaba, me llamaron para que declarara en relación con la fuga de Enrique Acuña. Tras presentarme frente a la mesa de su despacho, el teniente me ordenó que descansara. Tecleaba el informe sin decir nada. Mientras, yo esperaba con las manos a la espalda. Levantó la cabeza de la máquina de escribir y me miró con atención antes de informarme que tenía que hacerme algunas preguntas relacionadas con la desertión de mi compañero.

—Se produjo entre las dieciséis y las veinte horas, ¿es así?

—Sí, mi teniente —contesté con rotundidad.

En segundo lugar, quiso saber si el soldado llevaba armamento en el momento de la fuga. Sin moverme, le respondí que no se lo podía asegurar, pero era probable que solo llevara el fusil reglamentario y su munición correspondiente. Se detuvo a escribir mi respuesta.

—En el día de autos ¿cuándo vio usted por última vez al soldado Enrique Acuña?

—En torno a las dieciséis horas aproximadamente.

—¿En qué lugar se separaron y qué estaban haciendo en ese momento?

—Nos separamos cuando llegamos a la unidad militar. Veníamos de Rascafría, pues allí habíamos estado recogiendo el material que se nos había indicado, mi teniente.

—¿Qué cometido tenía que realizar el soldado Acuña aquella tarde?

—Cada uno estaba encargado de colocar las cuerdas con las latas por diferentes lugares de la línea del frente. La idea era terminar al día siguiente, pues ese día lo dedicamos sobre todo a buscar el material, pero aun así tuvimos tiempo de colocar algunas cuerdas por la tarde. Eso fue lo que yo hice y lo que debía hacer mi compañero.

—¿En qué momento se echó en falta la presencia de Enrique Acuña?

—Cuando terminé aquel día, en torno a las ocho de la tarde, regresé al acuartelamiento y comuniqué a nuestro sargento que, por ese día, yo ya había finalizado y que continuaríamos por la mañana. También le informé que Enrique Acuña todavía no había regresado. Estuvimos pendientes de su vuelta hasta las once de la noche, momento en que el sargento ordenó que una patrulla fuera a buscarle por los lugares que habían estado a su cargo. A las dos de la madrugada, decidimos regresar. Desde entonces no sabemos nada de él.

—Según me ha informado su sargento, estuvieron recogiendo el material desde las ocho de la mañana. ¿A qué hora abandonaron la unidad militar?

—En torno a las diez, mi teniente. Con anterioridad, estuvimos buscando latas en la cantina, la cocina, los basureros, por diferentes lugares de almacenamiento y estancias de la tropa. Cuando consideramos que habíamos terminado, decidimos acercarnos a Rascafría, de lo cual informamos a nuestro sargento y fuimos autorizados, pues el material que habíamos recogido era insuficiente para cubrir todos los tramos de la línea de frente que se nos habían ordenado. A esa hora, tras descargar lo que habíamos recogido a primera hora de la mañana, iniciamos la bajada con dos burros.

—¿A qué hora llegaron a Rascafría y cuándo regresaron?

—Llegamos al pueblo en torno a las doce e inmediatamente nos pusimos a buscar el material que nos faltaba. A las dos, aproximadamente, iniciamos la ascensión y llegamos en torno a las cuatro, que fue cuando nos separamos, tal y como le he referido con anterioridad, para que cada cual comenzara a instalar las cuerdas por diferentes lugares.

—En relación con el posicionamiento ideológico y político de Enrique Acuña, necesito que me responda a las siguientes cuestiones: ¿manifestó en algún momento algún tipo de crítica hacia el legítimo Gobierno de la República, el Ejército o sus

mandos? Durante el tiempo que ha permanecido en el Batallón o el período de instrucción, ¿ha ocasionado o ha sido motivo de conflictos?

—En ningún momento manifesté ideas contrarias al Ejército, al legítimo Gobierno de la República o a las organizaciones políticas y sindicales que le son afines —me quedé pensando, intentando recordar, mientras el teniente escribía con parsimonia—. Sobre la otra cuestión, no tengo conocimiento de que haya ocasionado problemas entre sus compañeros ni tampoco que haya expresado disconformidad con la organización y funcionamiento de la unidad. Sí tengo que decir que con frecuencia se mostraba reservado. Por lo general, era poco hablador.

Aunque el invierno se había instalado en la sierra desde principios de noviembre, el sol entraba por la ventana. El teniente no parecía alarmado por lo que había ocurrido, a pesar de que era la primera desertión que se producía entre nosotros. Se lo había tomado como una rutina más de la que tuviera que hacerse cargo. Sin embargo, cuando finalizó de redactar las respuestas, me preguntó con un poco más de intención e interés si sabía de alguien con quien Enrique hubiera mostrado mayor confianza en el trato, una cierta complicidad o cercanía. Esperé mi respuesta atento a cómo reaccionaba.

—No le podría informar al respecto, mi teniente.

Fue lo único que contesté y no sé si se dio por satisfecho, pues tardó más que en las anteriores respuestas en ponerse a escribir, como si hubiera dudado con volver a formular la pregunta o insistir con alguna cuestión relacionada. El caso es que prefirió seguir escribiendo. Todo se desarrollaba con suma lentitud. Dejó de teclear y sacó del cajón de su escritorio un documento que leyó en silencio con atención. Mientras tanto, yo seguía frente a él en posición de descanso. Había vacilado si proporcionarle algún nombre y creo que se me había notado. Podría haberle dado el de algunas personas con las que se relacionaba, como también era, por otra parte, mi caso. No contesté por temor a verme involucrado ni para comprometer a mis compañeros. Tras leer el documento que había sacado del cajón, el teniente volvió a mirarme como si estuviera interesado en algo y, tras dudar o pensárselo mejor, dijo que era suficiente y ordenó que me retirara.

Recuerdo que el día que llegamos por primera vez a la sierra, en octubre, algunos nos alojamos en una casona que habitualmente sirve de albergue a los montañeros. Encendí la chimenea y me senté en un sillón de mimbre. Luego, Enrique apareció en la sala y me ofreció un cigarro. Era correcto en los modales y en todo momento guardaba la compostura. Nunca había en él nada que desentonara, salvo, tal vez, una cierta falta de desarreglo. Se sentó derecho, con una dignidad natural y permanecimos un rato en silencio. Hacía frío y yo estaba envuelto en una manta. Estuvimos un rato sin decir nada mientras fumábamos, hasta que me preguntó por mi familia. Quiso saber si tenía hijos o estaba casado. Le dije que no, que todavía era muy joven y que ni siquiera estaba comprometido. Él me contó que tenía dos hijas y que era de un pueblo de Jaén; entonces, acercó un poco más la silla a la chimenea. Me estuvo explicando que la guerra le había cogido en Madrid, pues trabajaba como comercial y se encontraba en esos momentos tratando algunos negocios que tenían que ver con la venta de capachos y productos de esparto. ¿No pensaste en volver a tu tierra cuando estalló la guerra?, le pregunté interesado. Decidí alistarme, que es lo que procedía hacer, me contestó. Le conté que yo no tenía ningún tipo de compromiso familiar y que, aunque todavía no me correspondiera por la edad, me había alistado porque pensaba que había que combatir al fascismo. Me escuchaba con atención. Cuando terminó el cigarro, se levantó. Ya estaba próximo a la puerta cuando me dijo que se iba a echar un rato, pues necesitaba descansar.

Algunos soldados tenían un comportamiento poco comunicativo con sus compañeros. No todos se mostraban igual de elocuentes a la hora de manifestar sus ideas. Lo que sí tengo que decir es que entre nosotros predominaba un espíritu de camaradería que, con posterioridad, he echado en falta durante mucho tiempo. Entendíamos que estábamos contribuyendo a construir un mundo más solidario. Durante aquellos años, cada uno a su manera, unos más expresivos que otros, todos nos ayudábamos. En este sentido, para mí, Enrique era uno más. Sin embargo, también es verdad que se solía decir que nuestro Batallón estaba integrado por señoritos, pues, para incorporarse, se solicitaba que se hubieran practicado deportes de montaña. Yo no sabía esquiar, pero conocía bien la Sierra de Guadarrama.

A pesar de lo que expliqué al teniente, una de las pocas personas con las que Enrique Acuña trabó amistad fue conmigo. No entiendo cómo, durante todo ese tiempo, no me di cuenta de lo que se traía entre manos. Probablemente, este fuera el motivo por

el que se mostraba tan cauto y reservado. Pensé que, quizá, a mí también me había engañado. Aunque seguía contemplando la posibilidad de que lo hubiera decidido en el último momento porque Elvira le habría incitado.

La mañana del día de su desaparición, estuvimos hablando sobre el derecho de subsistencia. Recuerdo que la conversación transcurrió en un tono afirmativo. Enrique tenía la extraña cualidad de mostrarse siempre conforme. Era amable y nunca le vi discutir. Quizá pensara que no le concernían los problemas por los que estábamos pasando y que tan solo tenía que saber sortearlos. No lo sé, tampoco podría asegurarlo.

## Refugium peccatorum

Valladolid, 1937.

Sucedía siempre de madrugada y de la misma manera. Cuando llegaba, me quedaba dentro del camión con el motor al ralentí, pues afuera hacía mucho frío. Después de fumar un cigarro, me bajaba y mezclaba entre la gente. Ellos esperaban con expectación a que llegaran las personas que iban a ser fusiladas. No solía hablar con nadie y si alguien me preguntaba algo o se dirigía hacia mí, seguía andando como si no le hubiera entendido o estuviese ocupado. Como hacen los perros, husmeaba entre las personas y, luego, me echaba a un lado para orinar. Yo era el encargado de trasladar los cadáveres al cementerio.

Tenía que esperar para llevármelos en la camioneta. Aquel día, bajé de la cabina y me crucé con una señora muy resuelta que venía del puesto de churros. Procuré pasar a su lado a escasos centímetros para olisquearla. Ella había llegado al mismo tiempo que yo. Estuvo hablando con regocijo con algunos conocidos y luego se fue al puesto para comprarse unos churros y un vaso de anís. Pasé a su lado, a medio camino entre el quiosco y el hombre que la acompañaba. Cuando estuve a su altura, la olfateé. Luego, me giré para ver cómo se alejaba tras de mí. Yo solía repetir los mismos movimientos cada día, pero creo que a nadie le importaba demasiado. Aunque la gente me veía todas las madrugadas, procuraba hacer como si no me conocieran.

Tras cruzarme con aquella mujer, yo también fui hacia el puesto de churros. Sin embargo, cuando llegué, no me paré, sino que cambié de dirección como si hubiera rebotado contra un tope. Entonces, salí despedido a la misma velocidad con que había llegado, formando el ángulo adecuado en relación con mi trayectoria inicial. Poco a



poco fui perdiendo impulso hasta que me detuve, como se detienen las pelotas cuando pierden potencia, y me quedé quieto cerca del paredón. Me coloqué las manos bajo los sobacos para intentar quitarme el frío.

Recuerdo que, detrás de mí, oía un continuo cuchicheo. La gente hablaba sin parar a pesar de que era muy temprano.

De pronto, los camiones llegaron salvando las irregularidades del terreno. Aunque mi función correspondía con una acción posterior, mis superiores me ordenaban que llegara siempre antes. Creo que lo hacían para que presenciara todo aquello y adquiriera experiencia. De manera repentina, las luces de los camiones nos iluminaron y la gente les abrió paso echándose a un lado, con los ojos entrecerrados para protegerse de los focos. Entonces vi sus gestos de oprobio.

Si los rostros de los que les increpaban eran casi siempre los mismos, los que descendían de la parte trasera de los camiones siempre eran diferentes. Al contrario que nosotros, nunca habían contemplado aquel ritual. Ninguna otra noche habían estado allí en estas circunstancias y nunca volverían a estarlo. Yo, por el contrario, tenía que estar allí todos los días a la misma hora.

En ese momento, me eché a un lado, como si alguien tirara de mí con una cuerda, y me desplazé lateralmente hasta que desaparecí entre las sombras. Allí, medio escondido, me fumé otro cigarro y luego, cuando terminé, oriné.

Habitualmente, yo llevaba los cuerpos al cementerio. Allí me recibía el cura, Don Roberto, y el encargado del cementerio, Fernando, que había sustituido recientemente a Genaro. El cura nos miraba mientras depositábamos los cuerpos en la fosa. Antes de echarles abundante cal, hacía la señal de la cruz y luego se marchaba. Esa era su función, más bien espiritual. Hacía ese signo en el aire sin decir ni una sola palabra. Trazaba cruces incorpóreas, una tras otra, y Genaro, el anterior encargado del cementerio, tenía la costumbre de cogerlas para guardarlas en una caja, según decía. No quería que se le perdiera ni una y, si era necesario, las buscaba entre las tumbas. Se agachaba y rascaba las piedras con la uña, como si se hubieran quedado adheridas y tuviera que hacer un esfuerzo enorme para despegarlas. Lo hacía con saña.

Los rostros de los cadáveres que bajábamos del camión tenían un gesto agrio. Antes de arrojarlos al hoyo, Fernando colocaba bien los mechones que a las mujeres les caían por la cara. Don Roberto lo observaba y dejaba hacer. Temí que a Fernando le fuera a pasar lo mismo que a Genaro, del que decían que había enloquecido, aunque tardaron bastante en darse cuenta; solo cuando, con el tiempo, dejó de trabajar. Esto me dio una idea, ya que le habían relegado de sus funciones y en su lugar habían puesto a Fernando. Recuerdo que Don Roberto me solía dar un escapulario cuando terminábamos cada día; yo también empecé a coleccionarlos.

Cuando se oía el último disparo, los perros de la zona solían aparecer desde diferentes puntos del arrabal trazando recorridos con disimulo. Recuerdo que había uno que era como de otra época, pues tenía una cruz marcada en un costado, como si se la hubieran hecho con un cuchillo o a fuego, o con las dos cosas al mismo tiempo. Los animales sabían que tenían que esperar a que yo cerrara los pestillos de la puerta trasera del camión para desayunarse con la sangre de los fusilados que todavía empapaba la tierra. Sin embargo, aquella madrugada, no terminé mi trabajo. Lo único que recuerdo es que la cuerda siguió tirando de mí y me arrastró a un lugar todavía más oscuro. De tal manera que, a mí también, tuvieron que recogerme entre varios.

Cuando desperté, vi que Genaro también estaba en la habitación. Lo tenían atado a la cama con una correa. Recuerdo que se incorporaba, me miraba fijamente y me llamaba por mi nombre, Enrique. De pronto, giraba la cabeza como cuando los caballos relinchan, pero sin hacer ruido con la boca. Luego, me volvía a mirar, volvía a llamarme por mi nombre, Enrique Acuña, se quedaba quieto y volvía a mover la cabeza. Era una habitación alargada y estábamos unos veinte, algunos, como yo, tirados en el suelo sobre una manta.

No estaba seguro si yo también estaba fingiendo, como pensé que pudiera estar haciendo Genaro. Mi intención era conseguir lo mismo que él, que me relegaran de mis funciones. Sin embargo, cuando llegó el médico alemán, empecé a dudar, pues se me ocurrió pensar que, al igual que él, yo también fingía que estaba fingiendo. Por eso, me mostré de acuerdo con lo que el facultativo me dijo. En todo caso, creo que muchos de

los que estaban ingresados en aquel moridero tenían una actitud parecida. En la habitación reinaba una aparente y singular conformidad, solo interrumpida, de vez en cuando, por algún lamento, quejido o arrebato descontrolado.

Un día, mientras seguía ingresado en el psiquiátrico, llegaron hasta mí unos cuantos uniformados. No sé por qué llegó este grupo. Estarían de visita y de pronto me vieron y se acercaron por curiosidad porque les sonó mi cara y quisieron comprobarlo. Aunque tampoco descarto que hubieran llegado en relación con algún cometido protocolario, de supervisión o de traslado. Se reían, como era habitual en ellos, por cualquier cosa. Todo les hacía gracia. Golpeaban el suelo con sus botas y, cuando se movían, frotaban el cuero de sus correajes contra la ropa. Los reconocí y ellos también a mí. Eran los que, una madrugada, cuando volvía del Campo de San Isidro, me pararon y se subieron al camión porque necesitaban que les llevara. Aunque no sé si fue al contrario y fueron ellos los que me llevaron a mí al Prado de la Magdalena. Cuando rodearon mi cama, como si estuvieran de visita médica, les dije que una mujer había estado esperando recibir noticias del matrimonio que sacamos aquella noche de su domicilio; esa señora había permanecido sentada frente a la Cárcel Vieja durante casi un mes. Sin embargo, cuando les expliqué esto, los uniformados se pusieron muy serios, como si les hubiera ofendido en algo. No admitían que nadie se saliera del guión y, por este motivo, solían manifestar repentinos cambios de humor. Recuerdo que yo había visto llegar a la Cárcel Vieja a muchas mujeres en muy mal estado. Las obligaban a bajarse de los camiones y les pegaban en las pantorrillas con varas para que anduvieran más deprisa. Sin embargo, algunas respondían dando gritos y se lanzaban contra los que les custodiaban golpeándoles con los puños.

—¿A quién dices que esa mujer estuvo esperando durante un mes? —se acercó uno de los falangistas poniéndose muy serio.

—Al matrimonio que fuimos a buscar a su casa de madrugada con la camioneta, ¿se acuerdan?

—¿A quiénes? —me respondió otro en tono de burla y con aparente interés.

—Cuando los sacaron de su domicilio, ella llevaba un abrigo negro, pues hacía mucho frío. Llevaban ropas muy gruesas y bastas, como las que se usan en los pueblos, —me agarré la solapa del pijama para que me entendieran.

—Tú no eres de Valladolid, ¿verdad? —me contestó, poniendo en duda mi procedencia.

—Déjale —dijo otro—, se le ha ido la cabeza.

Se marcharon, otra vez en tono festivo, menos uno que giró la cabeza para mirar a Genaro, pues nos había estado escuchando todo el rato muy atento.

Recuerdo que una noche empecé a conversar con Genaro.

—Genaro, hay que dormirse, le dije, ya se ha hecho de noche, tenemos que descansar. El resto de los compañeros ya está durmiendo.

Él estaba incorporado en la cama porque nunca tenía sueño. Prefería permanecer alerta y, ante cualquier ruido, reaccionaba como un animalillo.

—Genaro, es hora de acostarse —le repetí, pues me comportaba con él como si fuera su padre.

Sin embargo, aquella noche, por primera vez, quiso decirme algo, pues lo habitual era que se mostrara indiferente ante cualquiera que le hablara. Así, dejé a un lado mi interés por que se durmiera y procuré fomentar el suyo por comunicarse. Pero, cuando abrió la boca, no le salió ninguna palabra. Abría y cerraba los labios, se esforzaba, pero era como si alguien le hubiera bajado el sonido. Empezó a preocuparse y a señalarse la lengua para que lo ayudara. Entonces, como en un acto reflejo, yo también empecé a abrir y a cerrar la boca, pero también sin decir nada. Y así fue como, a partir de ese momento, comenzamos a conversar en silencio por las noches.

Estuve ingresado unas cuantas semanas y el médico me señalaba mis progresos, aunque me costaba identificarlos y nunca me decía cuánto. ¿Cómo cuánto?, le preguntaba sin obtener respuesta. Creo que el médico pensaba que no merecía la pena decirme nada

porque no le iba a entender, además de que, como era alemán, tenía un vocabulario muy restringido. Solo en términos absolutos podríamos haber estado de acuerdo, pero ni siquiera eso. Un día me puso un dedo delante de mi cara, lo movió y me pidió que lo siguiera. Yo lo seguí atentamente, tal y como él me había pedido, y se mostró satisfecho, pues recogió sus cosas y se marchó como si hubiera obtenido un buen resultado clínico. El tratamiento era de este tipo y, como había restricciones, ni siquiera nos administraban medicamentos, aunque yo lo prefería así. Cuando salía el sol, nos ponían en fila a media mañana y nos llevaban al patio. Allí nos juntábamos cerca de cuatrocientos. Primero cantábamos himnos y luego caminábamos en círculo hasta que algunos comenzaban a golpearse y a dar gritos.

Durante bastante tiempo, el médico alemán estuvo sin pasar visita, hasta que un día vino a verme y me propuso que intentara recordar lo que había provocado mi malestar, pues me aseguró que esto me ayudaría. Empecé a referirle lo que me había pasado en uno de mis trayectos desde el Campo de San Isidro hasta el cementerio con aquellos falangistas uniformados que habían estado en el hospital. Sin embargo, cuando iba por la mitad del relato, el médico pidió que me callara y nunca lo retomamos.

Le había estado contado que, una noche que volvía con el camión, me habían parado estos falangistas. Estaban completamente borrachos. Me exigieron que me bajara y que les mostrara mi documentación, a pesar de que yo insistía que era falangista como ellos.

—No nos lo creemos —me respondían y se echaban a reír.

Pensaba que, cuando me pararon, estaban tomándome el pelo e intentando asustarme. Había llegado a Valladolid hacía poco y parecía que me estaban poniendo a prueba.

—Bájese y nos muestra lo que lleva en el camión.

Me bajé y les enseñé los diez cadáveres que transportaba. Me obligaron a que subiera para que me cerciorara de que ninguno hubiera huido.

—Cuéntalos, no vaya a ser que alguno se te haya escapado y la vayamos a liar.

Creía que estaban pasando el rato intimidándome, como le podía haber pasado a cualquier, pero en mi caso, como también era falangista, imaginaba que no me iban a

hacer nada. Luego se montaron en el camión y me obligaron a que les llevara. Me indicaron la calle y el número. Me dijeron que ellos me guiaban, pues yo no sabía dónde estaba. Por allí, me decían que fuera, aunque ya habíamos pasado por el mismo lugar un par de veces; por allí, volvían a repetirme, date prisa, que tenemos que llegar pronto, antes de que se haga de día. Después de dar bastantes vueltas por Valladolid, nos paramos y me pidieron que esperara dentro.

—Tú estate aquí y no te vayas a marchar que se te cae el pelo.

Estuve dudando si irme al cementerio, tal y como debía hacer, pero esperé que volvieran, confiado en que simplemente estaban un poco borrachos y que habrían ido a buscar a alguien con quien seguir la juerga. Bajaron acompañados de un hombre y una mujer a los que apuntaban con pistolas en la cabeza. Fue en este momento del relato en el que el médico alemán me dijo que no hacía falta que continuara. Se marchó dejándome con la historia a medias.

A los dos les llevamos, mejor dicho, les llevé yo, porque yo era el que conducía el camión, al Prado de la Magdalena. Aparcamos y me obligaron a que yo también descendiera. Tienes que acompañarnos, pues vamos a tardar un rato, y así nos echas una mano. Insistían en que no podía estar siempre conduciendo, pues tenía que implicarme más y tener una actitud más activa con el Movimiento. Mientras los falangistas gritaban sin saber lo que decían, pues estaban que se caían de borrachos, nos adentramos en el parque junto al hombre y a la mujer. Yo iba a su lado y veía que los dos estaban aterrorizados. No sabía lo que iba a pasar ni qué papel tendría yo en todo aquello. Nunca había estado en el Prado de la Magdalena, tan solo pasaba cerca cuando iba al cementerio. En todo caso, desde que los nacionales se habían hecho con la ciudad, se había convertido en un lugar inhóspito y nada recomendable del que se contaban cosas espeluznantes. Nos detuvimos entre unos árboles, a resguardo de miradas ajenas, y me ordenaron que atara al hombre a un árbol. En ese momento, todos los falangistas cambiaron repentinamente de humor. El hombre se resistió, por lo que le golpearon hasta inmovilizarle. Luego, intentaron rasgar la ropa a la mujer, pero también opuso resistencia. La sujetaron entre varios y le dieron con un vergajo hasta que lo consiguieron. Luego me indicaron que continuara hasta donde me alcanzara la mano. Les dije que no entendía lo que querían decir y me dieron un guantazo. ¿Te ha quedado claro ahora?

También llevé a la mujer y al hombre al cementerio, junto con los otros diez cadáveres. Los falangistas, por el contrario, se fueron andando. Aunque llegué bastante tarde, Genaro todavía me estaba esperando y no me preguntó por qué había tardado tanto. Don Roberto ya hacía tiempo que se había marchado.

## **EL electroshock y la simulación**

Tras finalizar la Primera Guerra Mundial, se denunciaron los crueles tratamientos a los que habían sido sometidos los combatientes austríacos que habían enfermado de neurosis de guerra. El Gobierno austríaco investigó lo sucedido y solicitó a Sigmund Freud que le asesorara, para lo cual el fundador del psicoanálisis realizó un informe en 1920.

En este informe, Freud señalaba que la verdadera causa de la neurosis de guerra era el deseo inconsciente del soldado de no ser enviado al frente de guerra, por temor a la propia muerte y a la que él mismo podía provocar en sus semejantes. Es decir, en la medida en que se le planteaba un conflicto irresoluble entre lo que él deseaba y lo que le ordenaban sus mandos, lo intentaba “solucionar” enfermando.

Por el contrario, no enfermaban los que de manera consciente conseguían hacerse cargo de una situación que también rehusaban; de tal manera que, en ocasiones, optaban por desertar o hacerse pasar por enfermos. Esto era así porque, a diferencia del neurótico de guerra, no tenía otros deseos que satisfacer, tales como el amor a la patria, el honor o la obediencia debida, que entraran en contradicción con su otro propósito de no verse involucrado en el conflicto bélico. Es decir, el combatiente podía fugarse, pues su acción no le iba a reportar problemas de conciencia.

Por otra parte, los tratamientos psiquiátricos que el ejército austríaco aplicó, y que el Gobierno austríaco se propuso investigar, tenían un principal objetivo: que el paciente estuviera en disposición de volver a las trincheras en cuanto se hubiera restablecido de sus dolencias psíquicas. Freud también señalaba que esto estaba en contradicción con el único interés que debe perseguir todo tratamiento médico: restablecer la salud del paciente. Para obtener estos fulgurantes resultados terapéuticos, se recurrió principalmente a los tratamientos con electroshock. Sin embargo, el efecto



que se obtenía era poco duradero, pues con frecuencia revertía una vez que el soldado retornaba al frente.

Freud afirmaba que los psiquiatras trataban a todos los pacientes como si fueran simuladores, ya fuera que su enfermedad fuera real o no, a pesar de que ellos sabían que los neuróticos de guerra no estaban fingiendo en absoluto. Es decir, los facultativos no establecieron distinciones entre unos y otros, ya fuera que la intención del soldado por no combatir fuera inconsciente, lo que les ocurría a los que habían enfermado de neurosis de guerra, o consciente, los que de verdad simulaban haber adquirido una enfermedad mental.

Con el tratamiento con electroshock se pretendía que al soldado se le hiciera insoportable seguir fingiendo y prefiriera, por tanto, deponer su actitud. Freud dejó reflejado esto en su informe: “Si esta enfermedad servía al propósito de sustraerse de una situación intolerable, era evidente que se la desarraigaría de cuajo volviendo la condición de enfermo todavía más intolerable que el servicio militar. Si el enfermo se había refugiado en la enfermedad huyendo de la guerra, se aplicaban medios para compelerlo a volver de la enfermedad a la salud, vale decir, a refugiarse ahora en la aptitud para el servicio. A tal fin se utilizó un tratamiento eléctrico doloroso, y ciertamente con éxito. [...]... debían quitársele al enfermo de guerra las ganas de permanecer en la condición de tal, de suerte que sus motivos no pudieran menos que inclinar la balanza en favor del restablecimiento”<sup>1</sup>. Sin embargo, cuando el militar, una vez restablecido, retornaba al frente de guerra, se le hacía de nuevo intolerable el sufrimiento del conflicto bélico, por lo que recaía y enfermaba. En este sentido, Freud añadió: “Puesto otra vez en la línea de fuego, pasaba a segundo plano la angustia ante la corriente eléctrica, como durante el tratamiento había cedido la angustia ante el servicio militar”<sup>2</sup>. Esto hizo que el electroshock comenzara a no ser efectivo. Para intentar solucionar este problema, los médicos (que con frecuencia eran alemanes) incrementaron la intensidad de las corrientes eléctricas, hasta el punto de que algunos combatientes fallecían e incluso se suicidaban. Por todo ello, Freud consideraba que se habían utilizado los tratamientos con electroshock de manera cruel y masiva.

---

<sup>1</sup> Freud, Sigmund. Apéndice. Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra (1950 [1920]). En: *Sigmund Freud. Obras completas. De la historia de una neurosis infantil (el “Hombre de los Lobos”) y otras obras (1917-1919)*. Vol. XVII. Trad. José L. Etcheverry. Amorrortu editores, Buenos Aires – Madrid 2013, p. 211.

<sup>2</sup> *Ibid*, p. 212.

## La Casa del Sol

En 1941, Enrique Acuña dialoga con su abogado defensor en el cuartel del Marrubial, Córdoba. Le relata lo sucedido durante su estancia en Valladolid en 1937 y en Lopera tras su traslado a esta ciudad en noviembre de ese mismo año.

—En el camión tenía mucho tiempo para pensar, pues pasaba muchas horas al volante. Mientras iba camino del cementerio, me obsesionaba que alguno de los cadáveres que transportaba pudiera levantarse y agarrarme por el cuello. Con frecuencia, miraba hacia atrás para comprobar que todos seguían ahí, amontonados. Algo parecido le pasó a un hombre que había participado en la represión cerca de los Montes Torozos, en Valladolid. Un día, mientras estaba cazando perdices, su pie quedó atrapado en un agujero, en una hura, y empezó a gritar aterrorizado, pues pensaba que alguno de los fusilados que estaban allí enterrados se lo estaba agarrando. Lo llevaron al mismo hospital psiquiátrico en que yo estuve ingresado.

Después de torturar a los detenidos en el Gobierno Civil, les llevaban a los Montes Torozos, donde los mataban. Se decía que, en algunos casos, los habían enterrado cuando todavía estaban vivos. Creo que en aquella ciudad no se creía en la existencia de la muerte. Por lo general, los condenados que eran llevados al Campo de San Isidro habían sido juzgados previamente. Sin embargo, los que eran trasladados a los Montes Torozos no habían pasado por aquella farsa. En ocasiones, yo también los llevaba. Recuerdo a un miliciano de la Falange que tenía una especial aversión por los

que él llamaba cursis, danzantes e intelectuales. Cuando los mencionaba, hacía un gesto característico: echaba uno de sus hombros hacia atrás en sentido rotatorio, como si necesitara reajustarse esa parte del cuerpo. Yo no le caía bien y me trataba como si fuera sospechoso o uno de ellos.

—En septiembre de 1937, se llamó a filas en la zona nacional a los nacidos en 1929, los de tu quinta. Sin embargo, no se te destinó al frente, sino que siempre estuviste desempeñando funciones de segunda línea. A pesar de todo, fuiste afortunado. Los que ya estabais desarrollando labores de apoyo fuisteis excluidos del llamamiento. Esta fue tu situación tanto en Valladolid como en Lopera. ¿No es cierto? Entonces, si los republicanos estaban próximos a perder la guerra, supongo que tuviste que tener un buen motivo para desertar de la zona nacional en mayo de 1938, pues estabas poniendo en riesgo tu vida.

—En noviembre de 1937, después de estar casi un año en Valladolid, me destinaron a Lopera porque soy de Jódar, un pueblo de la Sierra Mágina, de la provincia de Jaén. Jódar está en la falda de una pequeña montaña y Bedmar está al otro lado; mi mujer es de allí. La conocí en el monte, en un lugar entre los dos pueblos, pues allí nos juntábamos los jóvenes. Ella y sus amigos subían por un lado de la montaña y nosotros por el otro. Mientras estuve en Lopera, aunque quedaba relativamente cerca, a poco más de cien kilómetros, no pude ir a ver a mi mujer, pues Jódar estuvo en la zona republicana durante toda la guerra, ya que el frente se había estabilizado en esta región. Volví a desertar en mayo de 1938 porque quería ver a mi familia. En aquel momento, una de mis hijas tan solo tenía siete años.

—En abril de 1937, se creó en la zona nacional la Delegación del Estado para la Recuperación de Documentos con el objeto de encontrar información de personas hostiles al movimiento. La investigación se llevó a cabo en colaboración con la Gestapo desde noviembre de ese mismo año, justo cuando te trasladaron desde Valladolid a Lopera. ¿Solicitaste que te trasladaran porque temías que encontraran algo que pudiera incriminarte? Así, por ejemplo, tu padre fue alcalde socialista de Jódar desde 1916 hasta 1922. ¿Temías que te detuvieran en el caso de que se descubriera? ¿Tú o tu familia tuvisteis vínculos con organizaciones de izquierdas durante los años anteriores a la guerra?

—Todos recibíamos información de los bandos militares y las nuevas leyes que se promulgaban tanto en la zona nacional como en la republicana. Conocíamos, por ejemplo, la nueva ley del Gobierno de la República que estableció que se iba a dar acogida a todos los desertores del bando nacional, o la que saldría en junio de 1938, también en la zona republicana, con el objeto de detener a todos los familiares en primer grado de los soldados republicanos que hubieran desertado. Como yo había desertado del ejército republicano en la Sierra de Guadarrama en diciembre de 1936, mi mujer podría ser encarcelada. Esta orden iba a salir en junio y yo deserté de la zona nacional en mayo. Es fácil entender la relación. Por otra parte, desde que llegaron los Servicios de Información alemanes a Valladolid, sabía que se estaban investigando los archivos para localizar posibles desafectos. Recuerdo que en ocasiones veía a los alemanes en el hospital. De vez en cuando, se llevaban a alguno del que no volvíamos a saber nada. Siempre teníamos inquietud por lo que nos pudiera pasar. Este es el motivo por el que muchos actuaron con tanta violencia, para que no se dudara de ellos ni se les señalara.

—Se te ha acusado de robar casi dos mil pesetas de la caja que estaba a tu cargo en Lopera. Por lo que me has contado, parece que eres aficionado al juego. De la misma manera que te ocurrió en Madrid, ¿contrajiste alguna deuda en Lopera? En el caso de que hubieras robado el dinero de la caja y de que se descubriera, es probable que se te hubiera mandado a combatir con la Sanjurjo. ¿Eras consciente de ello? Te recuerdo que, como abogado de la defensa penal, tengo la obligación de guardar secreto de tu testimonio.

—Durante la guerra, ¿quién no robó? Me hace gracia que ahora se me acuse de haberme llevado dos mil pesetas de la caja. Solo le dejé veinticinco pesetas a Isidoro, pero siempre con la idea de que me las tenía que devolver. Con frecuencia se lo recordaba y él me decía que en ese momento no podía. Me decía que no me preocupara, que me las reembolsaría.

—Según he podido saber, solías ir a la Casa del Sol, en Lopera. Se dice que, durante la guerra, los prostíbulos se convirtieron en importantes lugares de incitación a la deserción.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿El qué?

—Que yo fuera a la Casa del Sol.

—No importa.

—En Lopera trabajaba de escribiente en Mayoría de Milicias, donde también gestionaba el dinero de la caja para pagos diarios. Isidoro y María trabajaban en el despacho de al lado. Con frecuencia, les oía hablar, pues siempre dejábamos la puerta abierta. Isidoro era ordenanza y le gustaba bromear. Recuerdo que María se ruborizaba con facilidad y era bastante eficiente; ella se encargaba de la administración y de la atención al público. Como pasaban muchas horas juntos, solían comentar los programas de radio que habían escuchado la noche anterior. En ocasiones, conocía las obras de teatro o los relatos de los que hablaban. Me sorprendía el interés que mostraban por estas historias, el entusiasmo con que las seguían. Recuerdo que estuvieron hablando de una obra de teatro del dramaturgo Eduardo Marquina que se titulaba *En Flandes se ha puesto el sol* porque el protagonista se apellidaba como yo, Acuña, y su amada Magdalena.

Isidoro entraba en mi despacho de vez en cuando. Tan solo tenía que cruzar el umbral de la puerta. Solía apoyarse en el marco y me miraba. Me preguntaba, con voz socarrona, que qué tal y que si me iba haciendo al pueblo. Por la situación en que nos encontrábamos, pienso que no estaba en situación de hacerme al lugar al que había sido destinado, pero, aun así, agradecía la sensación de normalidad que su pregunta dejaba traslucir.

Isidoro hablaba con un tono enfático y, hasta cierto punto, emocionado. Siempre se mostraba dispuesto a ayudarme. Me daba consejos y me orientaba en mi trabajo, pues llevaba muchos años trabajando en el edificio. Me acompañaba al archivo cuando necesitaba algún expediente y me explicaba cómo estaban organizados los documentos. Isidoro siempre había sido ordenanza y me contaron que, cuando era joven, solía jugar a la pelota en el pasillo durante el trabajo.

María tenía aproximadamente la misma edad que Isidoro y permanecía siempre sentada frente a su mesa. Durante todo el día, no se movía de la silla, salvo cuando iba al baño o a tomarse un café. Era amable y discreta.

Un día, Isidoro me preguntó si le podía dejar veinticinco pesetas del dinero de la caja. Me las pidió a las pocas semanas de que yo llegara y me sorprendió, pues todavía no tenía con él la suficiente confianza. Sin embargo, me levanté, fui hacia la caja, la abrí y con una sonrisa le di el dinero que me había solicitado. Cogió el billete y me dijo que en cuanto cobrara me las devolvería. No te preocupes, le contesté. Lo hice sin pensar, le di la cantidad que me había pedido como le hubiera podido dar cualquier otra cosa. Tengo que reconocer que siempre he sido un poco inconsciente con el dinero. Cuando recibimos la paga, no me devolvió las veinticinco pesetas ni yo se las reclamé; decidí esperar. A pesar de todo, él seguía con sus bromas y me seguía ayudando como siempre, como si no me debiera nada. ¿Por qué se le veía todos los días tan despreocupado, a pesar de que me debía veinticinco pesetas y estábamos en guerra? En ocasiones, contemplaba la posibilidad de que llevara una doble vida o algo parecido. Por eso, un día, decidí seguirle cuando terminamos la jornada.

Desde la ventana de mi despacho, podía ver a la gente por la calle. En ocasiones, Isidoro bajaba para hacer un recado y caminaba presuroso, con el mismo ardor con el que hablaba. No le quise preguntar para qué había necesitado las veinticinco pesetas y estuve dudando si borrar del libro de caja el dinero que le había prestado. Isidoro estaba casado con una mujer mucho más tímida que María y tenía una hija de unos doce o trece años. Por las tardes, según me contó, trabajaba en el campo, en un pequeño pueblo cercano. Yo vivía en una habitación, en una pensión bastante próxima a la Jefatura de Milicias. Isidoro y María eran las únicas personas con las que me relacionaba. El teniente Osorio, mi superior, casi nunca aparecía por la oficina. Siempre estaba ausente y yo lo agradecía. Creo que él fue el que se quedó con las dos mil pesetas.

Recuerdo que un viernes Isidoro me dijo adiós desde su despacho antes de marcharse. María se había ido hacía un rato. Le desee que pasara un buen fin de semana y le oí cerrar la puerta. Entonces, guardé los documentos con los que estaba trabajando, me levanté y cogí mi chaqueta. Me despedí del soldado que había al final del pasillo deseándole que pasara un buen fin de semana. En enero, anochecía muy pronto y la sensación de oscuridad se acentuaba en mí, pues los viernes por la tarde no tenía nada que hacer ni tampoco durante todo el fin de semana. Lo único que hacía era pasear por los alrededores hasta la hora de la cena. Cuando salí, me fijé que Isidoro atravesaba la plaza en diagonal y decidí seguir por el mismo camino que él había tomado.

Isidoro andaba un poco inclinado hacia delante y con el paso rápido. Hacía bastante frío aquel atardecer y me abroché la chaqueta. Yo también tuve que acelerar el paso. En realidad, solo quería dar un paseo antes de meterme en mi habitación. La dueña de la casa preparaba la cena a las nueve y todavía me quedaban un par de horas.

Isidoro llegó hasta las afueras del pueblo y se paró frente a una casa de dos plantas. Del balcón del primer piso colgaba abundante ropa de mujer. Llamó con la aldaba y una mujer joven le abrió. Sobre el portal, había un sol tallado en piedra. Sin decirse nada, Isidoro entró y ella cerró la puerta.

Mientras yo volvía a la pensión, pensé que, quizá, Isidoro me había pedido el dinero para gastárselo en aquella casa. Sin embargo, pocos días después, supe que aquella joven vivía sola y se llamaba Magdalena.

Había tomado el camino a aquella casa como uno de los recorridos de mis paseos habituales. Una tarde, me encontré a la mujer en la puerta. Parecía que estaba esperando a alguien. La saludé y ella me devolvió el saludo. Me acerqué y nos pusimos a hablar.

—Tú no eres de por aquí.

—No. Apenas llevo unas semanas viviendo en el pueblo.

—Ya.

—Soy de Jódar, un pueblo de Jaén, ¿lo conoces?

—No, pero me suena. ¿Te quedas para mucho tiempo?

—No lo sé. Hasta que me destinen a otro sitio o la situación cambie.

—Bienvenido al pueblo.

—Gracias.

Se metió en la casa y cerró la puerta.

Volví a hablar con ella en otra ocasión. Recuerdo que le estuve contando a qué me dedicaba antes de que empezara la guerra. Ella me dijo que, cuando terminara, tenía pensado irse a vivir a Barcelona.



## La Magdalena

*“Dos autores custodian un archivo”, dice Lepore. “Uno escribe Ficción, el otro cuenta Realidades. Para cruzar la puerta hay que adivinar cuál es cuál. Mitchell dijo que Gould inventaba cosas. Pero Gould dijo que era Mitchell quien las inventaba”.*

Andrew O’Hagan

Pasa, me dijo Olivia dándome un abrazo y me acompañó a la sala. Magdalena estaba sentada de lado en un butacón, con las piernas sobre el reposabrazos. Con una media sonrisa que le caracterizaba, me dijo hola sin levantarse. Me acerqué y agaché para darle un beso en la cabeza. Se aupó para aproximarse y tocarme el hombro con la mano. Empezó a toser y le pregunté si se había acatarrado. Mientras seguía tosiendo, me dijo que no con el dedo.

A mediados de octubre de 1937, fui a verla. Estaba con ella Olivia, una amiga de sus padres que vivía en Villar del Río, un pueblo situado a unos trece kilómetros de Lopera. Siempre que su trabajo de ferroviaria se lo permitía, Olivia solía visitarla porque Magdalena se había quedado sola.

Cuando desaparecieron sus padres, me planteé llevarle comida todas las semanas. Yo también era amigo de ellos y conocía a Magdalena desde que nació. Ella decía que, quizá, se habían tenido que marchar precipitadamente. Por eso, durante un tiempo, estuvo buscando por la casa alguna anotación que hubieran podido dejarle,

hasta que se convenció de que no iba a encontrar nada. Sin embargo, unos meses más tarde, fue ella la que también se evaporó.

Le solía llevar lentejas, garbanzos, algunas patatas y una hogaza de pan que ella recibía con una cierta indiferencia. Por este motivo, cuando llegaba a su casa, tenía que preocuparme de guardar la comida en la alacena, pues sabía que si no lo hacía, se iba a quedar en cualquier parte. Siempre me decía que no le hacía falta, a pesar de que no tenía dinero ni ingresos. Te estás quedando muy delgada, le dijo Olivia y ella la miró sin decir nada, cerrando y abriendo los ojos un par de veces. Gracias, Isidoro, me remarcó con una ligera pausa entre las dos palabras. Inclino la cabeza hacia la izquierda y la mantuvo en esa posición durante un rato, como si su mecanismo interno se hubiera averiado. Olivia me acompañó a la cocina y, mientras metía las legumbres en los tarros, me preguntó en voz baja si todavía no se sabía nada de sus padres. Le respondí que no es que no se supiera nada, sino que nadie quería decir nada. Al día siguiente de que desaparecieran, Magdalena vino a verme para contarme lo que había sucedido:

*Había estado lavando ropa en el río y volvía a casa. Enseguida me di cuenta que había menos gente en la calle de lo habitual. Me crucé con Herminia, la sobrina de José Antonio, y la saludé, pero esquivó mi mirada. Se echó a un lado tapándose la cara con el pañuelo que llevaba al cuello. Un poco más arriba de la cuesta, un hombre bajó corriendo y chocó contra mí haciendo que se me cayeran la cesta con la ropa y la tabla. El hombre ni siquiera se paró para disculparse y, tras hacer un requiebro, continuó corriendo calle abajo. Recogí mis cosas y me di la vuelta, fui en la misma dirección que había tomado aquel señor; era Alberto, el gerente de la fábrica de aceite. Volví al río para enjuagar la ropa, pues se había vuelto a manchar tras caerse al suelo. Mientras introducía la ropa de nuevo en el río y la restregaba, escuchaba con atención lo que ocurría a mis espaldas, en el pueblo. Eran golpes de diferente tipo: portazos, objetos metálicos, pisadas apresuradas y gritos que enseguida se apagaban. Di varias pasadas a cada una de las prendas para quitarles la tierra, las escurrí y coloqué de nuevo en la cesta. Aplané el montón para que no se volcara y, sin volverme, me dirigí hacia unos árboles de la rivera para esconderme hasta que anocheciera. Me senté en el suelo con la cesta y la tabla a un lado, y esperé.*

*Cuando regresé a casa a media noche, vi que la puerta y las ventanas estaban abiertas. Dentro, había algunas luces encendidas. Dejé la cesta en el suelo, frente a la*

*puerta, cogí la tabla con las dos manos, levantándola sobre uno de mis hombros por si tenía que defenderme, y entré. Las luces del zaguán y del pasillo estaban encendidas. Padre, le llamé a media voz y me paré para intentar oír su respuesta o algún sonido, padre, volví a decir. Apagué el interruptor de la luz de la entrada y fui al pasillo. Levanté un poco más la tabla y llamé a mi madre con la voz un poco más baja, madre, volví a decir, madre, soy yo, Magdalena. La luz de la sala también estaba encendida y, antes de mirar en su interior, me paré para volver a escuchar. Solo se oía el crujir de una ventana al oscilar. Apagué la luz del pasillo y entré en la sala. Los cojines estaban tirados y la ensaladera de cristal estaba en el suelo rota en varios pedazos. Cerré las ventanas y recogí un trozo con el filo grande y cortante.*

*Entré en la cocina y luego subí al segundo piso. La puerta de la habitación de mis padres estaba abierta y la cama sin deshacer. La puerta de mi cuarto estaba cerrada y, en principio, no me atreví a abrirla. Me quedé frente a ella y volví a llamar a mis padres, pero tampoco obtuve respuesta. Entré en mi habitación y me extrañó ver que mi cama estuviera revuelta, pues la había dejado hecha.*

Desde entonces, Magdalena dormía en la sala porque le daba miedo hacerlo arriba, en su cuarto. Pasaba la noche con una ventana abierta por si tenía que salir corriendo. Por eso tosía tanto.

Cuando Olivia y yo volvimos a la sala, Magdalena se levantó del sillón y buscó las zapatillas que estaban bajo la mesa. Se las puso empujándolas con los pies y nos miró. Abrió un brazo hacia un lado, como si estuviera a punto de girar ciento ochenta grados o más, pero no se movió del sitio. Nos dijo que quería agradecernos que fuéramos a verla, pero que, además, quería hacernos una propuesta. Quiero que vengáis porque necesitéis hacerlo y no solo para hacerme compañía o traerme comida, nos dijo. Cuando terminó la frase, volvió a toser. Perdón, nos dijo entre tos y tos.

Estaba un poco inquieta y se le notaba al hablar. La próxima vez, te traeré unos dientes de ajo para que te hagas un jarabe, le propuse. Cogió una silla y la acercó a la mesa para que me sentara, luego cogió otra y se la ofreció a Olivia. Magdalena prefirió quedarse de pie.

—Me han hecho algunas ofertas de trabajo, pero no de lo que me gusta —nos siguió explicando—. El otro día, José Antonio me dijo que lo único que yo iba a poder

ser a partir de ahora es puta, que de eso no me iba a faltar trabajo. Incluso se ofreció a ser mi primer cliente. También me dijo que tenía un montón de amigos que estaban deseando conocerme y que debía aprovechar, pues ahora tenía la casa de mis padres para mi sola.

—No sé quién es José Antonio —le preguntó Olivia.

—José Antonio es el actual gerente de la fábrica de aceite, donde trabajaba mi padre —contestó Magdalena.

—Es el que ha sustituido a Alberto —le expliqué yo.

—Lo mismo me propuso Custodio cuando fui el otro día a su casa a ofrecerme para coser y lavar la ropa de su familia —siguió contándonos Magdalena—. Me expuso con mucha diplomacia que no podía disponer de mis servicios, pero me sugirió que colaborara con los soldados que volvían del frente, pues, en sus palabras, necesitan con urgencia desahogarse. Me lo dijo muy serio, como si diera por descontado que me correspondiera hacerlo. Lo que estoy temiendo es que me obliguen a ello.

Mientras hablaba, se apoyó sobre el taquillón, cerca del trozo cortante de la ensaladera que he referido antes. Aquel fragmento lo había dejado ahí no sé si de manera intencionada o por descuido; creo que un poco por las dos cosas. Sin embargo, unos días después de que Magdalena desapareciera, lo vi en el despacho de mi compañero de oficina. Aquel día, él no estaba en Lopera, pues había pedido permiso para ir a Algeciras, ya que, según explicó, iba a ver a unos conocidos que le traían noticias de su familia. Se llamaba Enrique Acuña y era de un pueblo de Jaén que había permanecido en la zona republicana durante prácticamente toda la guerra. En diciembre, le habían destinado a la Jefatura de Milicias de Lopera y trabajaba en el despacho de al lado.

Cuando terminó el permiso que le habían concedido, Enrique no regresó. Se creó un gran revuelo en la Jefatura y pusieron patas arriba su despacho buscando entre sus papeles y archivos. A mí también me interrogaron y se pusieron muy violentos, pues desconfiaban de mí por los trapicheos que me traía con el hachís, a pesar de que a ellos también les proveía. Los mismos que me estuvieron gritando a la cara, empujando y zarandeando, se fumaban todos los días en las dependencias de la Jefatura la mierda que

les traía. Me decían que no me iban a tolerar más tonterías. A su vez, revolviéron nuestro despacho, el que compartía con María, como si ella también tuviera algo que ver con la deserción de Enrique. Estaba asustada y yo la intentaba tranquilizar, a pesar de que ella se desentendía de lo que le decía alejándose de mí. Desde entonces, se apartaba cuando se cruzaba conmigo, como si fuera a contagiarle de algo. María estuvo varias semanas sin hablarme. Creo que pensaba que yo entraba con tanta frecuencia en el despacho de Enrique y le acompañaba al archivo porque nos traíamos algo entre manos. Mi compañera de despacho tenía miedo de que descubrieran algo y que a ella también se la inculpara. La interrogaron y cuando volvió se pasó varias horas sin moverse de su sitio, con la mirada fija en sus documentos. Recuerdo que solo me respondía con monosílabos y con un cierto retraso. Estuvieron un par de días registrando los dos despachos, pero no se fijaron en el trozo de ensaladera. Estuvo sobre la mesa de Enrique hasta que, pasado un tiempo, decidí cogerlo y guardarlo. Todavía lo tengo en mi casa.

Siempre me he preguntado si la desaparición de Enrique estuvo relacionada con la de Magdalena. Incluso he llegado a contemplar lo peor y que, por tanto, el cuerpo de ella siga aquí, en Lopera. Si no hubiera visto aquel trozo de vidrio en su despacho, nunca lo hubiera pensado.

Procuraba ir a casa de Magdalena lo imprescindible y estar con ella el menor tiempo posible, pues la gente del pueblo murmuraba. En 1938, ella tenía diecinueve años y, aunque la gente sabía que era amigo de sus padres, no estaba bien visto que fuera a verla con tanta asiduidad. Aun así, creo que hablaban mal de ella porque, según decían, recibía demasiadas visitas.

Aquel día, en la sala de su casa, Magdalena nos propuso hacer de intermediaria entre Olivia y yo. Quería que yo le informara sobre los movimientos de tropas y mercancías del ejército nacional que pudiera averiguar en la Jefatura. Me pidió que le llevara esta información a su casa porque, luego, ella se encargaría de trasladársela a Olivia a Villar del Río. Por aquel entonces, en el Campo de Gibraltar operaba una red encargada de recibir información desde Sevilla, Cádiz, Huelva y Córdoba. Como Olivia trabajaba de ferroviaria, iba con mucha frecuencia a Algeciras. Desde allí, pasaban los mensajes a Gibraltar y, por vía marítima, a Tánger. Luego, desde el consulado republicano de esta ciudad, la enviaban a Valencia.

El encargado de centralizar la información en Algeciras fue detenido a finales de 1938. En la declaración que hizo ante el juez, dijo que el contacto encargado de pasar la información a Gibraltar había desaparecido a mediados de ese año y no se había vuelto a saber de él. Sin embargo, no mencionó su nombre. ¿Podría tratarse de Enrique? Es una pregunta que en ocasiones también me hago, pues desertó a mediados de ese año cruzando la frontera por la Línea de la Concepción. Por otra parte, la red de espionaje que operaba en el Campo de Gibraltar se dismanteló a finales de 1938, unos meses después de que Enrique desertara yéndose a Gibraltar. ¿Es posible, por el contrario, que Enrique formara parte del contraespionaje que crearon los nacionales? Hay que tener en cuenta que empezó a organizarse justo cuando él llegó a Lopera, a finales de 1937.

Como Magdalena me propuso, estuve llevándole todas las semanas la información que conseguía en la Jefatura; hasta que un día no volvimos a saber de ella.

Casi todos los viernes, yo iba a su casa después del trabajo. Magdalena siempre estaba a esas horas, pues sabía que yo iría para llevarle alimentos o la información que hubiera obtenido. Aquel día, llamé varias veces, pero no obtuve respuesta. Como tenía la llave de su casa, entré. No noté nada anormal y eso me tranquilizó. Regresé al día siguiente, pero tampoco había nadie; fue entonces cuando me preocupé. En la sala, sus zapatillas seguían bajo la mesa y la funda del sofá continuaba caída hacia un lado, como el día anterior. En la cocina tampoco noté nada anormal, nadie había tocado el pequeño trozo de pan y la patata que estaban sobre la encimera. Subí al piso de arriba y entré en su habitación. La puerta del armario estaba abierta, pero la ropa no estaba revuelta. Salí y pregunté a una vecina si la había visto, pero me dijo que no, que no sabía nada. Me miró muy seria y un poco asustada, se dio la vuelta y se metió en su vivienda. Pasé la noche en casa de Magdalena, pero no regresó. Durante la semana siguiente, volví varias veces. Recuerdo que estuve buscando alguna nota que hubiera podido dejarme, pero tampoco encontré nada. Desapareció como lo habían hecho sus padres, sin decir nada.

Fue el lunes de esa semana, en el trabajo, cuando me dijeron que Enrique se había marchado a Algeciras de permiso y que retornaría en unos días, pero él tampoco volvió.

Enrique hablaba poco, la mayor parte del tiempo lo pasaba sentado frente a su mesa con sus papeles. De vez en cuando yo entraba en su despacho para darle conversación. Recuerdo que le gustaba comentar una obra de teatro que ponían por la

noche en la radio que trataba sobre la Guerra de Flandes. Su autor es Eduardo Marquina, un escritor catalán nacido a finales del siglo XIX. El protagonista de la obra era un capitán que se apellidaba como Enrique, Acuña, y la protagonista de la historia, su amada, Magdalena; una casualidad. Quizá, por este motivo, a Enrique le gustaba tanto hablar de esta obra, pues es posible que se identificara con el capitán. María me solía comentar el capítulo que habían emitido la noche anterior y por eso creo que Enrique pensaba que a mí también me gustaba. El capitán Acuña sufre heridas en el campo de batalla y es alojado en casa de Magdalena para ser curado. Allí, ella trabaja como enfermera y es entonces cuando la conoce y se enamoran. Esto origina en el capitán Acuña un dilema, pues sus tropas están intentando someter al país de su amada. Al parecer, al capitán Acuña se le plantea una disyuntiva entre su orgullo patrio y el amor que siente por ella. Sin embargo, puede que a Enrique no se le presentara este conflicto por dos motivos: porque no tuviera ningún orgullo patrio que preservar o porque fuera lo único que tuviera. En la obra de teatro hay un fragmento que no sé hasta qué punto o en qué sentido fue premonitorio de lo que le pasó a Enrique o a nuestra Magdalena: *¡Por España; y el que quiera defenderla, honrado muera; y el que, traidor, la abandone, no tenga quien le perdone, ni en tierra santa cobijo, ni una cruz en sus despojos, ni las manos de un buen hijo para cerrarle los ojos!*

Creo que cometí un error al pedir prestadas a Enrique veinticinco pesetas de la caja poco después de que él llegara. Me las dio, esto tengo que decirlo, sin ningún impedimento. Me sorprendió su reacción, pues esperaba que me preguntara para qué las necesitaba o que me dijera que no le estaba permitido cogerlas. No sé si él solía sacar dinero, como más tarde se le acusó. Es probable que lo hiciera, pues con frecuencia hacía correcciones en el libro de caja. Creo que era generoso, incluso consigo mismo. Mi intención era devolver a Enrique lo que me había prestado, pero no me resultó tan fácil como había pensado. Se lo pedí porque quería encargarle a Olivia que me comprara hachís en Algeciras. En Lopera, lo vendía a los soldados para sacarme un poco de dinero. Por aquel entonces, el hachís se producía en cantidad en Marruecos para el ejército de Franco, pues los generales fomentaban su consumo entre los soldados marroquíes. En la retaguardia, en ocasiones, la gente lo fumaba porque había escasez de tabaco. En realidad, no era la primera vez que Olivia me lo facilitaba. Con el sueldo que nos pagaban no nos llegaba y necesitábamos de ingresos suplementarios, además de que

Magdalena necesitaba que la ayudara. No descarto que Enrique se oliera para qué le había pedido el dinero.

Enrique era un tipo educado que hacía bien su trabajo. Le gustaba vestir bien. No era para nada fanfarrón, algo inusual en aquel momento. No opinaba sobre lo que estaba ocurriendo, pues los comentarios se los guardaba. Me gustaba su discreta compañía porque contrastaba con lo que me encontraba fuera. Aparentemente, lo único que hacía en el pueblo era lo que se le ordenaba en la Jefatura y salir a pasear de vez en cuando. Por la noche volvía a la pensión de doña Rosa, la Remigia, que es como se la conocía en el pueblo, pues allí se solía jugar al remigio; un juego que siempre me ha parecido un poco extraño, no sé si porque lo asocio con Enrique. Estuvo viviendo en Lopera casi un año y, durante su estancia en la pensión, es posible que matara el tiempo jugando al remigio con doña Rosa o con la gente que se juntaba allí los fines de semana. Quizá se gastara allí el dinero que, según se le acusó, se habría llevado de la caja.

En ocasiones, contemplo la posibilidad de que huyeran los dos juntos, aunque me cuesta pensar que Magdalena lo hiciera. O, quizá, puede ser que se marchara tras ella no sé con qué intención. En todo caso, no tiene sentido que Enrique desertara, pues tenía un buen puesto en la Jefatura, lejos del frente, y el desarrollo de la guerra le era favorable; al menos, en apariencia.

Solo una vez Enrique se sinceró conmigo. Recuerdo que, al poco tiempo de llegar, me contó que su madre había fallecido cuando él tenía dieciséis años. Desde entonces, según me explicó, en ocasiones algo se interponía frente a él cuando iba por el pasillo de su casa impidiéndole el paso, y pensaba que era su madre. También me contó que, cuando era joven, una mañana, nada más despertarse, aquella presencia le había agarrado los pies diciéndole nene, nene. Me contó que eso solo le había pasado en su casa y en ningún otro sitio. Al parecer, poco antes de que muriera su madre, él le había dicho que no se iba a asustar si ella venía desde el más allá para visitarle. Por eso Enrique creía que se la encontraba por el pasillo. Me sonreía cuando me lo contaba, como si estuviera muy convencido de ello. Recuerdo que se puso de pie para explicármelo:

*Es como si te pusieras delante de mí, ven, así, y me impediras seguir andando y yo tuviera que echarme a un lado o esperar a que te fueras. Como sabía que era mi*



*madre, yo esperaba unos segundos, dos o tres, no hacía falta más. No me movía ni empujaba a lo que fuera que se hubiera puesto delante de mí, sino que tan solo esperaba. Solo era un instante y luego podía seguir caminando por el pasillo. Era como si alguien quisiera que me detuviera. Creo que era mi madre. Una noche, cuando estaba durmiendo, me desperté y me incorporé en la cama, entonces oí una voz que me decía nene, nene, tal y como solía hacer ella cuando era niño, y sentí que me tocaba los pies. Cuando estaba próxima a morir, le había dicho que, cuando ella estuviera en el otro mundo, podía venir a verme y que no se preocupara, pues no me iba a asustar.*

Fuimos al pasillo de la planta donde trabajábamos y se quitó los zapatos para mostrarme cómo habían sido aquellos encuentros. Caminaba muy despacio, como si fuera un funambulista, intentando no caerse hacia los lados.

## Un baño de sangre

En algún momento entre mayo de 1938 y enero de 1939. Jódar, Jaén.

Hace unas semanas, ardió una casa en las afueras del pueblo. El humo negro se veía desde nuestra casa y llamé a mi madre para que lo viera. Me dijo que no saliera y se fue para decírselo a la vecina, pero ya lo sabía, pues estaba asomada al balcón.

—¿Sabes de dónde viene? —le preguntó mi madre.

—No sé —se agarró a la barandilla y se puso de puntillas.

—Baja y nos acercamos a ver qué pasa.

—Espera. ¡Madre, ahora vengo!, ¡que no salgan los chiquillos! —le dijo la vecina a su madre.

Cuando se fueron, salí para ver a la otra vecina, la de la derecha. Se llama Frigia y tiene algunas gallinas, aunque cada vez tiene menos. Estaba enredando en el corral para sacarlas, porque, cuando pasa algo, se pone tan nerviosa como ellas. Luego fui a buscar a Carmina, que es como yo de pequeña, para avisarle que Frigia iba a sacar a las gallinas. Carmina ya se había asomado a la puerta y no quería salir hasta que su madre se hubiera alejado más. Frigia tiene la costumbre de sacar a las gallinas a la calle cada vez que pasa algo, como un incendio o un bombardeo, porque dice que se ponen a cacarear muy fuerte y cree que eso va a atraer a los demonios a su casa. Por eso las saca y las lleva lejos para que los demonios también se vayan hacia allá. Se va dando una

vuelta a la casa, porque dice que hay que tomar un camino poco habitual para despistarlos, para que no se acuerden de cómo volver. Nosotras dos solemos ayudarla y también buscamos con ella caminos alternativos para que a los demonios les resulte difícil orientarse. Frigia nos deja que la ayudemos para que las gallinas vayan más recogidas. Luego, se suele quedar con ellas en el monte lo que queda del día y nosotras nos volvemos, pero, al atardecer, antes de que se haga de noche, regresamos para traerlas a casa.

Algunas veces, se pierde alguna, pero ella dice que debemos hacerlo porque, si no, es posible que su casa sea la próxima en arder. Carmina la mira asustada porque su casa y la mía están pegadas a la suya. Al atardecer ya casi no había humo y le dije a mi madre que iba a salir un rato con Carmina a jugar. Me dijo que no me alejara y que me quedara frente al portal. Al salir, Carmina ya me estaba esperando comiéndose un bocadillo y con la cabeza me hizo una seña para que fuéramos a buscar a Frigia. Si no íbamos a buscarla, Frigia podría quedarse allí toda la noche, hasta el día siguiente, pues a veces prefiere quedarse el mayor tiempo posible por precaución o porque, en ocasiones, pierde la noción del lugar en que se encuentra. A veces le pasa que no se da cuenta de que se ha ido con las gallinas al bosque y de que está fuera de su casa, y se queda como si viviera siempre allí con ellas. Por eso tenemos que ir para recordarle que tiene que volver. Además, en el bosque se ve poco el cielo y no se puede saber si se ha acabado el humo, por eso nosotras vamos para decirle que ya no hay.

Cuando llegamos, Frigia estaba andando entre los árboles con las gallinas alrededor. Todas estaban más tranquilas que por la mañana. Le dijimos que ya no había fuego y que podían volver. Se alegra de vernos cuando vamos a buscarla al bosque y del bolsillo suele sacar unas habillas que nos regala, una para cada una. Es lo único que nos regala, habas, porque dice que dan buena suerte y porque además te las puedes comer. Se puso a buscar a las gallinas diciéndoles que a casa y algunas intentaban elevarse batiendo las alas, pero enseguida caían al suelo y echaban a correr de nuevo. Antes de que empezara la guerra, tenía veintitrés, pero ahora solo le quedan cuatro, por lo que es bastante probable que dentro de poco ya no vaya a necesitar nuestra ayuda. Aun así, creo que la seguiremos acompañando al bosque porque Frigia se comporta como si fuera una de ellas, pues siempre anda de un sitio para otro mirando al suelo. Esta vez estaban todas, aunque Carmina decía que creía que faltaba una, pero Frigia estaba segura de que no. Antes tenía un gallo, pero Frigia se lo comió por equivocación,

pensando que era una gallina. Con los brazos abiertos, Carmina y yo fuimos detrás de Frigia y las gallinas para que ninguna se fuera hacia los lados.

Cuando llegamos a la calle, me asomé primero para comprobar que no estaba mamá ni la madre de Carmina. Vamos, les dije, no hay nadie. Frigia abrió el corral de su casa y las fuimos metiendo de una en una. Muchas gracias, Anabel y Carmina; al decir nuestros nombres, se detuvo para mirarnos como si también nos estuviera contando.

Unas semanas después, estábamos sentadas en la acera de nuestra calle y saqué las tabas para jugar, pero, antes de empezar, Carmina me dijo que, por la mañana, se había encontrado un pintalabios en el banco del parque.

—Estuve con mi madre en la panadería y luego fuimos al parque porque mamá decía que le dolía la cabeza y necesitaba sentarse. Cuando me senté a su lado, vi que en el borde del banco había un pintalabios. Me lo metí en el bolsillo sin decir nada.

Entonces, fuimos Carmina y yo a su casa para coger el pintalabios. Carmina dormía con su abuela en el mismo cuarto, en una cama muy pequeña. Su familia vivía en el segundo piso, pues en el primero su padre tenía un almacén. Siempre estaba cargando y descargando sacos con una carretilla, pero como se había marchado a la guerra, como el mío, ahora el taller estaba oscuro. Carmina había guardado el pintalabios en una caja, en su cuarto. Cuando me lo enseñó, le dije que parecía un disparo. Una bala, me corrigió. Sí, una bala. Sacó la funda de metal y me enseñó el cilindro rojo. ¿A ver?, le pedí que me lo dejara. Me pinté en el brazo unos signos legítimos que nos habían enseñado en el colegio y luego otra línea con puntos que iba desde la mano al codo. Se lo pasé a Carmina y se pintó un collar muy amplio en el cuello y varias pulseras en el brazo a diferentes alturas. Luego sacó un espejo y nos miramos lo que nos habíamos pintado. Yo me quise quitar los signos legítimos, pero me costaba borrarlos, así que nos fuimos al baño para darnos jabón. Sin embargo, su abuela estaba bañándose, por lo que decidimos ir a nuestra casa, ya que era probable que tardara una hora o más en salir.

En casa, mamá estaba en el zaguán fregando y cuando nos vio entrar nos preguntó que con qué nos habíamos pintado, pero le hizo gracia. Creo que por eso, cuando fuimos al baño, en vez de limpiarnos nos pintamos más. Yo me pinté en su totalidad los brazos y las piernas, y casi toda la cara. Carmina las dos piernas, toda la cara y solo un brazo, porque en el otro se dejó las pulseras. Se nos ocurrió que se lo teníamos que enseñar a Frigia y fuimos corriendo a su casa.

La llamamos desde la calle para decirle que queríamos visitarla y ella nos dijo desde dentro que pasáramos, pero que estaba ocupada. Cuando nos vio entrar, se llevó un gran susto. Creo que pensó que éramos los demonios que habíamos intentado ahuyentar el otro día, pero enseguida nos reconoció y volvió a lo que estaba haciendo sin hacernos caso.

Nos marchamos corriendo y fuimos por el pueblo. Cuando nos cruzamos con Don Arturo, nos pusimos con los dedos unos cuernos en la cabeza y movimos la cintura como si tuviéramos rabos y también le hizo gracia. Luego fuimos a la iglesia y como ya no había cura estuvimos corriendo por los bancos, pero enseguida entró Ramiro para decirnos que saliéramos de allí inmediatamente, que qué nos habíamos creído y que se lo iba a decir a nuestras madres para que nos castigaran. Se puso a dar voces y a empujarnos. Cuando salimos a la calle, vinieron otros hombres y le dijeron que solo estábamos jugando, que nos dejara, pero Ramiro insistía que había que dejar la iglesia cerrada, que no podían ocurrir este tipo de cosas y que los chiquillos tenían que comportarse. Le dio la razón un amigo de mi padre que se había acercado; también le dijo que ya hablaría con nuestras madres.

Pedro, el amigo de nuestro padre, nos acompañó a casa cogiéndonos de la mano y cuando estábamos ya en nuestra calle, se paró y nosotras con él. Se puso a mirar a lo lejos, al otro extremo, con los ojos entrecerrados. Nos dijo que nos fuéramos a casa y que yo le dijera a mamá que saliera. Las dos regresamos a nuestras casas corriendo. Entré toda pintada de rojo y le dije a mamá, cuando la vi, que me había dicho el amigo de papá, Pedro, que saliera a la calle, que le tenía que decir algo. ¡Cómo te has puesto!, me dijo un poco enfadada, ve llenando de agua el barreño para bañarte que ahora voy. Se fue a la calle y yo fui a por un balde. Di unos cuantos viajes para llenarlo y me metí. Me restregué con el estropajo para quitarme la pintura roja y, poco a poco, el agua fue tiñéndose de rojo. Era como si me estuviera desangrando y me sentí fascinada. Entonces

oí que Pedro decía que había llegado Enrique, mi padre, y me quedé quieta, sin moverme, como si estuviera paralizada. Al poco tiempo, oí unos pasos por el pasillo que reconocí. Continué sin moverme. Los pasos se detuvieron y vi que se giraba el pomo de la puerta. Entonces, me encogí en el barreño y me abracé el cuerpo. Cuando entró y me vio, se asustó mucho, pues pensó que me estaba desangrando, y llamó a mamá para que subiera rápido. Me agarró por detrás y me sacó del balde en seguida, tirando de mí hacia fuera con fuerza. Era papá, al que no veía desde hacía mucho tiempo, pues se había ido a la guerra. No es nada, le dijo mamá cuando llegó corriendo, solo es pintura, le decía, no es sangre. Papa iba casi descalzo, con la camisa rota, llena de polvo y muy dura, como si fuera de cartón. Además, yo le mojé y le manché de carmín la cara cuando me cogió en brazos. Me preguntaba si me había olvidado de él. Yo le miraba la ropa, pues la tenía bastante asquerosa y le contesté que no, que me acordaba bastante. Mamá me dijo que me metiera otra vez en el agua y que tenía que darme prisa en terminar para que papá se pudiera bañar. Me froté lo más rápido que pude, a toda velocidad, y el agua acabó poniéndose totalmente roja, como cuando degüellan a los marranos.

Mi padre estaba sentado en la cocina. Seguía igual de sucio que antes y se estaba comiendo el cocido de garbanzos que había sobrado del mediodía. Del hambre que tenía, casi no le daba tiempo a hablar. Le dije a mi padre que mamá le había echado unas habas que Frigia me había regalado, y que se fijara si le había tocado alguna porque daban buena suerte. Mira, una, le señalé con el dedo. Me senté a su lado, con mi cuerpo pegado al suyo y, aunque olía bastante mal, me quedé con él hasta que se fue a bañar. Entonces, mamá me dijo que me fuera a la cama, que ya era muy tarde.

A media noche, papá me despertó, me dio un beso y me dijo que se tenía que marchar, pero que volvería lo antes posible. Le pregunté que a donde iba y me contestó que a Valencia. Era la primera vez en mi vida que oía ese nombre. Pensé que, quizá, regresaría pronto. Por la mañana, le pregunté a mamá si papá ya había vuelto de Valencia, pero me dijo que no, que creía que tardaría un tiempo.

\* \* \* \*

Esto es lo que Anabel contó que le sucedió aquel día, durante la Guerra Civil. Sin embargo, tampoco podemos asegurar que Enrique se presentara en el pueblo ni que, por tanto, le diera una sorpresa sacándola en volandas de su baño de sangre y carmín. Porque, quizá, es posible que tan solo se tratara del sueño de una niña.

## El eclipse

Cuartel del Marrubial, Córdoba, 1941.

En enero de 1939, tras cruzar la frontera con Francia, Enrique Acuña se presentó en Fuenterrabía y envió un telegrama a las autoridades militares en Córdoba anunciando su llegada. Lo hizo como si se le esperara: “Llegado ayer sin novedad. Espero órdenes”. Sin embargo, desde Córdoba se ordenó su detención y traslado a esta ciudad para ser juzgado por el delito de desertión al enemigo. En febrero de ese año, ingresó en la prisión militar del cuartel del Marrubial, en Córdoba.

Un mes antes de que se dictara su primera sentencia, en octubre de 1941, su abogado defensor se licenció del Ejército y yo fui nombrado su sustituto. Desde un primer momento, me interesó el proceso por lo insólito de la actuación de mi defendido, pues durante la Guerra Civil había desertado de los dos frentes y había regresado a los dos en el plazo de dos años. Tras su segunda desertión, desapareció durante ocho meses, desde mayo de 1938 hasta enero de 1939.

Se encontraba en buenas condiciones en el cuartel donde estaba recluido, ya que le habían asignado labores de mantenimiento. Solía visitarle con frecuencia y conversábamos en un patio interior mientras paseábamos. Sin embargo, nunca me quiso hablar sobre lo sucedido tras su desertión en Algeciras, pues su relato siempre se detenía en el mismo sitio, justo en la frontera con Gibraltar. Nunca iba más allá y se limitaba a referirme, en los mismos términos, lo que había declarado en la indagatoria que se le practicó en enero de 1940, al comienzo del proceso sumarísimo que se abrió contra él.

Me facilitaron su expediente judicial y me pareció que se había investigado poco lo ocurrido, pues la desaparición de Enrique generaba una gran cantidad de interrogantes. Durante los meses que fui a verle al cuartel del Marrubial, intenté encontrar alguna respuesta, pero el misterio que rodeaba su desertión era tan impenetrable como los muros del recinto donde nos encontrábamos. En todo caso, sí accedió a relatarme lo ocurrido durante los meses anteriores: desde que la guerra le sorprendió en Madrid hasta su segunda desertión en Algeciras. Sin embargo, lo que me contó contribuyó a que me resultara todavía más incomprensible su huida.

Solíamos vernos a última hora de la tarde, cuando finalizaba sus tareas. Me esperaba en el patio sentado en un banco de obra. Siempre que llegaba, estaba allí sin hacer nada, mirando las plantas o sus manos. Cuando me veía aparecer, se levantaba y con pasos amplios se acercaba a mí para saludarme con actitud solícita. Creo que se alegraba de verme.

Al principio, intenté que me explicara con más detalle lo sucedido y el porqué de cada uno de sus movimientos durante esos ocho meses que estuvo ausente. Mientras paseábamos por el patio, yo procuraba alternar las preguntas sobre lo ocurrido tras su desertión con las de su estancia en Madrid, Valladolid y Lopera. Así, por ejemplo, quise saber por qué, tras su llegada a Gibraltar, había cogido un barco para ir a Tánger y luego otro a Marsella con el objeto de llegar a Barcelona, tal y como había declarado, ya que podría haber cogido uno que le llevara directamente a Andalucía si lo que pretendía era traerse a su familia. Sin embargo, nunca quiso darme una respuesta. Aparte de lo que ya figuraba en la indagatoria, no me aportó nada nuevo.

Por el contrario, sí me contó, por ejemplo, lo que le había ocurrido durante su estancia en Madrid. Me explicó que le habían detenido en el portal de la casa donde vivía. Pero lo más sorprendente es que, cuando inició su relato, comenzó a escenificarlo y me propuso que yo también interpretara a los personajes de su historia. Al principio, me sentí incómodo, pero poco a poco me fue pareciendo una buena idea, pues pensé que así se animaría a contarme el resto.

Me llamó la atención cómo la claridad de nuestra puesta en escena contrastaba enormemente con la oscuridad de la parte que faltaba; como si, de alguna manera, pretendiera enmarcar o acotar el sinsentido de su huida.



Fui el portero de la finca en la que vivía en Madrid y que, al parecer, le había denunciado. En esta escena, recuerdo que tenía que permanecer en un segundo plano mientras unos milicianos imaginarios le hacían preguntas sobre el contenido de la maleta que llevaba. También fui una señora con la que Enrique se cruzaba en el Campo de San Isidro, tras su llegada con un camión para recoger a los fusilados. En esa escena, él me olisqueaba. Lo ensayamos varias veces porque siempre había algún detalle que se le escapaba y no quería pasar por alto. Teníamos que pensar que estábamos rodeados de gente que asistía a los fusilamientos como si se trataran de grandes espectáculos. Quiso que me colocara en un extremo del patio y él se puso en el otro, y los dos comenzamos a andar al mismo tiempo hasta que nos cruzamos. Entonces él me olfateaba como suelen hacer los perros, con descaro e intromisión, y yo tenía que hacer como si no me diera cuenta. Yo interpretaba a la mujer e iba a reunirme con mi marido, al que llevaba unos churros y un vaso de anís que había comprado en un puesto que abría allí todas las madrugadas. Me intentaba explicar que así había ocurrido y no solo una vez, sino muchas, todas las madrugadas que tuvo que ir al Campo de San Isidro. Luego, él siguió andando y cuando ya estaba llegando a la pared hizo un quiebro y se fue tras unos árboles donde desapareció de mi vista. No me dijo nada y estuve esperando a que apareciera, pero, pasado un rato me acerqué y lo vi allí acurrucado simulando que se había quedado dormido o como si se hubiera desmayado. Me dijo que no tenía muy claro lo que había pasado. Entonces yo hice como que le despertaba (en la ficción que estábamos representando) y él me miró como si estuviera aturdido, mientras seguía tumbado en el suelo. Recuerdo que en ese momento entró un coronel en el patio y nos preguntó qué estábamos haciendo. Yo le expliqué que era su abogado defensor y que él estaba escenificando lo que le había sucedido en Valladolid para que yo lo entendiera mejor. El coronel nos miró extrañados, sobre todo a él, y me pidió que se lo explicara de nuevo, pues no había comprendido lo que le había dicho. Enrique se levantó y yo tuve que volver a decirle que le estaban juzgando y que yo era su abogado defensor, por lo que debía conocer de manera pormenorizada lo que le había ocurrido. Así, habíamos decidido reconstruir lo sucedido en Valladolid como si se tratara de un atestado. El coronel se mantuvo serio y nos dijo que iba a quedarse para comprobar lo que estábamos haciendo, porque quería supervisarnos. Entonces, Enrique volvió a tumbarse y a mirarme como si estuviera perdido o aturdido, y no supiera lo que había pasado. ¿Qué le pasa?, me preguntó el coronel. Ahora se está despertando, le expliqué. Enrique nos dijo que estaba en un manicomio, pero que no sabía el motivo, porque se había

despertado allí, tirado en el suelo, y lo último que recordaba es que antes estaba en el Campo de San Isidro. Entonces el coronel fue hacia él y le requirió que repitiera lo que había dicho sobre dónde se encontraba. Creo que le molestó que dijera que estaba en un manicomio, pues interpretó que lo decía refiriéndose al cuartel en el que estábamos. Sin embargo, yo le intenté aclarar que se refería al manicomio de Valladolid, pues allí había estado ingresado y eso era lo que simulábamos. En este momento, Enrique dijo que, cuando estaba ingresado, también habían aparecido en la habitación del manicomio unos falangistas que conocía, tal y como había hecho el coronel cuando apareció en el patio, y que esto le parecía una coincidencia interesante. Luego, Enrique se levantó y nos propuso que lo dejáramos, que ya seguiríamos otro día.

En la declaración que se le tomó al inicio del proceso, el juez le preguntó si estaba conforme con los cargos que se le imponían y cuál había sido el motivo de su consumación. Enrique respondió que sí y que había desertado porque quería estar con su familia, pues llevaba sin verles desde el verano de 1936, cuando se marchó a Madrid a trabajar. Me contó que, antes de la guerra, solía ir a la capital para vender los productos que comercializaba la empresa de su padre: aceite de oliva, espartos y sus derivados.

Le explicó al juez que su familia se encontraba en la zona roja desde el inicio de la Guerra Civil y a pocos kilómetros de Lopera, donde había sido destinado como escribiente a finales de 1937. Su intención, según afirmó, era traerles a la zona nacional. Es decir, su plan había sido, a pocos meses de que acabara la guerra, ir a Marsella en barco y desde allí llegar a Barcelona para luego atravesar la península de norte a sur y en diagonal, con el objeto de traer de vuelta a su mujer y a sus hijas de siete y once años atravesando las líneas enemigas. El plan era sencillo y el propósito encomiable, pero creo que poco creíble.

Según nos íbamos acercando al día en que huyó desde Algeciras, nuestras dramatizaciones se fueron haciendo menos precisas. Poco a poco la continuidad y afinidad de los hechos se fueron diluyendo. Nuestras escenas fueron perdiendo consistencia, pues me costaba diferenciar a quiénes interpretábamos ni qué función teníamos. Por ejemplo, desde que llegó a Lopera, yo hice de Enrique en varias ocasiones y no tenía muy claro si yo era el hostigador o el perseguido, el que tenía que dar una explicación sobre lo ocurrido en relación con las recriminaciones que hacía

Isidoro, su compañero de oficina (que a veces representaba él), o el que las solicitaba, pues Magdalena, una amiga de Isidoro, también había desaparecido casi al mismo tiempo que Enrique sin que se supiera el motivo. Por otra parte, creo que algunas cosas que Enrique contaba se las inventaba en el mismo momento de nuestra representación, pues era imposible que las hubiera vivido. Sin embargo, yo no le decía ni le recriminaba nada y le dejaba hacer, pues pensaba que seguramente podría salir algo provechoso de todo aquello. Prefería que me contara todo lo que quisiera, pues pensaba que de esta manera, a la larga, podríamos poner el foco en lo que verdaderamente nos interesaba.

Cuando escenificamos lo que le había ocurrido en Lopera y Enrique hizo de Isidoro, no dejaba de mencionar a Magdalena, como si Enrique hubiera jugado un importante papel en su desaparición o viceversa. Yo creo que esa mujer, que se llamaba como el parque de Valladolid, El Prado de la Magdalena, era la persona a la que el juez hizo alusión al final de la indagatoria. Después de que le preguntara si se le habían leído las Leyes Penales y si había sufrido maltrato desde que había sido arrestado en Fuenterrabía, el juez quiso saber si alguien le había influido en la decisión de desertar. Es decir, si alguien había colaborado en su huida o si había estado en connivencia con otras personas. De todas maneras, no sé quién era Magdalena ni a qué se dedicaba, pero, ¿quién era o qué quería Enrique? Porque, en nuestras dramatizaciones, desde que despertó en la cama del manicomio, parecía que lo que me estaba contando le hubiera ocurrido a otra persona.

Desde que el coronel apareció en el patio mientras realizábamos nuestras escenificaciones, tomó la costumbre de venir todos los días. Al principio, solo hacía de espectador y nos daba su opinión, como si lo que estábamos haciendo fuera a ser representado en público. Hasta que Enrique decidió asignarle también a él algún papel y el coronel se mostró conforme. Cuando estaba en Lopera, donde Enrique trabajaba como escribiente, el coronel hizo de María y en una ocasión de Magdalena. Recuerdo una escena en la que el coronel estaba en la puerta de su casa, me refiero a la de Magdalena, y yo intentaba convencerle, porque era Enrique, para que aceptara que le diera clases de mecanografía, que él rechazó, tal y como había hecho Magdalena. Así, todo iba más o menos bien hasta que Enrique llegó a Algeciras en autobús y habló, al parecer, con un falangista del Servicio de Información que, en ese momento, estaba representando yo. Entonces, Enrique cambió de actitud, como si de pronto no quisiera continuar y al coronel le ocurrió lo mismo. A partir de ese día, el coronel Evaristo dejó

de venir y nosotros tan solo nos dedicamos a pasear, a observar las plantas y a los pájaros dando saltos en el césped, como si todo lo demás nos lo hubiéramos inventado.

Según consta en la indagatoria que se le practicó al inicio del proceso, en enero de 1940, Enrique declaró que, tras llegar en barco a Marsella, fue a Barcelona y allí le detuvieron e interrogaron. Pasó un mes en la prisión de Montjuic y fue puesto en libertad en agosto de 1938. Quizá se acogió a ley de amnistía que el Gobierno de la República promulgó ese mismo mes en favor de los desertores. En todo caso, en octubre fue a un campo de instrucción y pasó a formar parte del XVIIIº Cuerpo del Ejército. Se le asignaron funciones de segunda línea como sanitario durante la batalla del Ebro. Tras la caída del frente en Lérida, pasó a Francia con el resto de los combatientes republicanos que huían en retirada. Sin embargo, a los pocos días, regresó a España cruzando la frontera por Irún y se entregó a las autoridades franquistas en Fuenterrabía.

En ocasiones imagino que, cuando le interrogaron en Barcelona, informaría a las autoridades republicanas que una mujer le había ayudado a huir de la zona nacional y que había estado colaborando con ella llevando información al Campo de Gibraltar. Si esta mujer hubiera sido Magdalena, significaría que, quizá, habría conseguido desembarazarse de los fantasmas que le perseguían desde que estuvo en Valladolid. Sin embargo, tampoco hay que descartar que sucediera a la inversa y que marchara de Algeciras en connivencia con el Servicio de Información de la Falange para participar en el espionaje que se estaba organizando en aquel momento en Barcelona, pues el ejército republicano estaba preparando la ofensiva del Ebro. O, quizá, todo fuera más sencillo y huyera porque había robado dos mil pesetas de la caja que estaba a su cargo en la Jefatura y no quería que, como castigo, le destinaran a combatir en primera línea con la Sanjurjo.

En todo caso, no descarto que Enrique se presentara en enero de 1939 en Fuenterrabía porque creyera que nadie iba a encontrar sentido a lo que había hecho y que, por tanto, no iba a ser encarcelado ni humillado por ello; pues, tal y como se desarrollaron los acontecimientos, es probable que así sucediera: en julio de 1943 fue condenado a 30 años de reclusión mayor, pena que fue conmutada por la de 12 años y un día, y un mes más tarde fue puesto en libertad atenuada.

## El falangista desconocido

Jódar, febrero de 1940.

Al anochecer, Jacinta vino para decirme que tenía que ir a la centralita del pueblo, pues me llamaban desde el Tribunal Militar de Córdoba. Mi mujer me miró un poco extrañada y le dije que no se preocupara. Dejó la costura sobre la mesa y asintió con la cabeza.

—¿Te han dicho lo que quieren? —pregunté a Jacinta mientras salíamos.

—Que necesitan hablar contigo con urgencia y que tienes que estar allí mañana por la mañana.

Cuando llegamos, me arremangué y cogí el teléfono.

—¡Arriba España! Al habla Antonio Fernández Millán, jefe local de Milicias de la Falange.

La mujer que estaba al otro lado de la línea tardó en reaccionar.

—¿Sí?, ¿dígame?

Volví a repetir el saludo, mi nombre y mi cargo. Fue muy escueta, me dijo que tenía que ir a declarar al Tribunal Militar de Córdoba al día siguiente en relación con el

procedimiento sumarísimo que se había abierto contra Enrique Acuña, un vecino del pueblo. Por supuesto que sabía que a Enrique le estaban juzgando.

De joven, yo había sido medio novio de su mujer. Cuando se casaron, se fueron a vivir a la casa del padre de él. Su suegro había sido alcalde socialista y, por este motivo, no le fue mal durante la guerra, pues nuestro pueblo, Jódar, estuvo en zona roja durante prácticamente toda la contienda. Sin embargo, cuando en 1939 llegaron los nacionales, le requisaron algunas de sus propiedades, entre ellas su casa, por lo que tuvo que trasladarse a una pequeña caseta que tenía en las afueras del pueblo. Entonces, Aurora y sus hijas se fueron a vivir con la familia de ella

Aquella misma noche, después de hablar por teléfono, fui a ver a Álvaro, el hermano de la mujer de Enrique. Me recibió en el zaguán de su casa y me hizo pasar al salón. Le comenté que me habían llamado para que declarara al día siguiente en relación con el procedimiento sumarísimo que se había abierto contra su cuñado. Él estaba al tanto del proceso, aunque me lo hizo saber con un cierto desinterés, como si estuviera cansado de los problemas de Enrique. Le comenté que probablemente me habían llamado porque querían conocer si él había estado afiliado a algún sindicato o partido político durante los años previos a la guerra. Se encogió de hombros y, en un primer momento, se quedó callado.

—¿Qué hacemos con Enrique? —añadió a su silencio.

En 1939, yo había sido nombrado jefe local de la Falange. Había tenido noticia de lo que había hecho Enrique y me había quedado estupefacto. Había desertado dos veces, una por el ejército republicano y otra por el nacional, con sus correspondientes retornos a los dos bandos. Sin embargo, desconocía lo que le había movido a ello, pues no había estado al tanto de lo que le había ocurrido durante la guerra.

—Maldita sea, no lo entiendo, ¿por qué huyó a Gibraltar? ¿Se ha vuelto loco o qué? Necesito que me cuentes todo lo que sepas. ¿De qué pierna cojea? —le solté a Álvaro.

—Ahora un poco de la izquierda —fue lo único que me quiso aclarar.

El año anterior, poco después de que los nacionales entraran en el pueblo, me encontré a Aurora en la calle y le pregunté por su marido. Me contestó que le habían

encarcelado dos meses antes de que terminara la guerra. Se la veía asustada por lo que le pudiera ocurrir a Enrique, pero también a ella. A partir de ese día, me esquivaba siempre que me veía, como hacía con otras personas del pueblo.

Antes de la guerra, Enrique tenía un grupo de amigos con los que solía juntarse en el casino. Eran más bien monárquicos, aficionados al juego y a las mujeres. En este sentido, Enrique también sabía hacerse querer. Sin embargo, nunca tuve mucho trato con él. El padre de Enrique era una persona a la que se apreciaba en el pueblo, mucho más que a su hijo. Mientras Jódar estuvo en poder de los rojos, el padre de Enrique permitió que, en su casa, el cura diera clases a los analfabetos. Por este y otros motivos, cuando se acabó la guerra, se salvó de las represalias, pero, aun así, estuvo retenido durante un tiempo. Esta era la razón por la que Aurora estaba tan asustada, pues había estado viviendo en su casa durante la guerra.

—Mi hermana no puede quedarse sin su marido —me hizo saber Álvaro alto y claro.

No me dijo nada más. Me puse serio y él esquivó mi mirada, con esa altanería con que los ricos del pueblo nos seguían tratando a los recién llegados. Durante la guerra, la familia de Aurora siempre se sintió amenazada, pues eran propietarios, aunque no les llegó a pasar nada. Aquel día, Álvaro y yo tan solo nos estuvimos tanteando. Él solo estaba preocupado por lo que le pudiera pasar a su hermana y a sus sobrinas. Pensaba que si a Enrique le ocurría algo, Aurora tampoco saldría muy bien parada.

Toda la noche, estuve valorando la posibilidad de testificar en su contra. Dudaba si debía comprometerme, ya que podría poner en juego mi carrera. Sin embargo, si yo no hubiera estado casado, no lo habría dudado tanto. Porque, así, me habría quitado de en medio a Enrique y Aurora habría salido ganando con el cambio.

Desde que se acabó la guerra, Aurora se pasaba casi todo el día encerrada en su casa. Solo salía por la mañana y muy temprano para ir a la iglesia. Por todos los padrenuestros y avemarías que había rezado, pero también para que, en lo sucesivo, se acordara de lo que había hecho por ella y me lo agradeciera, avalé a su marido. Declaré que Enrique había contribuido a la creación de la Falange en el pueblo en 1934. No

obstante, los archivos de la organización en Jódar habían sido destruidos durante la guerra.

Cuando, al día siguiente, regresé de Córdoba, mi mujer me preguntó que cómo me había ido. Quería cerciorarse de que hubiera testificado en favor de Enrique. Por la forma de mirarme, parecía no confiar demasiado en que lo hubiera hecho. Al insistir que había declarado en su favor, se quedó más tranquila y dijo que, así, Aurora volvería a estar con su marido.

—Eso espero —le contesté.

Levantó los ojos de la costura y me miró fijamente.

—Y yo también —añadió.

Luego, volvió a sus quehaceres.



## La sorpresa

*El arte es como alguien que te ataca por la espalda, como un ente, un alien, que aunque no quieras te domina o te sorprende.*

Ana Laura Aláez

Jódar, posguerra.

—Anabel, acércame esa caja.

—¿Cuál?, ¿esta?

—Sí, esa.

—No llego.

—Ahí hay un taburete.

La tienda era bastante pequeña y apenas cabían dos clientes. Cogí el taburete con cuidado de no estorbar a la mujer que estaba dentro. En ese momento, entró el cura y me esperé para dejarle espacio. Cuando me vio, volvió a recordarme que le debía algo. A mi padre también lo miraba como si siempre le debiera algo.

—Sí, señor cura, iré en cuanto pueda con mi madre. Ya se lo he dicho varias veces, pero siempre se le olvida.

El cura cogió la caja que yo estaba intentando alcanzar y me la dio.

—Toma.

—Gracias, señor cura.

—Buenos días, Enrique.

—Buenos días —le contestó mi padre mientras atendía a Mercedes.

Mercedes era una señora que solo se entendía por señas porque era sorda. Por eso no se enteró cuando entró el cura, ni lo saludó y ni le hizo espacio, ya que estaba entretenida mirando sobre el mostrador unos muestrarios que le había sacado mi padre. Así, el cura se quedó un poco pegado a la puerta, pues Mercedes era bastante gruesa. Cuando ella terminó, se giró y golpeó al cura con sus grandes pechos. Entonces, papá se volvió para coger algo, pues no podía contener la risa.

Los miércoles por la tarde, cuando iba a visitar a mi padre, me solía meter en la trastienda. Papá vendía escobas, zapatillas, cubos, cubiertos, estropajos, postales y otras cosas por el estilo. Mientras él atendía a los clientes, yo me entretenía con lo que hubiera por ahí. Aquel día, me fijé en unas postales que tenía almacenadas, pues habían traído una nueva remesa. Entre ellas había una postal que me llamó la atención. En la foto se veían dos zapatos de mujer con tacones anchos y bajos, como de cuento; de los talones salían dos cadenillas que se unían en su otro extremo con un aro; en él, había atados un montón de collares que parecían algas o corales. Había muchas postales con esta imagen y me guardé una en el bolsillo para llevármela a casa.

—¿Qué es lo que quiere? —me preguntó mi padre cuando se fue el cura.

—Quiere que le dé un mechón de pelo para ponerlo en el santuario de la Virgen de Cuadros como agradecimiento a la Virgen por lo que hizo.

—¿Qué es lo que hizo la Virgen?

—Que vinieras de la guerra.

—¿Por eso quiere que le regales tu trenza?

—Al cura no, a la Virgen.

Me acordé de la postal que me había metido en el bolsillo y se la enseñé.

—¿Me puedo llevar esta postal?

—Claro, ¿a ver?

—Esta.

—Son unos zapatos muy bonitos. ¿Qué es lo que tienen detrás?

—Parecen algas o corales.

—Están atados con unas cadenillas, como si no te los pudieras quitar. Aunque, de vez en cuando, también podrían darte alguna sorpresa.

—¿Como cuál?

Entonces, mi padre me hizo cosquillas en las rodillas.

Cuando papá salió de la cárcel, en 1943, estuvo viviendo un tiempo con nosotras. Sin embargo, a las pocas semanas de regresar al pueblo, mis padres se separaron y él se fue a vivir con su padre. Desde entonces, iba con frecuencia a visitarle. Luego abrió la tienda, pues al abuelo le habían requisado algunas propiedades y se habían quedado con pocos ingresos.

Unos días más tarde, mientras estaba en mi casa, até dos cuerdas a los talones de mis zapatos, uní sus otros extremos con un aro y anudé a él un manojo de collares. Luego, me fui con ellos andando despacio para ver a mi padre. Iba mirando solo hacia delante, con cuidado de que no se me enredaran entre los pies.

A finales del mes de junio, ya hacía mucho calor y por la tarde había muy poca gente por la calle. Seguía avanzando lentamente, como en procesión, por las calles solitarias del pueblo. Mi amiga Josefina me vio por la ventana y me preguntó qué llevaba atado en los pies y me acerqué para enseñárselo. Me quité los zapatos y acerqué

los collares a la ventana para que los viera. ¡Qué bonitos! A ver si te va a decir algo el guardia, me dijo.

Llegué a la tienda, pero estaba cerrada. Golpeé la puerta con la mano, pero no respondió. Me extrañó, pues a esa hora siempre estaba abierta. Volví a llamar. Me acerqué al cristal para mirar dentro haciendo pantalla con las manos. Estaba todo oscuro y no se veía a nadie. Decidí esperar.

Estuve media hora en la puerta, pero como mi padre no llegaba, fui a su casa para buscarle. Me senté en la acera, desaté las cuerdas con los collares y fui con ellos en la mano. Aunque el camino lo había hecho muchas veces, me sentía como si no tuviera muy claro lo que estaba haciendo ni hacia dónde estaba yendo. Me paré frente a un comercio para mirarme en la luna del escaparate y me quedé quieta un rato. Me puse el manojito de collares en la cabeza. Luego ensayé varias posturas: levanté un brazo hacia arriba, también la rodilla opuesta, y el otro brazo hacia abajo; luego estiré los brazos hacia la izquierda y, a continuación, me rodeé la nuca. Cuando me cansé de hacer posturas con el manojito de abalorios en la cabeza, retomé el camino hacia la casa de mi padre.

Mi abuelo me abrió y se alegró de que hubiera ido a verle. Le pregunté por mi padre y le dije que había ido a la tienda, pero que estaba cerrada. Pasa, está en casa, seguro que se alegra de verte, me contestó. En frente de la puerta principal había una escalera, a la izquierda estaba la sala y a la derecha la cocina. Está en la sala, me dijo el abuelo.

Cuando se acabó la guerra, decían que mi padre había sido un oportunista y que por eso se había cambiado tantas veces de bando. También se le acusaba de ligereza por su afición al juego. No obstante, Franco había dicho que los días frívolos se habían acabado. Por lo que había hecho durante la guerra, ya no tenía muchos amigos en el pueblo.

Antes de entrar en la sala, le dije al abuelo que me había olvidado algo y que me tenía que marchar. Me volví corriendo sin ver a mi padre. Fui a casa, pero antes me paré otra vez para ponerme los collares en la cabeza y mirarme en el escaparate para hacer posturas.

No volvió a abrir la tienda. Seguí visitándole en su casa hasta que, a mediados de 1947, se fue del pueblo sin decir nada, como había hecho otras veces. Se corrió el rumor de que alguien le había visto en Barcelona con una mujer joven. Luego se dijo que se había marchado a Francia, donde se habría vuelto a casar y tenido varios hijos.

Poco después de que mi padre se fuera definitivamente, fui con mi madre al santuario de la Virgen de Cuadros. El cura estaba por allí hablando con los feligreses y mamá esperó su turno.

El cura preguntó a mi madre por Enrique y ella le dijo que no quería saber nada de “ese”. Él le dijo que se comentaba que le habían visto en Barcelona pidiendo por la calle. Ella hacía como si no le importara lo que le pasara a su marido, pero yo sabía que no era cierto, pues si se mostraba así ante el cura, era, en parte, solo por conveniencia.

En una pared del santuario, había un montón de mechones de pelo clavados. Entre ellos estaba mi trenza, la que le había dado al cura para agradecer a la Virgen lo que había hecho por mi padre. Sin embargo, no me gustaba que el cura posara su mano sobre mi cabeza y por eso me puse de puntillas para cogerla y llevármela. Sin que nadie me viera, me la metí en la cintura, bajo la falda. Mi madre salió del santuario con el cura y se despidieron. Mientras nos alejábamos, recuerdo que él me miraba un poco de medio lado. No sabía qué hacer con ese mechón de pelo y me sentía incómoda, además de que me picaba bajo la ropa.

## El guardés

Transcripción de la entrevista realizada por Ana Murugarren a Santiago Espinosa, guardés de la familia de la mujer de “Enrique”<sup>3</sup> durante las décadas de los 50, 60 y 70. Marcilla, provincia de Navarra, agosto de 2019.

–Resulta, resulta que el tal...

–Quico.

–Enrique.

–Enrique no, Quico.

–Quico era, era el padre de, de este...

–El abuelo.

–El abuelo.

–El abuelo era el padre de Anabel.

–La madre de Anabel era de los Romero.

–Sí.

–El padre de la Anabel, ese que estuvo en el África, hombre.

–Ese, ese.

---

<sup>3</sup> Se han modificado los nombres.

–Pero su bisabuelo era Quico, el niño Quico, el padre de, de...

–A, bueno, sí, de...

–¡*Caro*...!

–El padre de, de, él, que estuvo en el África, que no tenía *na* más que ese hijo.

–Vale.

–Resulta que, que vino, o sea, estaba en la fábrica, claro, y cuando vinieron los camiones a, a..., a llevarse el aceite, bueno resulta que cogen, empiezan a cargar los bidones, que entonces eran bidones que había que cargarlos a mano, en los camiones y en vez de aceite salía agua de los depósitos.

–Y él estaba encargado de la fábrica.

–Él hacía y deshacía.

–Cuéntame lo de las mil pesetas.

–No eran mil pesetas, eran casi *seiscientos* no sé cuántos.

–Da igual.

–Que le, nada, cuando vendieron la casa que se *las daba* mis padres. Y mi padre ya sabes lo que le dijo: “Oye, Enrique, que ya sabes, que la casa que tengo, dice, que en el momento que venda la casa lo que hago le doy...” Se fue con los amigos, que tenía pocos allí, porque, por lo que había hecho, ja ja ja, tenía pocos, pero siempre algunos, ¿sabes?, se juntaban con él por compromiso, no por el bien que hizo. Y de la noche a la mañana, mi padre: “Este, este, me cago en diez, ayer me pidió esto y, y no le veo el pelo... he visto y he preguntado en todo el pueblo, digo, este se ha ido, dije eso *pa* mí que ya no...”

–Y lo que se corrió en el pueblo que apareció muerto en Barcelona, ¿eso en que año era más o menos?

–Oooish... No tenía yo unos doce años o trece, no tenía más.

–¿Y ahora tienes?

–Ahora tengo... 8, 4; 8, 5.

–Uno menos que mi madre.

–Je je je.

–O sea que sí, hace sesenta y pico años. Bueno, pues eso.

–Y que desapareció y que lo estamos esperando todavía. Y al año o los dos años comentaron *de que* estaba en Barcelona, que se lo encontraron que iba pidiendo por las calles y que no sé qué, no sé cuántos... ¿Sabes lo que pasó después?

–Eso es lo que se comentó en el pueblo.

–Lo que se comentó y ahí se quedó la cosa. Que se lo encontraron muerto, que iba pidiendo y eso, hasta hoy.

–Bueno, hasta aquí la primera entrevista con Santiago Espinosa. Me tengo que ir. Agur.



## El Camping gordo

Noreste de España y sureste de Francia, 1983.

En el verano de 1983, mi hermana y yo hicimos un viaje con unos amigos desde San Sebastián hasta Nimes, en Francia. Se suponía que pretendíamos llegar a Venecia, pero nos quedamos a medio camino, que ya fue bastante, pues la mayoría tampoco tenía muy claro a dónde quería ir. En lo que sí estuvimos todos de acuerdo fue en cómo bautizar a aquel viaje, lo llamamos el *Camping gordo*. Duró más o menos un mes en el que nuestras existencias discurrieron por diferentes lugares del noreste de España y sureste de Francia.

Sin que lo hubiéramos planeado, viajamos cuatro parejas de hermanos. De Sevilla fueron Rafael, el *Maestro*, y *Caalos*, sin erre, y Pedro *Malacara* y su hermano, que no recuerdo como se llamaba, pues siempre le llamábamos el *Abuelo*, ya que tenía veintisiete años; de Bilbao fuimos Greta y Nora por un lado, y mi hermana y yo por el otro. Ella tenía diecinueve años y yo dieciocho.

Nos encontramos con los sevillanos en San Sebastián y a partir de allí continuamos en dos coches. Como no cabíamos todos, pues los coches eran viejos, pequeños y con poca potencia, decidimos que dos viajarían siempre haciendo autoestop. Nos íbamos turnando y hacíamos pequeñas etapas de unos cien kilómetros, pues los coches no daban para mucho más, además de que queríamos disponer de más tiempo para disfrutar de los lugares por donde pasábamos. No recuerdo muy bien por qué, pero a mí me tocaba hacer autoestop casi siempre. Quizá, porque pensaba que tenía menos

derechos, ya que me había incorporado al grupo el último, o porque prefería viajar de esa manera. Solíamos quedar en un lugar señalado del pueblo, con frecuencia en el ayuntamiento, pues era lo más fácil de localizar. Sentados en alguna escalinata de piedra desgastada o sobre el césped de un pequeño parque o parterre, esperábamos a que los demás aparecieran. Por aquel entonces, nuestros tiempos se detenían y dilataban al compás de los transeúntes que pasaban.

Greta nos solía contar que, al hacer autoestop, los camioneros le paraban con frecuencia. Una vez nos refirió que se había subido a una camioneta en la que viajaban unos chicos que oían música progresiva y que había estado a punto de continuar el viaje con ellos y abandonarnos, pero, al final, había preferido bajarse y seguir con nosotros.

Antes de continuar hacia Sitges y Rosas, nos detuvimos unas horas en Barcelona, pues el *Abuelo* quería ver a un familiar suyo que había emigrado a Cataluña hacía unos años. Nos explicó que no quería que fuéramos con él, pues su familiar tenía, al parecer, problemas con la droga y la justicia. Así, los demás decidimos ir a las fiestas del barrio de Gracia que se estaban celebrando en aquel momento. Paseamos por sus calles repletas de farolillos y motivos decorativos que colgaban de fachada en fachada. En la plaza del Sol, nos sentamos en el suelo y el *Maestro* comenzó a hacer movimientos estrafalarios, como si estuviera bailando. Los demás le seguimos llevando el ritmo y de paso nos pusimos a pedir dinero, aunque la gente pasaba de largo sin hacernos caso.

En Barcelona, mi hermana y yo también teníamos un familiar a quien podríamos haber visitado, pero no lo hicimos. No recuerdo por qué no le fuimos a ver y hasta me cuesta recordar que se nos ocurriera hacerlo. Tengo la ligera idea, ligerísima, de que mi hermana y yo pensamos que allí vivía nuestro abuelo Enrique y que nos hubiera gustado conocerle.

Hasta entonces, la única señal de vida que el abuelo había dado a sus nietos fue cuando se presentó, creo que en 1978, llamando por el interfono de nuestra vivienda. Nuestra madre, que había fallecido el año anterior, nunca nos había hablado de él, tan solo nos había dicho que él había desaparecido durante la Guerra Civil. Nosotros, sus nietos, ni siquiera sabíamos que estaba vivo. Vino a Bilbao porque quería conocernos, pero no había llamado antes para advertir que lo haría. Nuestro padre le contestó que,

como la mayoría de los hermanos éramos muy pequeños, solo iba a dejarle conocer a los dos mayores, pues creyó que los demás pensaríamos que un fantasma había venido a vernos. Tampoco pudo entrar en nuestra casa. Así, aquel día, nuestro padre y los dos hermanos mayores fueron con nuestro abuelo Enrique a comer a un restaurante.

Unos años después, cuando llegamos a Barcelona con nuestros amigos del *Camping gordo*, creo recordar que nos acordamos de él. La idea de conocerle me parece que fue algo estimulante, una iniciativa interesante similar a otros destellos de luz que por aquel entonces se nos cruzaban por la mente. Sin embargo, se nos olvidaría por algún motivo que tampoco logro recordar, aunque también es probable que simplemente lo dejáramos pasar.

En todo caso, tampoco sabíamos dónde vivía y habríamos tenido que preguntar por su domicilio a la Policía Municipal o en el Ayuntamiento. Quizá, esta fue una de las razones que nos hizo desistir de nuestro propósito. De todas maneras, la idea de ver a nuestro abuelo fue tan fugaz e imprecisa como el recuerdo que ahora tengo de ella.

Después de que nuestro amigo sevillano, el *Abuelo*, viera a su familiar peligroso, nos fuimos a Sitges y luego a Rosas. Por allí seguimos dando vueltas, fumando porros, bailando, viendo amaneceres, yendo a conciertos, robando para comer, cocinando huevos fritos en la calle o durmiendo en la playa. Luego continuamos por el Mediodía francés hasta que decidimos que ya teníamos bastante y nos dimos la vuelta.

## El Ciervo

*Los frecuentes ciervos y venados en Lucas Cranach.  
Los perros ladraban cuando los veían, dijo alguien.*

David Markson

Barcelona, década de los 90.

A principios de los noventa, estuve trabajando en Barcelona durante unos meses. Mi tío había vuelto de Francia en 1978 y sabía que vivía en esta ciudad desde entonces. No le había visto desde que era niño y fui a visitarle. Él trabajaba como cocinero en un restaurante que ya no existe, pues ha sido sustituido por otro especializado en tortillas. El local se llamaba El Ciervo.

Cuando llegué al restaurante, me acerqué a un camarero que estaba tras la barra y esperé a que se diera la vuelta para preguntarle por mi tío. Tras escucharme, se rascó la cabeza y me sonrió con una complicidad que no supe interpretar. En aquella época, sabía pocas cosas de él; por ejemplo, que había robado, no sé muy bien cuándo, de la casa de su madre una caja llena de monedas de oro que había sustituido por perras gordas. Cuando yo tenía cuatro años, a mediados de la década de los cuarenta, se marchó del pueblo y se alistó en la Legión Extranjera francesa, pues, según contaba el cronista del pueblo, tenía un espíritu aventurero. Desde que se fue a la Cochinchina, y luego a Argelia, no le había vuelto a ver. En una ocasión que vino de visita a mi casa,

cuando yo tenía tres años, me ayudó a limpiarme después de hacer mis necesidades, pero lo recuerdo solo como una sombra que me orientaba en el servicio, que era un lugar oscuro y alargado. En todo caso, me desconcertó la reacción del camarero cuando se sonrió, pues parecía que no hubiera ido a ver a una persona cualquiera.

Antes de que le diera tiempo a contestar, otro camarero se acercó y el que me estaba atendiendo le explicó lo que quería con la misma sonrisa cómplice de antes. Permanecí atento a sus reacciones, por si me pudiera percatar de algo. El encargado, o lo que fuera, también me miró con curiosidad. Me mantuve serio para no dar por supuesto nada, al tiempo que aumentaba mi perplejidad y las ganas de volver a ver a mi tío, pues, como había pasado tanto tiempo y había estado en lugares tan diferentes, podría encontrarme cualquier cosa.

Me dijo que le siguiera y mi emoción fue en aumento. Atravesamos un comedor en el que había solo una persona comiendo sopa. Luego torcimos por un recodo en el que había apilados unos cuantos barriles de cerveza de aluminio. Me dijo que tuviera cuidado con el escalón y que agachara la cabeza. Los espacios se fueron estrechando hasta que, a lo lejos, oí el repiqueteo de un cuchillo sobre una tabla. Allí estaba, en una pequeña cocina cortando una cebolla a gran velocidad. Estaba solo y sin apenas espacio para moverse en ese lugar semiclandestino que habían habilitado para preparar la comida. Era un poco más bajo que yo y miraba con interés lo que estaba haciendo, sin torcer la mirada y sin hacer ningún gesto, como cuando se adquiere una gran concentración en el oficio. Llevaba la barba poblada del tipo de las que se llevan ahora, unos pantalones vaqueros holgados y una blusa blanca abotonada a un lado que le ajustaba el torso y le hacía reconocible en su trabajo. No se giró cuando llegamos y, como pude comprobar más tarde, lo achaqué a su sordera. Le costaba entender cuando se le hablaba y había que hacerlo mirándole a la cara, pues, como su mujer, creo que sabía leer en los labios. Puede ser que lo aprendieran a la vez, los dos juntos en sus noches de insomnio mirándose a la luz de una vela por alguna necesidad perentoria o de supervivencia. Recuerdo que de niño pensaba que mis tíos pertenecían a otra época. Sin embargo, con posterioridad, me he abierto a otros momentos, pues el tiempo ha adquirido para mí una dimensión similar a la cebolla que Enrique estaba troceando aquel día: fraccionable en un sinfín de secciones y direcciones.

El encargado le dijo que yo había venido a verle. Enrique dejó el cuchillo y, con un trapo, se limpió las manos con parsimonia. Le había llamado antes al restaurante para advertirle que iría y se mostró conforme. Me miró y yo le dije que era Rodolfo, su sobrino. Después de más de cincuenta años, me ofreció su mano húmeda y con la otra hizo un gesto que no supe entender, pues probablemente también provenía de otras culturas. Me pidió que le esperara un momento fuera, pues tenía que terminar lo que estaba preparando. Así terminó nuestro primer breve encuentro.

Enrique había tenido dos hijas y creo que solo se carteaba con la mayor, aunque no podría asegurarlo. Si lo hacía con su hija menor, también constituye para mí un misterio. Con frecuencia, la mayor refería que, durante la posguerra, el hermano de su madre nunca le cedía el paso cuando entraban en algún lugar, a diferencia de lo que sí hacía con otras personas. Ha fallecido recientemente y una imagen recurrente que tengo de ella es que siempre se acordaba de lo mucho que me gustaban las perrunillas, y por eso solía decirme que, antes de que me marchara de su casa, me llevara una bolsa que me había guardado en la alacena.

Su hermana menor se llamaba Anabel y era siete años mayor que yo. De niño, como yo era su primo pequeño, había sido para ella como un muñeco. Para mí, es difícil de describir y no sé por dónde empezar. Podría decir, por ejemplo, que le gustaba la pintura y que, según creo, hubiera querido ir a París, aunque nunca lo hubiera manifestado. Era joven cuando, en los años cincuenta, se evocaba en las películas de Hollywood una bohemia parisina con la que no sé si se identificaba. Recuerdo que el día que murió Picasso me lo hizo saber y me explicó quién era, pues necesitaba compartirlo con alguien con urgencia. Le gustaba pintar y se compró una caja de pinturas que todavía conservo en un trastero de mala manera. Si tuviera que definirla de alguna manera, por lo que era o por lo que hacía, podría decir que sentía una cierta atracción por lo impreciso e inconcreto. No obstante, el señor que fui a ver a una cocina cincuenta años después era el padre de esta mujer que nunca me habló de él.

Cuando salió del restaurante, me explicó que su casa no estaba muy lejos y que podíamos ir dando un paseo, pues se lo había recomendado el médico. Mientras caminábamos, me explicó que había estado en su pueblo hacía unos quince años, poco después de volver de Francia.

—Este país ya no es el mismo, no lo reconozco, pero es mejor así, lo prefiero, porque, si no, me hubiera vuelto loco.

Me sorprendió esta alusión a su cordura, pues siempre se había dicho de él que caminaba un poco desacompañado.

—Este es el portal —abrió y me ofreció que pasara primero.

Las puertas de la calle también eran de aluminio, como los barriles de cerveza del restaurante donde trabajaba. Cuando llegamos, me dijo que lo único que podía ofrecerme era una naranja, porque no había podido hacer la compra, ya que no había tenido tiempo. Yo le dije que estaba de suerte, pues llevaba una época en que me había dado por comer naranjas y las devoraba de dos en dos varias veces al día, así que no me importaba lo más mínimo que no tuviera otra cosa que ofrecerme, sino que incluso lo celebraba. Me escuchaba con interés, pero como si necesitara amortiguar siempre mis palabras.

Pasamos un buen rato conversando y, antes de marcharme, me dijo que me podía llevar unos tomos de las obras completas de Julio Verne. Los conservaba desde que era niño y se los había traído del pueblo poco después de que volviera de Francia. Me los llevé a casa, pero tengo que confesar que no los he hojeado hasta antes de ayer, más de veinte años después de que me los regalara.

Los tomos están bellamente encuadernados en tela roja y con ilustraciones a tres tintas tanto en la portada como en el lomo. Fueron encuadernados en Madrid, pero no figura el año. En su interior, el texto está distribuido a dos columnas y parece haber sido encuadernado con posterioridad a la publicación de cada relato, pues cada uno de ellos tiene un diseño tipográfico diferente. En el inicio de algunos relatos están escritas las iniciales de mi tío trazadas con caligrafía infantil. En otros, los menos, hay otras iniciales acompañadas de una rúbrica circular, a modo de globo, que probablemente fueran de su madre. El texto está acompañado de muchas ilustraciones que evocan el progreso científico y técnico de la sociedad del s. XIX, así como su espíritu colonial y aventurero. Salvo en lo que se refiere al progreso científico y técnico, es posible que mi tío se identificara con el arquetipo del protagonista verniano.

En la página 49, correspondiente al relato *El soberbio Orinoco*, encontré una foto de un bebé de pocos días o semanas sentado en una silla de mimbre y vestido con una amplia faldilla extendida hacia los lados. No sé quién es ni en qué fecha pudo haber sido tomada la fotografía, aunque podría tratarse de él. Como les suele ocurrir a las personas con espíritu aventurero, es posible que Enrique también tendiera a olvidarse de sí mismo y que, por este motivo, necesitara observarse de vez en cuando en su fotografía de recién nacido. Al descubrir aquella foto pensé que se incrementaban mis posibilidades de encontrar otras cosas valiosas entre las páginas de los siguientes tomos y estaba en lo cierto, aunque en menor medida de lo deseado. En la página 1 del volumen 2, alguien había escrito con caligrafía infantil dos veces el mismo nombre: Andrés Fernández Vicioso. No sé quién era, probablemente algún amigo de la infancia de mi tío. En otro tomo había una carta del ocho de copas de la baraja española. En el tarot, a esta carta se le atribuye un sentimiento de desolación y tristeza ante la constatación de que, a pesar de haberlo intentado, en tu vida hay cosas que no funcionan y que ya no se podrán resolver. En la página 41 del relato *Segunda patria*, había una ilustración de un ciervo que bebía en un arroyo. En la página 25 del relato *El pueblo aéreo* había otra ilustración de otro ciervo que yacía en medio del bosque, probablemente muerto. Lo podría haber comprobado leyendo el relato, pero mi curiosidad no llegó a tanto. También encontré doce cromos a color del tamaño de un sello con ilustraciones de animales salvajes. Había dos leones, dos tigres, dos bisontes, dos lobos, una jirafa y tres ciervos.

En mi última estancia en los Pirineos, vi muchos ciervos en el monte. Recuerdo que estuve a punto de atropellar a uno. De manera repentina, se cruzó en la carretera mientras conducía, pero reduje la velocidad a tiempo de esquivarlo. Me miró un instante y, después, desapareció por el otro lado de la calzada con la misma agilidad con que había aparecido. En otra ocasión, vi otro que estaba parado en el claro de un bosque. Se estaba limpiando el lomo o se lo acariciaba, como si tuviera alguna herida, y estuve observándolo hasta que, pasado un rato, silbé para asustarlo. El ciervo brincó hacia atrás dando un giro y corrió para refugiarse entre los árboles. No sé por qué quise atemorizarle. Quizá porque los ciervos se prestan a ello.

Cuando le dije a mi tía que había ido a visitar al que fue su marido, se sonrió y me comentó que ya estaría muy viejo. A pesar de todo, creo que todavía conservaba de él algún buen recuerdo. Una prima lejana me contó que, cuando el padre de mi tío se



compró un coche (que fue de los primeros que hubo en el pueblo), Enrique solía cogerlo para ir por las tardes a la capital, que estaba como a unos sesenta kilómetros, y luego, cuando volvía, siempre llevaba a su mujer una bandeja de pasteles. Fueron buenos tiempos aquellos, cuando la gente descubrió el placer de desplazarse a mayor velocidad hacia lugares hasta entonces lejanos. Antes de que el holocausto español también les alcanzara a ellos.

Sin embargo, según me contó su hija mayor, el trato que había recibido mi tía de su marido no había sido siempre del todo bueno. Su hija decía que por las noches, en ocasiones, les oía pelearse, y su abuelo, el padre de Enrique, que por aquel entonces vivía con ellos, le rogaba a su hijo, como en una letanía lejana, que por favor no pegara a su mujer.

Su mujer siempre decía que era una persona que iba y venía, hasta que, como le gustaba contarnos, se cansó y ya no le dejó regresar, aunque se lo pidiera. Así, en 1947, Enrique se marchó del pueblo sin decir nada y desapareció definitivamente de sus vidas. Cuando la gente se dio cuenta, ya estaba muy lejos, probablemente al otro lado de la frontera hablando con los miembros de la Agrupación Socialista en el exilio. Aquel momento ha quedado registrado en un documento conservado en el archivo de la Fundación Pablo Iglesias. En él se indica que Enrique, acompañado de un agricultor murciano, apareció un día del mes de agosto en las oficinas de Burdeos y declaró que era *chauffeur* y mecánico, que había estado afiliado a la UGT y colaborado en el periódico Democracia de Jaén, que había sido condenado por las autoridades franquistas a 30 años de prisión y puesto en libertad atenuada en septiembre de 1943. No lo podría asegurar, pero creo que la mitad de lo que dijo era mentira.

La cuestión es que, cuando le fui a ver a Barcelona, no se lo pude preguntar, pues tuve conocimiento de esta información muchos años después, cuando Enrique ya había fallecido. No sabemos dónde está enterrado. Es posible que esté en alguna fosa común, si es que no se incineraron sus restos.

Por el contrario, el padre de Enrique descansa en el cementerio de Jódar, que, precisamente, él inauguró cuando era alcalde del pueblo. Se presentó por las listas del Partido Socialista en 1916 y resultó elegido. Esto, probablemente, determinó que, tras su fallecimiento en la década de los cincuenta, no le pusieran una lápida. Está enterrado

en su panteón familiar que no es más que un recinto de tierra de unos veinte metros cuadrados, que contrasta con el lugar privilegiado en que está situado, en el centro del Camposanto, pues los demás panteones están bellamente trabajados en mármol. Él está en una esquina y su mujer en otra, como si les hubieran castigado. Fui con mi prima al cementerio el Día de Todos los Santos y saltamos el murete que rodea el perímetro de tierra para ponerle dos ramos de flores y una vela. Mi prima tuvo que señalarme con el dedo dónde descansan sus restos. Ahí, me dijo, en esa esquina, pues no hay ninguna placa o losa que lo indique.

## Epílogo

*Localizar un fenómeno en su totalidad no significa ver la armonía oculta del Todo, sino incluir en un sistema todos sus “síntomas”, antagonismos e inconsistencias como partes integrantes.*  
Slavoj Žižek.

Gotemburgo, agosto de 2020.

Hace unos meses, en julio de 2019, encontré en el Archivo Histórico del Tribunal Militar Territorial Segundo, con sede en Sevilla, el expediente del proceso sumarísimo que se abrió en 1939 contra mi abuelo. Hasta entonces, sus nietos habíamos sabido muy poco sobre él y mucho menos que se le había condenado en 1941 por desertar. La información que hasta ese momento habíamos recibido era escasa, imprecisa y, en ocasiones, incluso falsa; como, por ejemplo, que había desaparecido durante la Guerra Civil (en este caso, definitivamente).

A finales de los setenta, poco después de que el abuelo volviera de Francia, apareció en nuestra casa con la intención de conocer a sus nietos, como si de un fantasma se tratara. Después de aquella visita, no volví a saber de él. En los años ochenta, nuestra abuela nos contaba que su marido era una persona que, con frecuencia, solía marcharse de casa, por lo que sus dos hijas y ella pasaban mucho tiempo solas; hasta que un día se hartó y no le permitió regresar más. También nos decía que era aficionado al juego, hasta el punto de que había dilapidado la importante herencia que había recibido de su madre, que había fallecido cuando él tan solo tenía dieciséis años. Nuestra madre murió a finales de los setenta y los hermanos no tuvimos tiempo ni

oportunidad, por la edad, de preguntarle nada sobre su padre ni, quizá, ella de contárnoslo.

Todo empezó a cambiar cuando sospechamos que, quizá, su familia lo había repudiado porque había estado combatiendo con la República y que por este motivo se había tenido que exiliar. Esto se le ocurrió a mi hermana y a todos los hermanos nos pareció una buena idea. El primer documento que encontramos sobre lo que le había ocurrido durante la Guerra Civil española fue el que el hijo de nuestra prima halló en el Archivo de la Fundación Pablo Iglesias. En él se dejaba constancia de la llegada de nuestro abuelo a la sede de la Agrupación Socialista en el exilio, en la ciudad de Burdeos, en 1947. Esto parecía corroborar nuestra idea de que, quizá, había estado combatiendo con el ejército republicano.

Poco después, mi hermana encontró en internet un documento en el que se informaba sobre los jiennenses que habían sufrido largas condenas de cárcel o que se habían exiliado en el extranjero por miedo a la represión franquista entre los años 1936 y 1952. Entre ellos estaba nuestro abuelo. En él se indicaba que había estado afiliado al PSOE, que se había incoado causa militar contra él y que se le había condenado a la pena de muerte, conmutada por cadena perpetua de 30 años.

Esto fue lo que me llevó a buscar información en el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca, en donde encontré su carnet de alistamiento al Batallón Alpino de la Sierra de Guadarrama, el doce de octubre de 1936. Todo parecía indicar, por tanto, tras encontrar estos documentos, que nuestras sospechas apuntaban en la buena dirección. Es decir, que nuestro abuelo habría combatido con el ejército del legítimo Gobierno de la República y que, por este motivo, se habría generado en torno a él un pacto de silencio, pues la familia de su mujer siempre había sido de derechas.

Sin embargo, poco después solicité información al Archivo Histórico del Tribunal Militar Territorial Segundo de Sevilla sobre el consejo de guerra que se había abierto contra él poco antes de que finalizara la guerra. Para mi sorpresa, me contestaron que allí constaba el procedimiento sumarísimo de urgencia 2608/40, en el que se indicaba que se le había condenado a la pena de reclusión perpetua reducida a la de 12 años y un día por un delito de desertión al enemigo. Es decir, que se le había juzgado por desertar de las filas del ejército nacional durante la guerra. Parecía, por tanto, que

algo no cuadraba, pues si se había alistado en el ejército republicano en 1936, ¿cómo era que, con posterioridad, había desertado del ejército nacional?

El expediente judicial que me facilitaron en este Archivo Militar constaba de 123 páginas. Allí se relataba lo que supuestamente le habría ocurrido a nuestro abuelo durante la Guerra Civil a partir de lo que él declaró en la indagatoria que se le practicó durante el juicio. Es decir, casi la única información de la que hasta ahora disponemos sobre lo que le ocurrió durante la Guerra Civil es la que figura en el expediente del consejo guerra que el régimen criminal y fascista de Franco encausó contra él; lo cual también me hace abrigar algunas dudas sobre la total veracidad de lo que allí aparece reflejado.

Nuestra tía aseguraba que su padre no era una persona con ideología política y recalca que, durante la posguerra, en el pueblo se decía de él que había sido un oportunista. También nos contó que, durante la guerra, un día apareció vestido con andrajos, pero sin especificar la fecha, y que, después, se marchó a Valencia. Probablemente vendría del frente de guerra, pero no consigo ubicar el momento en que esto pudo suceder, pues no encaja con lo que él declaró que le ocurrió durante la Guerra Civil. En todo caso, esta es la única información que nuestra familia nos proporcionó sobre lo que le pudo pasar entre los años 1936 y 1939.

A partir de los datos de que disponemos, resulta difícil encontrar sentido a lo que hizo durante la contienda, pues desertó primero del ejército republicano y luego del nacional, para, con posterioridad, regresar a la España nacional poco antes de que finalizara la guerra. Puede ser que le moviera a hacerlo su supuesta falta de compromiso (en este caso ideológico), pues, según refería nuestra abuela, ya habría manifestado esta carencia con su propia familia. Sin embargo, también podríamos pensar que, en realidad, fue la Guerra Civil la que provocó que su familia se rompiera. Es decir, no sabemos hasta qué punto el violento clima social del momento contribuyó a que el matrimonio se separara, o si, por el contrario, esto se habría producido de igual manera tarde o temprano.

El gran misterio que plantea la historia del abuelo durante la Guerra Civil es qué le llevó a desertar la segunda vez desde el territorio nacional, en Gibraltar, y por qué huyó hacia el bando perdedor poco antes de que finalizara el conflicto bélico poniendo

en peligro su vida. Algo muy importante debió inducirle a tomar esta importante decisión. Lo que no sabemos es si fue por una cuestión ideológica o de conciencia, o si tenía esta tendencia a huir en cuanto se tropezaba con algún problema. Sin embargo, de esto último tampoco podemos estar seguros, pues desconocemos cómo era, qué personalidad tenía, ya que tan solo ha llegado hasta nosotros la versión de una parte, es decir, la de su familia directa. Incluso podemos fantasear con que formó parte de una trama de espionaje, que se quitó de en medio por una deuda de juego o que su huida fue motivada por una aventura amorosa. Porque no hay que descartar nada.

Todas estas preguntas permanecen sin respuesta. Sin embargo, hay algo de lo que puedo estar seguro que tiene que ver con mi madre y mi abuela, en la medida en que estos documentos me han permitido conocerlo. Lo que hasta entonces había sido una página en blanco, referida a lo que les había ocurrido durante la posguerra, ahora aparece teñida de toda una serie de conflictos con los que ellas, al parecer, tuvieron que vérselas. Lo que quiero decir es que, desde que encontré estos papeles, estas dos personas se me presentan ahora de dos maneras:

La primera tiene que ver con cómo yo las conocí, afectuosas y cuidadosas de sus hijos y nietos. A mi abuela, que era conservadora y de derechas, jamás la vi mostrarse arrogante ni hacer proselitismo de su ideología. Por el contrario, era en extremo respetuosa, pues, incluso, aquello con lo que no comulgaba le hacía gracia. Su mirada siempre dejaba traslucir una cierta complicidad y creo que esta humildad o falta de posicionamiento a ultranza tenía que ver, primero, con su buen talante y, segundo con el lugar al que se había visto arrastrada durante la posguerra.

Esto último tiene que ver con la segunda manera. Me refiero a que, quizá, mi abuela pudo verse señalada en su pueblo porque su marido había sido encarcelado por desertar del ejército que había ganado la Guerra Civil y porque ella había estado viviendo durante la contienda con un antiguo alcalde socialista, su suegro; incluso, no hay que descartar que en algún momento temiera por su integridad física. Esto, probablemente, podría haber contribuido a acentuar su carácter, haciéndola todavía menos presuntuosa de lo que era antes. Todo esto es una interpretación que yo hago y que se contradice con lo que sus familiares directos siempre han contado: que, durante aquellos años, en el pueblo todos la habían querido mucho.

En definitiva, lo que quiero decir es que ahora puedo reconocer mejor a estas dos mujeres en lo que pudieron ser sus sufrimientos y miedos durante aquel período de sus vidas.

El dolor no lo podemos ocultar o hacer como si no existiera, porque de alguna u otra manera siempre asoma, se nos hace visible, tras unos legajos, una mirada perdida o alguna queja, e incluso llamando a la puerta de nuestra vivienda.

# **Memoria justificativa**



*El caballero Fanciullo sobresalía particularmente en los papeles mudos o poco recargados de texto, que son con frecuencia los papeles principales en esos dramas mágicos cuyo objeto es representar simbólicamente el misterio de la vida.*  
(Charles Baudelaire, 1999: 100).

*“¿No se notó acaso que la gente volvía enmudecida del campo de batalla? En lugar de retornar más ricos en experiencias comunicables, volvían empobrecidos”. Imaginemos que fue realmente así, y que la guerra supuso un enmudecimiento general ...*  
(Walter Benjamin, 1991: 121; citado por Ibáñez Fanés, 2009: 155)

## 1. Punto de partida. Objetivos.

Hace poco más de un año, en julio de 2019, encontré en un archivo militar el expediente judicial del procedimiento sumarísimo que se abrió contra mi abuelo durante la Guerra Civil. Por esas fechas, estaba pensando qué hacer para mi Trabajo de fin de Máster y decidí, casi contra mi voluntad, basarme en lo que refería aquel documento para realizar la novela corta *El Ciervo*.

Hasta ese momento, sabía bastante poco sobre mi abuelo y casi nada de lo que le había ocurrido durante la Guerra Civil. Durante nuestra infancia (la de sus nietos) lo único que se nos había dicho sobre él era que había desaparecido durante la guerra. Por lo visto, parecía que se hubiera hecho un pacto de silencio en torno a su persona. Con posterioridad, sus familiares directos nos contaron algunas cosas más, pero la información que obtuvimos siempre fue escasa, obtenida con sacacorchos y no sé hasta qué punto tendenciosa.

Por este motivo, me sorprendió lo que leí en su expediente judicial. A través de este documento pude saber que se le había juzgado por desertar del ejército nacional, aunque con anterioridad, tal y como él declaró, también lo había hecho del ejército republicano. Lo significativo es que también regresó a los dos bandos durante el transcurso de la guerra.

Resulta difícil encontrar sentido a lo que hizo, saber qué le indujo a actuar de esta manera. Esto ha sido lo que me ha movido a escribir un relato de ficción sobre lo que le pudo ocurrir, pues, sin duda, lo que aparece reflejado en su expediente judicial plantea muchas más preguntas que respuestas.

Así, he procurado tratar la complejidad que rodea a este enigmático personaje y el momento que le tocó vivir no desde una perspectiva maniquea o idealizada ni estableciendo una identificación partidaria. Tal y como refiere Jordi Ibáñez Fanés, la memoria histórica alude “a aquella historia reciente que se mezcla con la memoria viva de las personas o es susceptible de afectarla” (Ibáñez Fanés, 2009: 72). En ese sentido y en tanto que novela histórica, considero que mi relato también indaga en nuestro pasado inmediato, en la medida en que participa de este interés por “quitarle la sábana al fantasma” (Ibáñez Fanés, 2009: 55).

La escritora Sonia Hernández sugiere que “la función inicial de la poesía era hablar con los muertos” (Sonia Hernández, 2019: 77), para rescatarlos del olvido o del silencio. Harold Bloom también plantea que las imágenes poéticas son imágenes “de la voz de los muertos o de su propio yo difunto” (Cuesta y Jiménez, 2005: 743). Así, interpreto esta conexión con el más allá, que refieren estos autores, como un interés por poner voz a nuestros fantasmas, ya sean históricos, sociales, familiares o personales.

## 2. Tema

La novela tiene como leitmotiv fundamental el enigma, pues el hecho central de la narración, la segunda desertión del protagonista, constituye un misterio que no llega a resolverse. Es decir, se plantea una historia con un espacio en blanco que nos impide saber lo que este personaje ha deseado y con qué conflicto se ha enfrentado, ya que desconocemos lo que le ha impulsado a huir en Algeciras.

A lo largo de la narración, lo que le ocurre al protagonista siempre se nos muestra a través de lo que se esconde. Así, cuando el protagonista narra en primera persona, no sabemos en qué medida lo que dice es cierto o si hay partes de lo sucedido que oculta. A su vez, los otros narradores, en tanto que testigos, nos ofrecen una visión parcial de los hechos, pues sus relatos siempre presentan importantes lagunas. Tal y como refiere Pierre Bourdieu, una de las características del discurso literario es la de mostrar ocultando: “...propiedades del discurso literario como la capacidad de desvelar velando” (Bourdieu, 2015: 20). También Antonio Garrido refiere que la narración puede aludir a algo que nunca se nos muestra directamente: “En la narrativa contemporánea se elide el hecho central, sin describirlo en ningún momento, (se alude a él, pero no se le describe, no se conoce)” (Garrido, 2008: 185).

En todo caso, la novela plantea una acción que queda suspendida y que puede ser interpretada por el lector de diferentes maneras. Considero que la presencia de este enigma dificulta el desarrollo de un gran relato en torno a la psicología del protagonista o en relación con el contexto en que aparece, pues desconocemos qué le ha motivado a desertar la segunda vez. Con posterioridad, la acción tiende a disgregarse y el relato nunca llega a cerrarse.

Así, considero que la violenta confrontación ideológica de la Guerra Civil, así como un hipotético conflicto interno del protagonista no pueden entenderse como los motivos centrales de la novela, ya que desconocemos de qué manera intervienen en el hecho central. Así, no sabemos en qué medida el protagonista ha actuado en relación con un determinado posicionamiento ideológico o en respuesta a un conflicto interno. En este sentido, Pierre Bourdieu sugiere que, con frecuencia, en la novela actual no se da protagonismo ni al contexto social en el que se desenvuelven los personajes ni a sus problemas psicológicos: “¿Qué es en efecto este discurso que habla del mundo (social o psicológico) como si no hablara de él?” (Bourdieu, 2015: 20). Algo similar sugiere Terry Eagleton, pues considera que en la novela actual, en ocasiones, el contexto en que se desarrolla la narración pasa a un segundo plano: “Si bien esas obras surgen de los contextos mencionados, sus significados no están confinados a esos contextos” (Eagleton, 2016: 135).

Por otra parte, la aparente tendencia del protagonista a huir también podría entenderse como el leitmotiv de la novela (tal y como sugiere el título, *El Ciervo*), pero solo en la medida en que lo consideremos como una posible interpretación del enigma que plantea la historia. Así, se estaría proponiendo al lector este motivo literario como una hipótesis.

### 3. Narradores

Considero que la historia de Enrique Acuña resulta difícil de narrar por las importantes lagunas que presenta y los interrogantes que plantea. A su vez, esta dificultad se acentúa en la medida en que no hay un narrador omnisciente que ofrezca una visión panorámica y ayude, por tanto, a establecer relaciones y líneas de sentido. Por el contrario, hay múltiples narradores en primera persona que intervienen como personajes de la novela. Así, se trata de narradores con rostro y endógenos, pues están implicados directamente en la acción que narran. Tan solo hay un narrador en tercera persona, sin rostro y exógeno en el capítulo “El electroshock y la simulación”.

Predomina, por tanto, un tipo de narración directa vinculada a tiempos y lugares determinados. En la medida en que casi todos los narradores son personajes que narran en primera persona, solo forma parte de su relato aquello de lo que son conscientes. Por

este motivo, la narración presenta agujeros, pues está condicionada por lo que los personajes perciben y nos ocultan de una manera intencionada o inconsciente. A su vez, en la mayoría de los casos la narración tiene un carácter subjetivo e incluso íntimo, pues los narradores tienden a expresar con frecuencia sus pensamientos, apreciaciones o sentimientos.

En la medida en que hay personajes que narran en primera persona, la distancia narrativa tiende a atenuarse. En estos casos, “el narrador cede la palabra a los personajes” (Garrido, 2008: 105), es decir, la presencia intermediadora del narrador disminuye en la medida en que se incrementa la de los personajes. En este sentido, Todorov considera que “la narrativa actual prefiere una presentación no mediatizada de los hechos” (Garrido, 2008: 133). Esto nos lleva a que, en mayor medida, pueda ponerse en cuestión la veracidad de lo que se está contando. La menor distancia narrativa se plantea en el capítulo “El guardés”, pues el narrador está siendo grabado en el momento que cuenta su historia.

Por otra parte, en la novela intervienen narradores tanto ficticios como fingidos. Entre los narradores fingidos<sup>4</sup>, es decir, que existen o han existido en la realidad, están el protagonista Enrique Acuña, su abogado defensor, su hija, el falangista que declaró en favor de Enrique, el guardés y el nieto del protagonista. Entre los narradores ficticios, es decir, que ha inventado el autor, están el compañero de Enrique en el Batallón Alpino, Isidoro y el sobrino de Enrique.

El protagonista de la novela, Enrique Acuña, narra en primera persona, por lo que se trata de un narrador autodiegético. Su narración tiene un destinatario interno o narratario que es su abogado defensor; el cual, a su vez, narra en segunda persona en el capítulo “La casa del sol”.

Los demás narradores intervienen como testigos en primera persona, por lo que se trata de narradores homodiegéticos, ya que no tienen un papel protagonista en la historia y su narración se refiere a lo que le ha ocurrido a Enrique. A diferencia de Enrique, que tiene un narratario interno, se desconoce a quién o quiénes se dirigen estos narradores testigos (podría tratarse del autor de la novela). En los capítulos “Un baño de sangre” y “La sorpresa” el narrador es la hija del protagonista que también interviene

---

<sup>4</sup> Jean-Marie Schaeffer plantea que existen dos tipos de enunciadores no reales, que “delegan su enunciación a un enunciador secundario”, los fingidos y los ficticios (Schaeffer, J.-M., *¿Qué es un género literario?* Madrid: Akal, 2017, pp. 58-59).

como testigo. Sin embargo, en el capítulo “Un baño de sangre” se podría considerar a la hija como protagonista de su relato, pues principalmente se refiere a lo que a ella le ocurrió. El narrador del capítulo “El guardés” también tiene un narratario interno, pues se dirige a la persona que le está grabando, Ana Murugarren.

En el último capítulo, el “Epílogo”, el narrador hace un resumen y reflexiona sobre la historia de Enrique. Se podría pensar que este narrador se corresponde con el autor de la novela, pero, en tanto que obra de ficción, también podría entenderse que es un personaje más. Por tanto, se juega con la ambigüedad de su naturaleza, ya sea ficticia o real.

En los capítulos “La Magdalena” y “El eclipse”, los personajes narran relatos que otros personajes les han contado previamente. Se trata en ambos casos de narraciones dentro de la narración. Así, el personaje Isidoro refiere lo que Magdalena le contó que le sucedió el día en que desaparecieron sus padres, y lo que Enrique le explicó que le ocurría en el pasillo de su casa. Así, en ambos casos, Magdalena y Enrique intervienen como narradores intradieгéticos. En el capítulo “El eclipse”, el abogado refiere todo lo que Enrique le ha contado que le sucedió durante la guerra, y que los dos personajes han estado representando.

El protagonista se ve expuesto constantemente a la valoración de los narradores testigos, pues con frecuencia estos dan su opinión sobre lo ocurrido. Algunos de ellos intervienen como narradores no asertivos, pues dudan sobre quién es Enrique. Por este motivo, modulan sus apreciaciones, es decir, no suscriben al cien por cien lo que dicen. Sin embargo, hay otros personajes, como es el caso del guardés, que se muestran categóricos y asertivos. Así, considero que estas diferencias contribuyen a que se genera una cierta tensión narrativa por la disparidad de posicionamientos entre los personajes.

#### 4. Estructura narrativa

Una de las principales características de la novela *El Ciervo* es que desconocemos lo que desea el protagonista, pues en varias ocasiones toma decisiones totalmente contrapuestas. Por otra parte, en lo que se refiere al hecho central, la segunda deserción

de Enrique, tampoco podemos identificar el conflicto que se le plantea al personaje ni, por tanto, en qué medida el desenlace posterior constituye una solución.

Así, la novela carece de una trama que establezca lo que Enrique pretende y a lo que se enfrenta. Por ello, se podría decir que la narración nos presenta una sucesión de acontecimientos sin un hilo conductor reconocible, es decir, sin un objetivo claro del protagonista. Así, para intentar encontrar solución a este problema, algunos personajes nos proponen diferentes tramas hipotéticas que nos permitirían comprender este enigma.

Kurt Spang sugiere que la novela de la primera mitad del siglo XX se caracterizaría por mostrar al individuo a través de los conflictos con los que se enfrenta, ya sean de tipo interno o externo; sin embargo, con posterioridad, el hombre se vería ante un mundo en el que predominaría la confusión, lo heterogéneo y el caos, por lo que su actitud sería más neutra:

*Como no hay conflicto tampoco puede haber solución, ni destrucción trágica del individuo, ni resignación, ni reconocimiento de sus méritos. Nos hallamos en el límite extremo de la indiferencia y desesperación [...] Los rasgos destacados de esta nueva novela son la descomposición total de la historia, la disgregación de las figuras... (Spang, 2011: 128-129)*

Así, entiendo que el protagonista de mi novela participaría, en cierta manera, de esta actitud distante en relación con el contexto histórico en que se nos presenta.

Por otra parte, los capítulos se suceden como un conjunto de relatos de diferente procedencia, con importantes huecos entre ellos y, hasta cierto punto, independientes entre sí. Por ello, entiendo que en la novela predomina una organización de tipo horizontal, a modo de collage, en el que los diferentes elementos aparecen yuxtapuestos. De la misma manera, considero que el comportamiento del protagonista tiene que ver con este tipo de estructuras no jerarquizadas, pues con frecuencia se nos presenta desubicado. Así, se produce un cruce constante de fronteras, un traspaso entre lo incluido y lo excluido, lo que queda dentro y fuera. Por tanto, la actitud del personaje tiene un carácter desestabilizador, pues pone constantemente en cuestión el lugar que se le ha asignado o en el que se encuentra.

Otro hecho significativo de esta novela es que el desenlace tiende a disgregarse. Es decir, no se produce una conclusión o final cerrado que permita encontrar una solución a los conflictos. Así, el protagonista acaba en la cárcel, su familia se rompe y

decide marcharse al exilio en Francia. En todo caso, esto también les ocurrió a muchas personas y familias durante la Guerra Civil y la posguerra. En este sentido se refiere Jordi Ibáñez Fanés cuando hace mención al clima de derrota que muchos españoles vivieron durante aquellos años:

*..., porque muchos supervivientes van a tener que morir una segunda vez cuando regresen a sus hogares, arrastrando sus almas muertas en medio de la euforia posbélica de los que no vivieron lo mismo que ellos. (Ibáñez Fanés, 2009: 163-164)*

Sobre este tipo de novelas con final abierto, Enrique Anderson Imbert sugiere que tienen un carácter expansivo, pues las fuerzas y los conflictos continúan activos aunque la narración haya terminado:

*En el cuento cerrado se reprime esta expansión (distingue entre el bien y el mal claramente); [...] En el cuento abierto el final no es un fin. Su fin es el sin fin de fuerzas operantes. [...] ..., se sigue expandiendo, borrando culminaciones, quita desenlaces, deja que el cuento se desintegre. (Anderson, 2015: 131)*

Por otra parte, una posible interpretación del enigma que plantea la novela es que el protagonista tiene una tendencia a huir en cuanto se encuentra con algún problema y que, por este motivo, sus decisiones tan solo le llevan, se podría decir, a mudarse de infierno. En este caso, la estructura de la novela establecería un movimiento circular, pues Enrique carecería de metas que le orientaran en una determinada dirección. Esta posible interpretación nos remite, tal y como refiere Hayden White, a una concepción irónica o fatalista de la historia:

*Cuando las implicaciones de la ironía “al otro lado de la tragedia” se llevan hasta sus conclusiones lógicas, y el elemento fatalista de la naturaleza humana se eleva a la categoría de creencia metafísica, el pensamiento tiende a revertir y a ver el mundo en la imagería de la rueda, el eterno retorno, los ciclos cerrados de los que no hay salida. [...]...irónicamente destruye toda creencia tanto en el objetivo ideal del hombre como en cualquier búsqueda de un sustituto del ideal perdido. (White, 2014: 99-225)*



## 5. Tiempo y espacios

Los capítulos se suceden de manera cronológica, es decir, su desarrollo temporal es predominantemente lineal. Sin embargo, esto no ocurre dentro de alguno de ellos, pues, en ocasiones, el narrador alterna el tiempo pasado con el momento en que relata la historia. Esto se produce, por ejemplo, cuando el protagonista cuenta a su abogado lo que le ocurrió durante la guerra, pues lo intercala con el momento en que los dos conversan.

Como he referido en anteriores apartados, la novela presenta importantes lagunas y saltos temporales entre los capítulos. A su vez, en su interior se producen omisiones, pues los personajes narran desde su particular punto de vista, lo que les lleva a seleccionar determinados momentos y hechos. Así, a lo largo de la novela se producen elipsis que pueden ser entendidas como vacíos narrativos significativos. En este sentido, la segunda deserción del protagonista constituye una paralipsis, pues constantemente se hace mención a esta desaparición de Enrique, pero en la medida en que se elude su narración así como las situaciones concretas que habrían conducido a ella.

Considero que en esta novela predomina la narración directa de los hechos, pues se nos muestran mientras ocurren en un tiempo y lugar determinados. Antonio Garrido refiere que “la novela contemporánea tiende a prescindir del sumario apoyando su ritmo en la sucesión de escenas separadas de elipsis” (Garrido, 2008: 167). Sin embargo, en la novela *El Ciervo* también se recurre a los resúmenes, pues en ocasiones los personajes narran de manera indirecta. Esto ocurre, por ejemplo, en los capítulos: “La casa del Sol” y “El Eclipse”, en los que Enrique y el abogado reflexionan sobre lo que pudo inducir al protagonista a tomar la decisión de desertar; también en el capítulo “La Magdalena” Isidoro reflexiona sobre esta cuestión y lo que pudo provocar la desaparición de Magdalena. En este sentido, Antonio Garrido también señala que “en el s. XX el sumario se confía más a los personajes” (Garrido, 2008: 185).

Otro hecho significativo de la novela es que, en ocasiones, se narran los mismos momentos en diferentes capítulos. Esto ocurre, por ejemplo, en los capítulos “La Magdalena” y “La casa del Sol” en donde Isidoro y Enrique refieren lo que les ocurrió en Lopera. Así, el mismo período de la historia se narra dos veces desde perspectivas diferentes por distintos personajes. Esto también ocurre cuando el abogado defensor refiere cómo Enrique ha estado representando en el Cuartel del Marrubial lo que ya se

ha narrado en capítulos anteriores. Así, se produce una narración repetitiva, pues algunas escenas son contadas en más de una ocasión.

Por otra parte, en el capítulo “Un baño de sangre” no está claro cuándo se produce la acción que se relata ni, incluso, si se ha producido realmente, pues se insinúa que pudiera tratarse, tan solo, del sueño o fantasía de Anabel, la hija del protagonista. Así, lo que se cuenta en este capítulo podría situarse fuera del tiempo y constituiría, por tanto, una acronía.

Por otra parte, en la medida en que la novela presenta importantes lagunas que dificultan el establecer nexos entre los diferentes momentos narrativos, entiendo que la novela tiende a organizarse más en torno a los espacios que a través de los desarrollos temporales. Por este motivo, estos lugares adquieren una especial relevancia dentro del relato. Hay que señalar que, como sugiere Antonio Garrido, la novela del siglo XX transcurre más en los espacios: “...la novela del siglo XX ha encontrado en el espacio su punto de anclaje [...] Otros insisten en que en el ámbito de la ficción narrativa el tiempo se anula [...] en beneficio del espacio” (Garrido, 2008: 207).

Desde el primer capítulo, “El portero, Pacuca y la maleta”, se alternan los espacios agresivos con los protectores. Así, en este capítulo el protagonista es llevado al cine Europa donde es maltratado y con posteridad va a la casa de Pacuca para ser cuidado. Esto también ocurre en el capítulo “La Barranquilla”, pues tanto el narrador como Enrique buscan refugio con sus amigas en un paraje de la Sierra de Guadarrama. A su vez, en el capítulo “El Eclipse”, el patio en el que Enrique y su abogado se reúnen y conversan es entendido como un lugar de encuentro y en el que realizan las representaciones que tanto interesan al abogado.

Sin embargo, algunas escenas se desarrollan en espacios ambivalentes o con un doble significado. Es decir, algunos lugares se nos presentan como supuestamente protectores, pero, al mismo tiempo, inquietantes. Es el caso, por ejemplo, de la casa de Magdalena, pues no es solo un lugar al que, quizás, Enrique habría ido a refugiarse, ya que el abogado ha insinuado que podría tratarse de un burdel. A su vez, en el capítulo siguiente, Isidoro relaciona la presencia del protagonista en esta casa con la desaparición de Magdalena.

Por otra parte, también hay que considerar en qué medida determinados espacios se nos presentan como abiertos o cerrados, o si se hace una distinción entre lo que queda

dentro y fuera. Así, en ocasiones se producen situaciones comprometidas en espacios cerrados, como es el caso de la habitación sin ventanas en donde el protagonista es interrogado en el cine Europa. Sin embargo, no solo algunos espacios cerrados resultan inquietantes, también los abiertos pueden presentársenos de esta manera. Esto ocurre, por ejemplo, en el Campo de San Isidro, pues allí se producen fusilamientos.

Por todo ello, considero que la novela se desarrolla en múltiples lugares que permiten establecer regiones imaginativas de diferente tipo. Así, habría que destacar, por ejemplo, el capítulo “Un baño de sangre”, en el que Anabel se mueve por distintos escenarios en poco tiempo.

## 6. Personajes

### 6.1. Personaje principal

La principal característica del protagonista de la novela, Enrique Acuña, es su carácter enigmático, pues no sabemos lo que desea. Así, se le podría entender como un personaje complejo, pues muestra actitudes contradictorias, de igual intensidad y en conflicto. A su vez, habría que considerar en qué medida el autor comprende y maneja a este personaje, o si, por el contrario, le desborda, tal y como le ocurría a Denis Diderot con los personajes de su novela *El fatalista*:

*..., esta aventura no es conforme a las reglas de la literatura, no es conforme a las reglas de los relatos bien hechos, pero no soy dueño de mis personajes, ellos me desbordan, han llegado a mi horizonte con su pasado, con sus aventuras, con sus enigmas, ... (Cuesta y Jiménez, 2005: 445)*

Por otro parte, no sabemos en qué medida el protagonista simula u oculta sus verdaderas intenciones, pues con frecuencia adopta decisiones que están en desacuerdo con lo que en ese momento se espera de él. Esto ocurre, por ejemplo, cuando deserta tanto en la sierra de Guadarrama como en Algeciras. Sin embargo, también se podría pensar que el propio protagonista desconoce en qué medida está simulando. Así, en el capítulo “Refugium peccatorum”, Enrique duda que esté fingiendo haberse vuelto loco, como era su intención, pues contempla la posibilidad de que en realidad esté fingiendo que finge estarlo. Es decir, cuando se despierta en el psiquiátrico, Enrique sospecha que se ha vuelto loco de verdad y que, por tanto, no está engañando a nadie, tal y como pretendía hacerlo. Habría que valorar si esto es extrapolable al resto de situaciones que

en torno a este personaje se producen en la novela, o sea, en qué medida Enrique es o no es lo que muestra.

Por todo ello, resulta difícil determinar cómo es Enrique o qué rasgos de personalidad le definen. Algo similar ocurre, por ejemplo, con el personaje Mersault de la novela *El extranjero*, de Albert Camus:

*...sabemos pocas cosas, aparentemente inconexas e inmotivadas, que surgen del relato de manera aleatoria y no establecen tampoco con las acciones del personaje ningún tipo de relación causal reconocible y más o menos continuada.* (Llovet y otros, 2015: 60)

Así, considero que todo lo que pudiéramos pensar sobre Enrique tan solo constituiría una hipótesis.

De esta manera, podríamos pensar, por ejemplo, que el protagonista se caracterizaría por ser una persona distante y fría. No obstante, hay que tener en cuenta que trabajó como escribiente en Lopera y que estos profesionales se limitan a hacer lo que se les encomienda y que, por tanto, mantienen una actitud neutra y mecánica en el trabajo. Sin embargo, tal y como le ocurrió al personaje Bartleby de la novela *Bartleby, el escribiente* de Herman Melville<sup>5</sup>, Enrique también podría determinar, en cualquier momento y con la misma impasibilidad, no hacerlo. Por ello, si algunos personajes testigos dicen de él que habitualmente se mostraba conforme, por el contrario, también habría que señalar que, con frecuencia y con la misma imperturbabilidad, prefería marcharse.

Por otra parte, también cabría la posibilidad de que Enrique tuviera una personalidad aristocrática y liberal. Enrique se caracterizaría, entonces, por ser una persona frívola, poco aficionada al trabajo y con tendencia al despilfarro. Este comportamiento aristocrático y liberal en las costumbres nos permitiría entender su aparente falta de compromiso y ambigüedad moral<sup>6</sup>. No obstante, hay que tener en

---

<sup>5</sup> Enrique Vila Matas escribe en su artículo “La alegría del repetidor” publicado en el *El País* el 31 de marzo de 2015: “El insignificante copista Akaki Akákievich apareció en el mundo, de la mano de Gógol, en 1842. Sus descendientes directos iban a ser el también copista Bartleby (creado por Melville catorce años después, en 1856), el servil alumno Jakob von Gunten (1909), y Gregor Samsa (1915). A todos ellos podemos imaginarlos copiando en escuelas y oficinas, transcribiendo escrituras sin cesar bajo la luz de un quinqué. No expresan nunca nada personal, no intentan modificar. «No me desarrollo», dice Jakob en el Instituto. «No quiero cambios», dice Bartleby” (Vila-Matas, E., *Impón tu suerte. Madrid, Círculo de tiza*, 2018, p. 172).

<sup>6</sup> En su libro *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Hayden White realiza un estudio de la obra de maestros de la historiografía del siglo XIX como “una estructura verbal en forma de discurso de prosa

cuenta que en los dos bandos se perseguía, supuestamente, a los diletantes y a los aficionados al cabaret y al juego.

En el caso de que estos rasgos definieran su personalidad, podríamos suponer que, en su habitual proceder, Enrique invocaría con frecuencia a la diosa Fortuna, en el sentido de que ella decidiría por él su destino. Hay que señalar que los juegos de azar tienden a sacar al jugador de su contexto, en el sentido de que desatiende y se desentiende de sus vínculos sociales. Esto nos permitiría entender el comportamiento de Enrique, pues, al parecer, muestra desinterés por los conflictos políticos del momento, así como por sus relaciones familiares. En relación con esta desvinculación del contexto, se podría mencionar al personaje Julio Denis de la novela de Isaac Rosa, *El vano ayer*, pues también desaparece y viviría, al parecer, al margen de las confrontaciones políticas que ocurrieron en la Universidad durante el franquismo: “..., simplemente se mantendría al margen de todo lo que ocurría, como si asistiera a una universidad distinta, en la que no había conflictos...” (Rosa, 2014: 24)

A su vez, Enrique también podría ser entendido como un antihéroe, pues ha desertado dos veces y por tanto, se caracterizaría por su tendencia a evitar el enfrentamiento. Es decir, Enrique podría ser alguien huidizo y con tendencia a ocultarse. No actuaría, por tanto, como un combatiente que defiende sus ideas políticas, ya sean de izquierdas o derechas, y con el que el espectador pudiera identificarse. En este sentido, Terry Eagleton refiere que, a diferencia de lo que ocurría en la ficción realista, que invitaba al lector a identificarse con los personajes, Bertolt Brecht consideraba que “la idea del personaje unificado y coherente no le parecía más que una ilusión” (Eagleton, 2016: 90-92). Así, entiendo que Enrique es un personaje con el que resulta difícil identificarse por su comportamiento antiheroico y por su aparente falta de coherencia. De esta manera, el protagonista de la novela *El Ciervo* pondría especialmente en evidencia esta falta de unidad del personaje a la que hacía mención Brecht.

---

narrativa”. Así, destaca la percepción irónica y satírica de Alexis de Tocqueville en las etapas tardías de su pensamiento: “Y la creciente presión hacia el primer plano de esa percepción irónica confirma su liberalismo esencial en cuanto ideológico. [...] Tocqueville era y siguió siendo siempre leal a la aristocracia,.... [...] La concepción intuitiva de Tocqueville de la escritura histórica como un desnombramiento creativo, en interés de la ambigüedad moral, hace de él por último un liberal”. Por otra parte, White considera a Benedetto Croce como “portavoz perfecto para una civilización que, a partir de fines del siglo XIX, bajaría a la muerte una y otra vez, y «retornaría eternamente», no como proletario marxista ni como superhombre nietzscheano, sino como la misma combinación de idealismo aristocrático y espíritu práctico de clase media. [...] Sintió el vigor de ese estado de ánimo de *senescens saeculum* que dominaba a la generación de 1890. Todo su sistema era una sublimación de la conciencia que su generación tenía del fin de una época –la edad de Europa, del humanismo y de esa combinación de valores aristocráticos y burgueses que dio a los grupos dominantes del siglo XIX europeo su estilo de vida distintivo” (White, H., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de cultura económica, 2014, pp. 14-195-221-403-401).

Por todo ello, considero que no se puede decir que Enrique es un personaje redondo, pues desconocemos qué conflictos psicológicos tiene. En mi opinión, este tipo de personajes son más propios de la novela realista, pues en ella se nos permite conocer mejor el mundo interior del protagonista y los problemas con los que se enfrenta. Así, los personajes redondos resultan más acabados, definidos y con menos lagunas e interrogantes que las que presenta Enrique.

En otro orden de cosas, Enrique no tiene en la novela un personaje antagonista, sino que es el contexto, ya sea la zona republicana o la nacional, el que adquiere esta función. Se trata, por tanto, de un antagonista colectivo.

## **6.2. Personajes secundarios**

Los personajes secundarios más importantes de la novela son el abogado defensor e Isidoro. El abogado es el interlocutor de Enrique e intenta dar forma, reconstruir y encontrar sentido a lo ocurrido. Es un personaje que escucha y, por tanto, tiene una función de contenedor. Por otra parte, Isidoro se plantea preguntas sobre la desaparición de Enrique e intenta encontrar una explicación al hecho central de la novela. A través de este personaje podemos conocer el abanico de posibilidades que pudieron motivar la huida del protagonista. Es decir, él es el encargado de evidenciar que lo ocurrido constituye un enigma y, por tanto, su función es la de mostrar las incógnitas que rodean a su compañero de oficina.

Magdalena es otro personaje secundario del que sabemos poco y que también se nos presenta como enigmático, pues ha desaparecido sin que se sepan los motivos. Sin embargo, a pesar de su escasa aparición, constituye un personaje central de la novela, pues ha podido ser el motivo de la desertión de Enrique. Así, en uno u otro sentido, Magdalena ha podido provocar que el protagonista tomara esta importante decisión. Hay que considerar que en los dos capítulos en los que aparece se dicen cosas contrapuestas sobre ella, por lo que no estamos seguros de quién era ni qué papel jugó en la desaparición de Enrique. En todo caso hay que considerar que durante la Guerra Civil y la posguerra muchas mujeres republicanas se vieron abocadas a la prostitución y que, con frecuencia, los falangistas las violaban.

Hay otro personaje, la mujer de Enrique, que, al igual que Magdalena, apenas se nos muestra a lo largo de la novela, pues casi no interviene en ninguna escena. Sin

embargo, sí se la menciona y se suele hablar de ella con frecuencia. Por ejemplo, aparece fugazmente en los capítulos “Un baño de sangre” y en “La sorpresa”, en los que apenas interviene. Sobre todo se alude a ella en los capítulos “El falangista desconocido”, “El Ciervo” y el “Epílogo”, en donde se reflexiona sobre Aurora en relación con lo que le ocurrió a Enrique, su marido. Se la podría considerar, por tanto, como un personaje secundario que permanece en la sombra.

En la medida en que estos dos personajes, Magdalena y Aurora, juegan un papel importante en el desarrollo de la narración, pero que, al mismo tiempo, apenas se nos muestran en las escenas, entiendo que tienen una presencia casi fantasmal, ya que están, pero al mismo tiempo no están.

Por otra parte, a lo largo de la novela se suceden los personajes testigos que hablan sobre lo que le ocurrió a Enrique. Estos son el compañero de Enrique en el Batallón Alpino, el falangista de Jódar, el guardés, el nieto de Enrique y su sobrino. Sin embargo, entiendo que esto no ocurre en los capítulos “Un baño de sangre” y en “La sorpresa”, pues en ellos Anabel sería el personaje central de la historia que narra; es decir, ella no narra con la intención de contar lo que le ocurrió a Enrique, sino que cuenta lo que le ocurrió a ella. Así, su padre constituye un personaje destacado de su propia historia.

También hay otros personajes secundarios que no narran y que acompañan o se nos presentan en relación con lo que le ocurrió a Enrique. En algunos casos se trata de personajes que marcan y condicionan el desarrollo de la historia haciéndola derivar en una determinada dirección. Es el caso de Pacuca que le recomienda a Enrique que se alistase en el Batallón Alpino, o de Genaro, del que toma la idea de hacerse pasar por un enfermo mental y con el que conversa en silencio en el psiquiátrico. También el portero puede ser entendido como un detonante dentro de la historia, pues su supuesta acusación ante las autoridades ha provocado que Enrique fuera detenido y que, por tanto, tuviera que alistarse. Por otra parte, no sabemos en qué medida el grupo de falangistas, con los que el protagonista se encuentra en Valladolid, fueron los responsables de que Enrique enfermara mentalmente.

### 6.3. Personajes fugaces

Hay múltiples personajes que aparecen en algún capítulo, que no vuelven a aparecer y que no juegan un papel determinante en el desarrollo de la narración. Por ejemplo, se podría mencionar al teniente Evaristo, con el que Enrique y su abogado realizan sus representaciones en el patio del cuartel del Marrubial; los milicianos que detienen a Enrique en Madrid; las personas con las que el protagonista se encuentra todas las madrugadas en el Campo de San Isidro; el médico que le trata en el psiquiátrico; las amigas que Enrique y su compañero visitan en Rascafría; Olivia, la amiga de Magdalena; María la compañera de trabajo de Isidoro; el cuñado de Enrique; la mujer del falangista de Jódar; el cura al que Anabel da su mechón de pelo; los compañeros de viaje del nieto de Enrique durante el Camping gordo; o los camareros del bar El Ciervo. Todos ellos son personajes planos, pues sabemos poco sobre ellos, desconocemos cómo evolucionan ni los conflictos a los que se enfrentan, ya sean psicológicos o sociales.

## 7. Estilo narrativo

En casi todos los capítulos, el discurso tiene un carácter principalmente testimonial, pues los narradores refieren lo que le ocurrió al protagonista durante la Guerra Civil y la posguerra. Solo en los capítulos “Un baño de sangre”, “La sorpresa” y “El electroshock y la simulación” Enrique no es la figura central del relato: en los dos primeros interviene tan solo como un personaje destacado y en el tercero se alude a la enfermedad mental que pudo contraer en Valladolid.

Otro aspecto importante a considerar es que lo que los personajes cuentan aparece delimitado por aquello que no incluyen en su narración. Esto lo expresa claramente el abogado cuando señala cómo Enrique detuvo su relato en el momento en que este refería su llegada a Algeciras. Es decir, lo que falta adquiere tanta presencia en la historia como aquello que se nos muestra.

Salvo en los capítulos “El electroshock y la simulación” y el “Epílogo”, el punto de vista narrativo suele ser interno, es decir, surge en relación con los mismos hechos que se están contando, y tiene un carácter subjetivo, pues los personajes ponen el acento en sus impresiones y, por tanto, en su particular punto de vista. Por ello, sus relatos presentan una menor distancia narrativa. A su vez, como los narradores suelen ser



personajes que intervienen en las escenas, suelen tener un ángulo de visión reducido y se produce, por tanto, un predominio de los planos primeros y medios, ya que no hay un narrador omnisciente que nos ofrezca una percepción general. El ángulo de visión, por tanto, es con frecuencia poco extenso, es decir, no se plantea una mirada panorámica, ya que los personajes están limitados por su experiencia inmediata. Sin embargo, hay algunos narradores, como el abogado, Isidoro o el sobrino de Enrique, que intentan profundizar sobre lo ocurrido, pues se hacen preguntas y elaboran hipótesis. Por el contrario, Anabel se limita a mostrar.

En los capítulos “El portero, Pacuca y la maleta” y “Refugium peccatorum” Enrique cuenta, en parte, sus intereses y preocupaciones durante el tiempo que estuvo en Madrid y Valladolid. Sin embargo, con posterioridad, la percepción que se tiene del protagonista es sobre todo externa, pues tenemos acceso a lo que pudieron ser sus conflictos personales sobre todo a través de la opinión de otros personajes.

Por otra parte, los diferentes discursos de los narradores están marcados por la personalidad de cada uno. Así, los personajes tienden a mostrarse espontáneos y en ocasiones reflexivos en la medida en que expresan sus vivencias y valoraciones. Sin embargo, no hay discursos con un tono marcadamente elevado. Por el contrario, el del guardés tiene un carácter bajo, pues su habla es característica de las personas de extracción baja, origen rural y edad avanzada. Otro discurso que habría que destacar es el de la hija de Enrique en el capítulo “Un baño de sangre”, pues corresponde al de una niña de corta edad.

En ocasiones, los narradores introducen un tono de comedia que les permite establecer una cierta distancia crítica con los sucesos trágicos que relatan, de tal manera que pueden resolver, en parte, el dolor que les provocan. Esto ocurre, por ejemplo, en los capítulos “Refugium peccatorum”, “El eclipse” o “El Ciervo”. Sin embargo, considero que en la novela no se utiliza un tono irónico ni escéptico, es decir, los personajes no manifiestan una actitud descreída en relación con los hechos que narran.

Considero que en la mayoría de los capítulos (nueve) predomina más el mostrar que el resumir. Por este motivo, las escenas transcurren, con frecuencia, con lentitud, ya que el tiempo narrativo se corresponde con el de la escena que se está mostrando. Por el contrario, en los capítulos “La casa del Sol”, “El eclipse” o “El Ciervo” el mostrar y el decir tienen una presencia similar. Tan solo en los capítulos “El electroshock y la

simulación” y el “Epílogo” se recurre más al decir, pues en ellos no se narran hechos concretos.

En el capítulo “Un baño de sangre” hay varias escenas en que los sentimientos se nos muestran a través de las acciones que se narran. Esto ocurre de una manera evidente cuando Anabel se está bañando y su padre la saca del barreño porque piensa que se está desangrando. Así, la soledad y el sufrimiento de la niña durante la guerra no se nos presentan directamente, sino que se simboliza a través de esta situación. Algo similar se plantea cuando las niñas acompañan a Frigia con las gallinas al bosque para huir del fuego y los bombardeos. En este caso, tampoco se muestra el miedo y la locura de Frigia, sino que también se alude a él con un hecho externo, es decir, a través de esta escena.

Otra característica del discurso narrativo es que, como ocurre en los capítulos “Refugium peccatorum”, “La casa del Sol” y “La Magdalena”, en ocasiones lo ordinario se alterna con lo espantoso. Esto se pone especialmente de manifiesto en la escena de los fusilamientos en el Campo de San Isidro, pues allí había instalado un puesto de churros para que la gente que presenciaba los fusilamientos los consumiera, tal y como ocurrió en la realidad. A su vez, el protagonista cuenta cómo una persona que había participado en la represión en los Montes Torozos iba allí a cazar perdices para entretenerse.

Otro aspecto a considerar es la presencia de lo extraordinario en la novela. En este sentido, si consideramos lo extraordinario como aquello que se sale de lo habitual, las dos deserciones del protagonista tendrían este carácter. A su vez, hay que señalar que, en ocasiones, Enrique también muestra un comportamiento extraño en los lugares donde ha sido destinado. Esto ocurre, por ejemplo, cuando habla en silencio con Genaro, mientras olfatea a la gente que se junta en el Campo de San Isidro o cuando representa con su abogado lo que le ocurrió durante la Guerra Civil, como si estuvieran ensayando una obra de teatro.

Por otra parte, lo extraordinario también podría estar presente en el capítulo “Un baño de sangre”. Sin embargo, en este caso lo extraordinario tendría un carácter onírico, ya que al final del capítulo se sugiere que Anabel podría haber soñado lo que ha estado contando. Esto nos remite al discurso imaginativo característico del pensamiento de los niños de corta edad, pues se considera que en ocasiones confunden lo real con lo

imaginario. En todo caso, el comportamiento de Frigia, su vecina, también resulta un tanto delirante y, por tanto, irreal.

En otro orden de cosas, el capítulo “El guardés” se incorpora en la novela como un fragmento, a modo de collage, pues se ha transcrito una grabación verídica. Lo mismo ocurre con el capítulo “El electroshock y la simulación”, pues alude al informe que realizó Sigmund Freud sobre los tratamientos que se aplicaron a los combatientes austríacos que enfermaron de neurosis durante la Primera Guerra Mundial.

## 8. Conclusión y resultados

Cuando empecé a escribir la novela, mi intención era elaborar una trama en torno al protagonista, Enrique Acuña, que permitiera entender lo que le ocurrió durante la guerra civil española. Todo lo había organizado de esta manera y los tres primeros capítulos los escribí con este propósito. Sin embargo, cuando Enrique llegó a Lopera, cambié de idea. Se podría decir que me ocurrió como al abogado defensor cuando vio cómo Enrique dejaba de representar su historia. Es decir, yo tampoco pude continuarla tal y como, hasta ese momento, la había imaginado. Por ello, considero que el resultado de esta novela tiene que ver con este *impasse* con el que, sin haberlo pretendido, me encontré.

Enrique Vila Matas refería que cuando le preguntaron a Bioy Casares por el sentido de su obra, este respondió que tales aclaraciones no incumbían hacerlas a un narrador (Vila Matas, 2018: 169). Su contestación la interpreto no en el sentido de que no quisiera tomarse la molestia de analizar o valorar su trabajo, sino en el de que la literatura nos remite, en última instancia, a un silencio. Quizás, esto es lo que nos quería decir Joseph Roth en este fragmento de su artículo “Pasajeros con bultos”, publicado en 1923 en el periódico *Berliner Börsen-Courier*:

*Tal vez los actores no deberían estudiar en escuelas de arte dramático, sino trabajar en los bosques, para entender que su cometido no es hablar, sino guardar silencio, no es confesarlo todo sin más, sino hacerlo calladamente.* (Joseph Roth, 2006: 96)

El filósofo Georges Didi-Huberman señala que la presencia de una ausencia es inherente a nuestra mirada, pues ver es percibir que siempre hay algo que se nos escapa: “Lo visible llevaría así la huella de la pérdida. El objeto de la pérdida sin remedio nos mira...” (Didi-Huberman, 1997: 17-18). Se produce, por tanto la contradicción de que

la visión es fuente de oscuridad o que la apariencia siempre es encubridora (Lledó, 2017: 297). Porque, como sugiere Juan Rodríguez, la literatura constituye en sí misma una paradoja:

*Ahora bien: si la literatura habla “nada”, es porque dice una verdad entre interrogaciones, astillada, como acabamos de esbozar. [...] La paradoja de que algo sea a la vez increíble/cierto, verdadero/falso, es, sin duda alguna, la otra cara, el envés de puesta en marcha del hablar de la literatura. [...] Literatura y mudez, literatura y habla, literatura y verdad/mentira. (Cuesta y Jiménez, 2005: 631-632)*

Se podría entender, por tanto, que mi novela muestra esta ausencia a través de un protagonista del que apenas sabemos lo que desea y de una trama que no nos permite comprender el hecho central ni tampoco establecer un cierre o conclusión. Por este motivo, entiendo que no he realizado una novela de personaje ni de trama porque he puesto el acento en lo que falta. En este sentido, Terry Eagleton sugiere que: “Las obras literarias modernistas y posmodernistas en general tienden a interesarse menos por las soluciones. Su objetivo consiste más bien en sacar a la luz determinados problemas” (Eagleton, 2016: 121). Así, mi novela no invita a elegir, a decantarse por una posible solución. Por el contrario, sugiere contemplar la tensión que se genera entre las diferentes alternativas que se nos ofrecen. Lo que se señala es el problema mismo, su presencia inquietante y la incertidumbre a que da lugar. Porque, como refiere Terry Eagleton “hay un corazón de tinieblas en el centro de cualquier ficción” (Eagleton, 2016: 127).

Por otra parte, al prescindir de un protagonista redondo o de una trama bien definida se produce también la borradora del propio autor en la medida en que ya no hay una idea directriz reconocible, mensaje o convicción que oriente la historia en una determinada dirección. De la misma manera, la novela invita al lector a realizar diferentes lecturas de lo ocurrido y lo convierte, por tanto, en un elemento activo, pues no hay una instancia superior que oriente sus pasos definiendo los intereses del protagonista o las relaciones causales de la trama. Pierre Bourdieu refiere cómo en el siglo XIX la novela poco a poco fue liberándose de su función de significar y moralizar, o de constituirse a partir de un sentido común determinado:

*El rechazo de la construcción piramidal, es decir de la convergencia ascendente hacia una idea, una convicción, una conclusión, contiene por sí mismo un*

*mensaje, ... [...] un discurso sin más allá, y en el que el autor se ha borrado a sí mismo, ... [...] La revolución simbólica cuyo iniciador es Manet abole la posibilidad misma de la referencia a una autoridad postrera, de un tribunal de última instancia, capaz de zanjar todos los litigios. (Bourdieu, 2015: 174-202)*

En otro orden de cosas, quizás podríamos considerar a Enrique Acuña como una metáfora de la sociedad española, pues, al parecer, esta también viviría instalada en una transición constante, tal y como le ocurría al protagonista. En este sentido, Jordi Ibáñez Fanés sugiere que la sociedad española se caracterizaría por su tendencia a sortear los fantasmas del pasado, lo cual le habría hecho permanecer en un feliz y jovial olvido:

*...sin preocuparse ni del ayer ni del mañana, [...] ... este país en transición permanente, como si fuera un fantasma condenado a olvidar a cada instante quién es, porque saberlo supondría la ruptura del espejismo que lo mantiene en vida. (Ibáñez Fanés, 2009: 67-69)*

Es decir, en la medida en que nuestra sociedad desconocería de dónde viene, tampoco sería capaz de saber hacia dónde querría dirigirse, tal y como le habría sucedido al protagonista Enrique: “Esta sociedad, a fuerza de no poder explicarse a sí misma de dónde viene ni por qué es como es, puede acabar perdiendo la capacidad de orientarse y proyectarse en el futuro” (Ibáñez Fanés, 2009: 69). Por ello, Ibáñez Fanés entiende que resulta necesario que los españoles asuman su pasado reciente en toda su complejidad, para, así, poder elaborar una memoria compartida que no sea patrimonio, tan solo, de una parte de la sociedad.

Para concluir, María Zambrano decía que la realidad del poeta es la de lo que no es, pero que tiene derecho a ser y que, por este motivo, el pensamiento del poeta aparece siempre ligado a lo fantasmagórico, lo inventado y soñado. Así, la intención del poeta sería la de poner rostro a nuestro no ser que gime y que permanece humillado:

*El poeta saca de la humillación del no ser a lo que en él gime, saca de la nada a la nada misma y le da nombre y rostro. El poeta no se afana para que las cosas que hay, unas sean, y otras no lleguen a este privilegio, sino que trabaja para que todo lo que hay y lo que no hay, llegue a ser. (Cuesta y Jiménez, 2005: 975)*

De esta manera, una de las intenciones de la novela *El Ciervo* ha sido rescatar del olvido a un familiar que, por diferentes motivos, acabó relegado tras la guerra civil española. Así, sin saber a qué bando pertenecía, si es que pertenecía a alguno, lo que he

pretendido es visibilizar a él y a sus fantasmas, ya fueran personales, familiares o sociales.

## 9. Bibliografía

### 9.1. Novela histórica sobre la guerra civil española y el franquismo

- Ayllón, M., (2015) *Granada 1936*. Barcelona, Stella Maris.
- Cercas, J., (2014) *Soldados de Salamina*. Barcelona, Tusquets Editores.
- Grandes, A., (2012) *Inés y la alegría*. Barcelona, Tusquets Editores.
- Méndez, A., (2019) *Los girasoles ciegos*. Barcelona, Anagrama.
- Rosa, I., (2012) *El vano ayer*. Barcelona, Seix Barral.

### 9.2. Novela

- Auster, P. (2012) *El libro de las ilusiones* [*The book of Illusions*. 2002]. Trad: Benito Gómez Ibáñez. Barcelona, Seix Barral.
- Baudelaire, C., (1999) *El esplín de París* [*Le Spleen de Paris. Petits poèmes en prose*. 1869]. Trad: Francisco Torres Monreal. Madrid, Alianza Editorial.
- Dostoyevski, F., (2018) *El jugador* [Igrok. 1866]. Versión: Juan López-Morillas Madrid, Alianza editorial.
- Hernández, S., (2019) *El lugar de la espera*. Barcelona, Acantilado.
- Kafka, F., (2018) *El desaparecido* [Der Verschollene. 1927]. Trad. Miguel Sáenz. Barcelona, Debolsillo.
- Markson, D., (2013) *Esto no es una novela*. Buenos Aires, La Bestia equilátera.,
- O'Hagan, A., (2020) *La vida secreta. Tres historias verdaderas*. Barcelona, Anagrama argumentos.
- Roth, J., (2006) *Crónicas berlinesas* [*Joseph Roth in Berlin. Ein Lesebuch für Spaziergänger*. 1996]. Trad. Juan de Sola Llovet. Barcelona, editorial minúscula.

### 9.3. Teoría literaria y estética

- Anderson Imbert, E., (2015) *Teoría y técnica del cuento*. Barcelona, Ariel Letras.
- Bourdieu, P., (2015) *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo*

- literario* [Genèse et structure du champ littéraire. 1992]. Trad. Thomas Kauf. Barcelona, Anagrama.
- Cuesta Abad, J. M.; Jiménez Heffernan, J. (eds.), (2005) *Teorías literarias del siglo XX. Una antología*. Madrid, Akal.
  - Didi-Huberman, G., (1997) *Lo que vemos, lo que nos mira* [Ce que nous voyons, ce qui nous regarde. 1992]. Trad: Horacio Pons. Buenos Aires, Bordes Manantial.
  - Eagleton, T., (2016) *Cómo leer literatura* [How to read Literature. 2013]. Trad. Albert Vitó i Godina. Barcelona, Ediciones península.
  - Garrido Domínguez, A., (2008), *El texto narrativo. Teoría de la literatura y literatura comparada*. Madrid, Editorial Síntesis.
  - Lledó, E., (2017) *Imágenes y palabras. Ensayos de humanidades*. Barcelona, Taurus Pensamiento.
  - Llovet, J.; Caner, R.; Catelli, N.; Martí Monterde, A.; Viñas Piquer, D., (2015) *Teoría literaria y literatura comparada*. Barcelona, Ariel Letras.
  - Schaeffer, J.-M., (2017) *¿Qué es un género literario?* [Qu'est-ce qu'un genre littéraire? 1989]. Trad. J. Bravo Castillo y N. Campos Plaza. Madrid, Akal.
  - Spang, K., (2011) *Géneros literarios*. Madrid, Edit. Síntesis.
  - Vila-Matas, E., (2018) *Impón tu suerte*. Madrid, Círculo de tiza.
  - White, H., (2014) *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* [Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe. 1973]. Trad. Stella Mastrangelo. México, Fondo de cultura económica.
  - Wood, J., (2013) *Los mecanismos de la ficción. Cómo se construye una novela* [How Fiction Works. 2008]. Trad. Ana Herrera. Barcelona, RBA.

#### **9.4. Técnica de escritura**

- Cassany, D., (2011) *Describir el escribir. Cómo se aprende a escribir* [Descriptive escriure. Com s'aprèn a escriure. 1989]. Trad. Pepa Comas. Barcelona, Paidós Comunicació.
- Cassany, D., (1995) *La cocina de la escritura* [La cuina de l'escriptura. 1993]. Barcelona, Anagrama.
- Delgado, G., (2002) *Cómo documentar tu novela*. Madrid, Colección Herramientas. Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja.

- Montolío, E. (Dir.), (2018) *Manual de escritura académica y profesional. Estrategias gramaticales y discursivas*. Barcelona, Ariel Letras.
- Pavón Lucero, M. V., (2016) *Gramática práctica del español*. Barcelona, Espasa. Instituto Cervantes.
- Pinker, S., (2019) *El sentido del estilo. La guía de escritura del pensador del siglo XXI* [*The Sense of Style: The Thinking Person's*. 2016]. Trad. José Calles Vales. Madrid, Capitán Swing.
- Ramoneda, A., (2016) *Manual de estilo. Guía práctica para escribir mejor*. Madrid, Alianza Editorial.
- Serafini, M. T., (2007) *Cómo se escribe* [*Come si scrive*. 1992]. Trad. Francisco Rodríguez de Lecea. Barcelona, Bolsillo Paidós.
- Steele, A. (ed.), (2016) *Escribir ficción. Guía práctica de la famosa escuela de escritores de Nueva York* [*Writing Fiction*. 2003]. Trad. Jessica J. Lockhart. Barcelona, Alba.
- Zapata, Á., (2007) *La práctica del relato. Manual de estilo literario para narradores*. Madrid, Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja.

### **9.5. Historia de España**

- Arévalo Molina, J. M., (2009) *El Batallón Alpino del Guadarrama*. Madrid, Ediciones La Librería.
- Corral, P., (2017) *Desertores. Los españoles que no quisieron la Guerra Civil*. Córdoba, Almuzara.
- Eslava Galán, J., (2018) *Los años del miedo*. Barcelona, Planeta.
- Ibáñez Fanés, J., (2009) *Antígona y el duelo*. Barcelona, Ensayo Tusquets editores.
- Fontbona, M., (2008) *Historia del juego en España. De la Hispania romana a nuestros días*. Barcelona, Flor del viento.
- Preston, P., (2011) *El holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después* [*The Spanish Holocaust*. 2011]. Trad. Catalina Martínez Muñoz y Eugenia Vázquez Nacarino. Barcelona, Debate.

### **9.6. Publicaciones electrónicas**

- Algarbani Rodríguez, J. M., (2008) “El agente A-35. El espionaje republicano durante la Guerra Civil en el Campo de Gibraltar” en *Almoraima. Revista de*



- Estudios Campogibraltareños* número 36. 2008, pp. 461-474. Disponible en:  
<http://institutoecg.es/wp-content/uploads/2019/03/ALMORAIMA36-461-74.pdf>
- Chaussec, D., (2012-2013). *Españoles durante la Segunda Guerra Mundial en Francia*. Trabajo de fin de Máster. Universidad de Cantabria y Université Paul Valéry Montpellier III. Disponible en:  
<https://repositorio.unican.es/xmlui/bitstream/handle/10902/3908/ChaussecDami en.pdf?sequence>
  - Dávila, A.; Lijarcio Villa, J. J. y Sierra, C., (2007). “El exilio en los archivos de titularidad del Ministerio de Cultura” en *Migraciones y Exilios* número 8. 2007, pp. 11-32. Disponible en:  
<https://www.yumpu.com/es/document/read/51928778/el-exilio-en-los-archivos-de-titularidad-del-ministerio-de-cultura-aemic>
  - Garrido González, L., (2008) “Jaén y la Guerra Civil (1936-1939)” en *Boletín. Instituto de Estudios Giennenses*, Universidad de Jaén. Número 198. Julio-dic. 2008, pp. 197-226. Disponible en:  
[file:///C:/Users/LENOVO/Downloads/Dialnet-JaenYLaGuerraCivil19361939-2986312%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/LENOVO/Downloads/Dialnet-JaenYLaGuerraCivil19361939-2986312%20(1).pdf)
  - Troyano Viedma, J. M., *Guerra Civil en Bedmar*. Disponible en:  
<http://www.cronistasoficiales.com/wp-content/uploads/2016/03/GUERRA-CIVIL-EN-BEDMAR.pdf>
  - Gómez Carreras, A. M., *El Bedmar de nuestros padres. La posguerra*. Disponible en: [http://www.cismamagina.es/app\\_sumuntan/pdf/21/21-305.pdf](http://www.cismamagina.es/app_sumuntan/pdf/21/21-305.pdf)
  - Cayón García, F. y Muñoz Rubio, M., *Los transportes y las comunicaciones durante la Guerra Civil*. Universidad Autónoma de Madrid. Disponible en:  
[http://www.usc.es/estaticos/congresos/histec05/a2\\_cayon\\_munoz.pdf](http://www.usc.es/estaticos/congresos/histec05/a2_cayon_munoz.pdf)
  - Bertomeu, C., (2005) *Memorias de César Bertomeu de la guerra civil española y de la posguerra inmediata*. 19 dic. 2005. Disponible en:  
<https://docplayer.es/12640268-Memorias-de-cesar-bertomeu-de-la-guerra-civil-espanola-y-de-la-postguerra-inmediata.html>
  - Palomares, J. M., *La Guerra Civil en Valladolid. Notas sobre la represión en la ciudad*. Universidad de Valladolid. Disponible en:

file:///C:/Users/LENOVO/Downloads/Dialnet-LaGuerraCivilEnValladolid-66472.pdf

- Castán, O., (2010) *Lugares de detención y confinamiento. Represión en Valladolid*. 21 de abril de 2010. Disponible en:  
<http://www.represionfranquistavalladolid.org/?Lugares-de-detencion-y>
- Estrada, L. G., (2017) *El manicomio como cárcel franquista*. Valladolid 17/09/2017. Disponible en:  
<https://diariodevalladolid.elmundo.es/articulo/provincia/manicomio-como-carcel-franquista/20170917070000231622.amp.html>
- Mariscal Trujillo, A., (2016) *Casino Nacional, el origen de los casinos*. Jerez, 27 junio 2016. Disponible en: [https://www.diariodejerez.es/jerez/Casino-Nacional-origen-casinos\\_0\\_1039396594.html](https://www.diariodejerez.es/jerez/Casino-Nacional-origen-casinos_0_1039396594.html)
- Alted, A., Bermejo, B., *Exilios. Refugiados españoles en el mediodía de Francia. 2. Éxodo, acogida y campos*. Madrid, Universidad nacional de educación a distancia. Disponible en:  
<file:///C:/Users/LENOVO/Downloads/exilios-refugiados-espanoles-en-el-mediodia-de-francia-exodo-acogida-y-campos-guia-didactica-848874.pdf>

## 10. Imágenes

- Figura 1. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40. Portada. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.
- Figura 2. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 59. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.
- Figura 3. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 74. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.
- Figura 4. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 92. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.
- Figura 5. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 97. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.
- Figura 6. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. s/n (entre las pp.

- 96 y 97). Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.
- Figura 7. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 16. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.
  - Figura 8. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 18. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.
  - Figura 9. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 42. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.
  - Figura 10. Ref.: AE 786-17/FPI. Archivo Exilio PSOE. Fundación Pablo Iglesias.
  - Figura 11. Ref.: AE 786-17/FPI. Archivo Exilio PSOE. Fundación Pablo Iglesias.
  - Figura 12. Ref.: ES.37274.CDMH/8.8.11.14//DNSD-SECRETARIA, FICHERO 41, M0129780. Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca.

EJÉRCITO ESPAÑOL

COMANDANTIA DE GUERRA DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES DEL SUR

PLAZA DE JUBA

*F*

Procedimiento Sumarísimo de Urgencia N.º 2.608 - 40

*F.A.*



*7748*

Fecha de inicio a punto 1.º

PROCESADOS

En prisión preventiva de

Desde el día 13-2-1939

*L 1062 - 27617*

*7748*

1062 S  
Leg.  
Nº 27617

Por el delito de DESERCIÓN

JUEZ INSTRUCTOR

SECRETARIO

*Dr. Capitán General de Artillería  
Sr. Francisco Alvarado Ros  
Comando de Artillería  
D. José González Potos*

*Dr. D. Ramón Ramírez de Vargas Serrano  
Sr. Guillermo Cortés  
Jefe de Artillería  
Antonio Alvarado Alvarado*

*972*

Consejo de Guerra Permanente de

Imp. de Intelecto. Máxica 12. 1939. 404. Córdoba - VI - 30

Figura 1. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40. Portada. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.

CALIFICACION FISCAL.

59 / 58

EXCMO. SEÑOR:

MANUEL YUSTE CUBERO, COMANDANTE DE CABALLERIA, DESIGNADO FISCAL EN EL PROCEDIMIENTO, A LOS EFECTOS DEL ARTICULO 542, EN RELACION CON EL ARTICULO 656 DEL CODIGO DE JUSTICIA MILITAR, HA EXAMINADO EL SUSOMIHO PRONUNCIAMIENTO, DEL CUAL RESULTA LO SIGUIENTE:

FO: El procesado, JOSE MARIA MARTOS VILCHES, le sorprendió el Movimiento Nacional en Bedmar (Jaen) donde fué detenido; pidió salir voluntario a prestar servicios de armas en el Ejército rojo, lo cual le fué concedido y trasladado al frente de Madrid. En el mes de Diciembre de 1938, se evadió a Gijón y se afilió a F.E.T. y de las J.O.N.S. de Valladolid donde prestó servicios en la Brigada de Policía y Orden Público; después fué trasladado describiendo a la Jefatura de dicha Organización en Córdoba, por pertenecer al reemplazo de 1939. En el mes de Mayo de 1938, pidió a sus superiores permiso para marchar a Algeciras, para adquirir noticias de sus familiares a quienes se conocía del que se había evadido y que se encontraban en aquella Plaza; al salir en la referida Plaza y abusando de la buena fé de sus camaradas, consiguió un pasaporte de la Autoridad competente para entrar en la plaza de Gijón, como así lo hizo. Desde ésta se marchó a la zona roja y después de un tiempo de estar en esta zona, volvió a prestar servicios de armas; así mismo hizo un desbanque en la Caja de la Administración Provincial que estaba destinada para el pago de sobras. Los hechos probados son constitutivos de un delito de Auxilio a la Rebelión y Traición a la Patria, previstos y penados en el art. 2 del art. 239 y en el n.º 1 del art. 222 del Código de Justicia Militar.

FO: De los delitos expresados es responsable en concepto de autor el procesado, JOSE MARIA MARTOS VILCHES.

FO: No son de apreciar circunstancias modificativas de la responsabilidad penal.

FO: Deben acreditar en autos, la cantidad total del desbanque que hizo en la Caja de la Administración Provincial, según consta al folio 42 vt.º.

FO: Debe imponérsele al procesado la pena de RECLUSION PERPETUA A MUERTE, con las accesorias correspondientes.

FO: Deberá serle de abono la Prisión Preventiva sufrida.

FO: Se le extinguirán las responsabilidades civiles que marca la ley.

FO: Todo ello de acuerdo con los artículos invocados y demás de general aplicación.

FO: El Fiscal renuncia a su asistencia a la lectura de cargos y demás diligencias de Plenario.

V.S. no obstante acordará.

Córdoba, quince de Febrero de mil novecientos cuarenta y uno.

EXCMO. SEÑOR:

EL COMANDANTE FISCAL MILITAR.

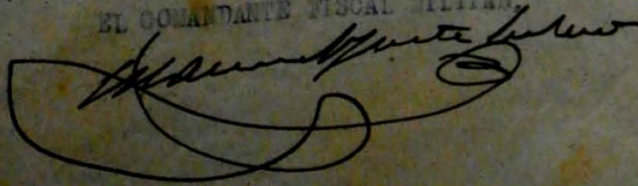


Figura 2. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 59. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.

Excmo Sr.

74

LUIS DEL PRADO Y DE LARA, Abogado del Ilustre Colegio de esta Ciudad, Teniente Provisional de Infantería y Defensor nombrado por el procesado JOSÉ MARÍA MARTOS VILCHES; formula las siguientes conclusiones provisionales. No excepto la versión que de los hechos establece el Ministerio Fiscal. Tuvieron lugar en la siguiente forma:

El procesado de inmejorable conducta y antecedentes, adicto a la Causa Liberadora de España y afiliado a partidos de derechas, como tuviera la familia en zona marxista consiguió un permiso de cinco días, debidamente autorizado por la Jefatura de Milicias de F.E.T. y de las J.O.N.S. de Jaén, donde prestaba sus servicios como escribiente.

Disfrutando dicho permiso obtuvo una carta por la que se autorizaba para pasar a Gibraltar; estando ausente desde el veinte de Mayo el primero de Febrero de mil novecientos treinta y nueve. Perteneció al reemplazo de mil novecientos veintinueve. Detenido en el pueblo de su naturaleza, por ser elemento de derechas, se enroló en las milicias rojas, pasando a la España Nacional por el frente de Madrid, en el mes de Diciembre de mil novecientos treinta y seis. Fue garantizado por el Comandante de la Guardia Civil Don. Luis Medina Montoro prestando servicios en Milicias de Falange en Valladolid en la Centuria de Orden y Policía hasta que pasó a Jaén el veintitres de Noviembre de mil novecientos treinta y siete. En esta Capital facilitó informes inmejorable de dicho falangista el Excmo Sr. General de Brigada Don Miguel Franesca. En zona enemiga consta haber sido detenido por elementos marxistas en Barcelona, pasando después a un campo de instrucción y mas tarde a servicios de Sanidad, regresando a Francia donde obtuvo documentación para volver a la España Nacional por Auenterrabia. El móvil de la evasión, se inspiró en el deseo de conocer la situación de su esposa e hija.

No consta acreditado que al encartado le fueran leídas en forma reglamentaria las Leyes Penales.

La evasión seguida de detención por los marxistas, en la Plaza de Barcelona, desvirtúa esencialmente la figura de delito de traición, de que se le acusa.

El procesado no ha sido sancionado anteriormente por la falta grave de desertión simple del artículo 319 del Código Castrense.

Estos hechos constituyen el delito del número primero del artículo 288 del Código de Justicia Militar del que es responsable en concepto de autor el procesado, si se acredita cumplidamente que le fueron leídas de modo solemne las Leyes penales.

No han concurrido circunstancias modificativas, de la responsabilidad. En la apreciación de las mismas procederá el Consejo según su prudente arbitrio como dispone el artículo 173 del mismo texto legal, teniendo en cuenta la no peligrosidad del inculcado y en definitiva que los actos no relevan marcada intención de causar a la institución armada otro daño que el de la desertión, efectuada con el solo propósito de visitar a sus familiares.

No interesa por el momento la practica de ninguna diligencias de prueba. Procedo imponer a JOSÉ MARÍA MARTOS VILCHES la pena de Prisión Militar correccional de CUATRO AÑOS, en otro caso, si se estimase por no haber sido sancionado anteriormente por la falta grave de desertión simple, solicitar de modo alternativo, que se le impongan, si fuere procedente CUATRO AÑOS de recargo en el servicio, ó la Absolución si no concurriera típicamente los elementos precisos para subsanar los actos en los delitos de desertión.

Deberá serle de abono todo el tiempo de Prisión Preventiva. Deberá serle de abono todo el tiempo de Prisión Preventiva. Deberá serle de abono todo el tiempo de Prisión Preventiva.

No procede hacer declaración de responsabilidades Civiles. SUPPLICO se tenga por evacuado en forma legal, el tramite de conclusiones provisionales.

Córdoba a 25 de Febrero de 1941  
Excmo Señor

Luis del Prado

Figura 3. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 74. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.

ACUSACION FISCAL.

AL CONSEJO DE CURRA,

92

DON Saturnino Rueda Beltran de Guevara Capitan de Artilleria Fiscal Militar de la causa nº 2608 del año 1940 contra Jose Maria Martos Vilches e vacuando el tramite del articulo 597 del Codigo de Justicia Militar dice;

El procesado Jose Maria Martos Vilches al iniciarse el G.M.N, se encontraba en Bedmar ( Jaen ) donde fue detenido pidiendo salir voluntario a prestar servicios de armas en el Ejercito rojo, lo que le fue concedido siendo destinado a los frentes de Madrid. En el mes de Diciembre de 1936 se evadio a Zona Nacional, afiliandose a F.E.T. y de las J.O.N.S. de Valladolid prestando sus servicios en la Brigada de Policia y Orden Publico, despues fue trasladado como escribiente a la Jefatura de dicha organizacion a Cordoba, por pertenecer al reemplazo de 1929. En el mes de Mayo de 1938, pidio a sus superiores permiso para marchar a Algeciras, con el objeto de adquirir noticias de sus familiares de unos conocidos suyos que se encontraban en dicha Plaza; una vez en ella y abusando de la buena fe de sus camaradas consiguió un pasaporte de la Autoridad competente para entrar en Gibraltar, como así lo hizo, marchandose a zona roja donde volvió a prestar servicios de armas. Cuando el procesado prestaba sus servicios en la Caja de Administracion Provincial de F.E.T. de Jaen dedicado al pago de sobras faltaron unas mil y pico de pesetas.

Estos hechos son constitutivos de un delito de desercion al enemigo del numero 4º del articulo 289 del Codigo de Justicia Militar, sancionado en el parrafo ultimo del 290 del mismo cuerpo legal, del que es autor el procesado Jose Maria Martos Vilches. No han concurrido circunstancias modificativas y en su virtud solicita este Ministerio en nombre de la Ley se imponga al procesado la pena de reclusion militar perpetua y accesorias legales, exigiendosele en su día las responsabilidades civiles oportunas. Pro siendo los hechos ejecutados de una gravedad similar a la del Grupo 4º de las instrucciones de 25 de Enero de 1940, procede conmutar la pena solicitada por la de doce años y un día de reclusion temporal, Todo ello a tenor de los preceptos citados y demas de general aplicacion.

El Consejo no obstante fallará en justicia.

Cordoba 9 de Julio de 1943

El Fiscal.

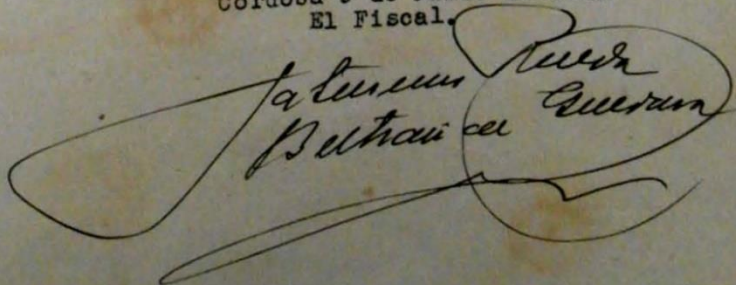


Figura 4. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 92.  
Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.

97

AL CONSEJO DE GUERRA.

MARIA EL MARIA MADRID DEL CACHO DEFENSOR EN LA CAUSA N° 2.608, CONTRA EL  
PROCESADO JOSE MARIA MARTOS VILCHES, ANTE ESE CONSEJO TIENE EL HONOR DE EX-

Que se haya de conformidad con la exposicion de los hechos del escrito de la acusacion Fiscal, si bien debe insistir en la circunstancia de que su evasion a zona roja no fué motivada por una afinidad con aquella CAUSA sino por el motivo sentimental de recoger a sus familiares.

Esto no desvirtua la figura de delito, pero puede predisponer nuestro ánimo favorablemente. De todos modos los hechos ejecutados por el procesado son constitutivos de un delito consumado de Auxilio a la Rebelion del articulo 240 del Código de Justicia Militar.

Procede la conmutacion por la pena de seis años y un día a tenor del apartado 8° del grupo 5° de las Instrucciones del 25 de Enero del 1940. No pueden estimarse estos hechos encuadrados dentro del apartado 11° del grupo 4° ya que éste marca taxativamente a los desertores en armas de antecedentes rojos, y el procesado no llevaba armas y era reconocidamente afecto al Movimiento Nacional. El hecho de ser voluntario no modifica esta calificación, toda vez que él no se evadió aprovechando el hecho de encontrarse en filas frente al enemigo. además y esto nos prueba de un modo evidente su afecion a nuestra causa el procesado una vez realizada su comision sentimental volvió a nuestras zona por Francia.

No han concurrido otras circunstancias y debe por tanto imponerse la pena mencionada con los accesorios legales correspondientes, exigiendole en su día la responsabilidad civil oportuna. Todo ello de acuerdo con los preceptos invocados y demás de general aplicacion.

No obstante el Consejo fallará en justicia.

Córdoba a 14 de Julio de 1943.

EL TENIENTE DEFENSOR.

*Juan Jacinto del C...*

Figura 5. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 97.  
Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.



GOBIERNO MILITAR  
DE  
CÓRDOBA

JUZGADO DE EJECUTORIAS

Juez Sr. *Fonseca Soto*

Ref. *7748*

Pongo en conocimiento de Vd. que en el día de la fecha ha sido puesto en libertad (prisión atenuada) al encartado en el Procedimiento núm. *2.608*

*Jose Maria Santos Vilches* de *35* años de edad, de estado *casado* hijo de *Jose Maria* y de *Catalina*, profesión *Agente Comercial*, natural de *Bedmar* y vecino de *la misma*

por haber sido condenado a la pena de *Doce Años y un día* por un Consejo de Guerra celebrado en la Plaza de *Cordoba* el día *4* de *Agosto* de *1943* y hallarse comprendido en los beneficios que señala el art.º 7.º del Decreto 2 de septiembre de 1941.

Debiend. presentarse ante esa *Comandancia* cada quince días y siempre en día festivo no pudiendo cambiar de residencia sin la debida autorización de la Autoridad judicial de esta Región, interesándole acuse de recibo para la debida constancia en autos.

Dios guarde a vd. muchos años.

Córdoba de ..... de 194

El ..... Juez de Ejecutorias.

Sr. ....

Figura 6. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. s/n (entre las pp. 96 y 97).  
Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.



DE F. E. T. Y DE LAS J.O.N.S.

JEFATURA PROVINCIAL DE

JAÉN



16

En contestación a cuanto me interesaba en su atento escrito de fecha 9 del actual, participo a V.S. que el falangista Jose<sup>Ma</sup> Martos Vilches no tenía grandes amistades con ningún individuo de la Organización y si las propias de compañeros adquiridas durante el tiempo de permanencia, siendo los que con mas frecuencia le trataban, D. Martin Merino Chicharro, Delegado Provincial de Ady y D. Pedro Medina Jefe Local de Lopera.-

Por Dios, por España y por su Revolución Nacional-sindicalista.-  
Córdoba 11 de Agosto de 1938

III Año Triunfal

El Comandante Jefe Provincial

Personal  
1289



*[Handwritten signature]*

Señor Juez Militar del Especial nº 2 de ésta

CAPITAL

Figura 7. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 16.  
Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.

DECLARACION DE  
D. Martin Merino  
Chicharro

En Córdoba a seis de Septiembre de mil novecientos treinta y ocho, Tercer Año Triunfal, ante el Sr Juez Instructor y mi presencia compareció el anotado al margen, y enterado de que va a prestar declaración y de las penas que señala la Ley al falso testimonio, prometió con arreglo a su clase ser veraz en sus manifestaciones, e interrogado por las generales de la Ley dijo llamarse como queda dicho, ser de años de edad; de estado casado natural de La Carolina y en la actualidad Delegado Provincial de Administracion de Falange de Jaen y con domicilio en esta Capital Plaza del Angel Nº 1.

PREGUNTADO CONVENIENTEMENTE DIJO : Que por la Jefatura Provincial de F.E T. y de las Jons de Valladolid fue trasladado a esta Jefatura Provincial de Jaen instalada provisionalmente en la calle Perez Galdos Nº uno, el Falangista JOSE M<sup>o</sup> MARTOS VILCHEZ siendo dado de alta en la referida Jefatura de Jaen . Que fue destinado como escribiente a la Jefatura Provincial de Milicias por ser del reemplazo de 1.929, cargo que desempeñó durante nueve meses, observando buena conducta. Que solicitó permiso para trasladarse a Algeciras del Alférez Ayudante que desempeñaba las funciones del Comandante de Infantería Sr. Rodríguez Acosta; que le extrañó al dicente que no regresara de la localidad antes mencionada, enterándose posteriormente que se había fugado a la zona roja, sin que encuentre explicación para que dicho individuo adoptara tal determinación, ya que de los informes que venía precedido eran inmejorables.

Preguntado si tiene algo mas que añadir, dijo: que no que lo dicho es la verdad en descargo de la promesa prestada. Leída que le fue se afirmó y ratifico y firma con SS<sup>a</sup> doy fe.-

*Antonio Gomez Romero*

*Antonio Gomez Romero*

Figura 8. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 18.  
Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.

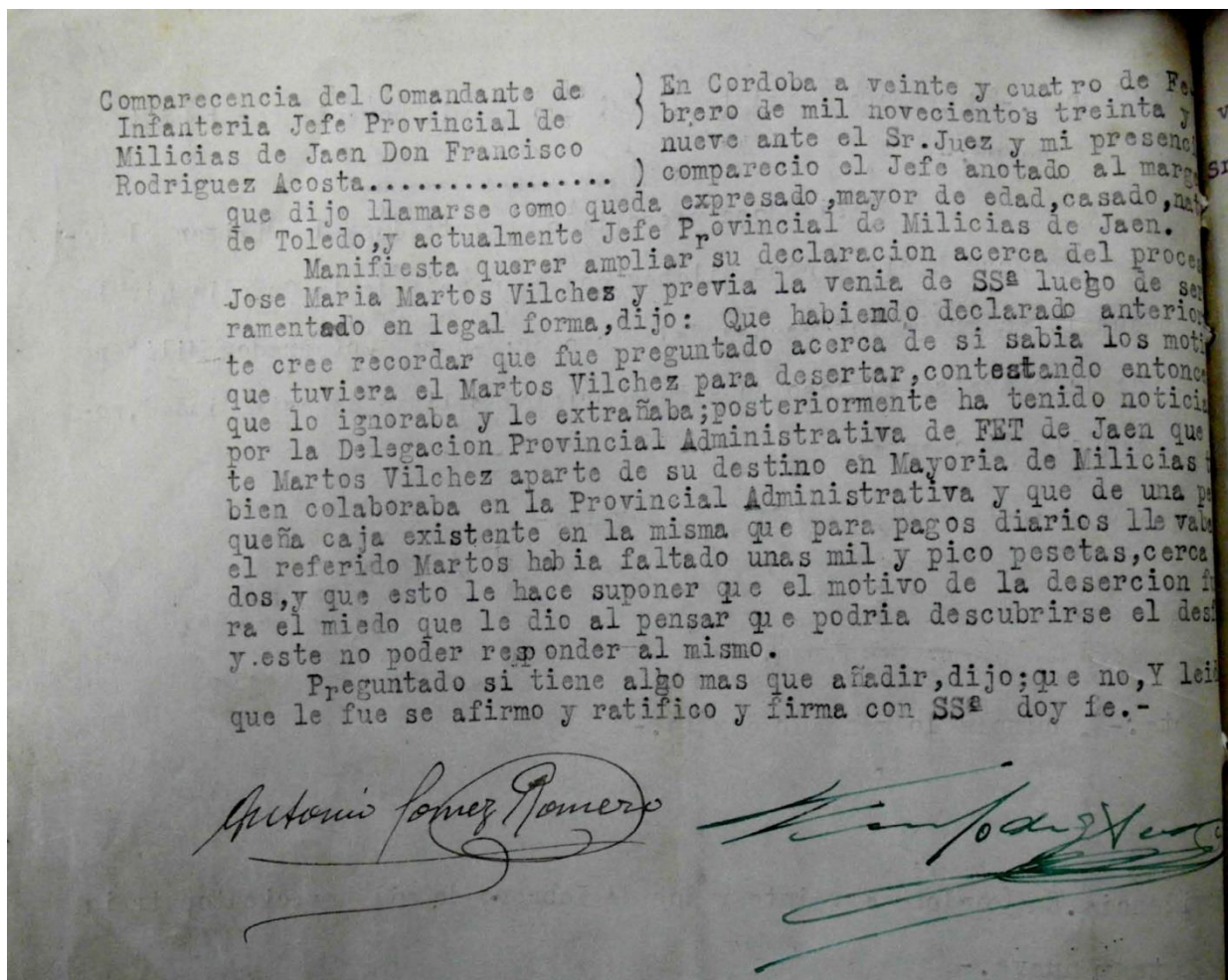


Figura 9. Procedimiento sumarísimo de urgencia nº 2608/40, p. 42.  
Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sevilla.

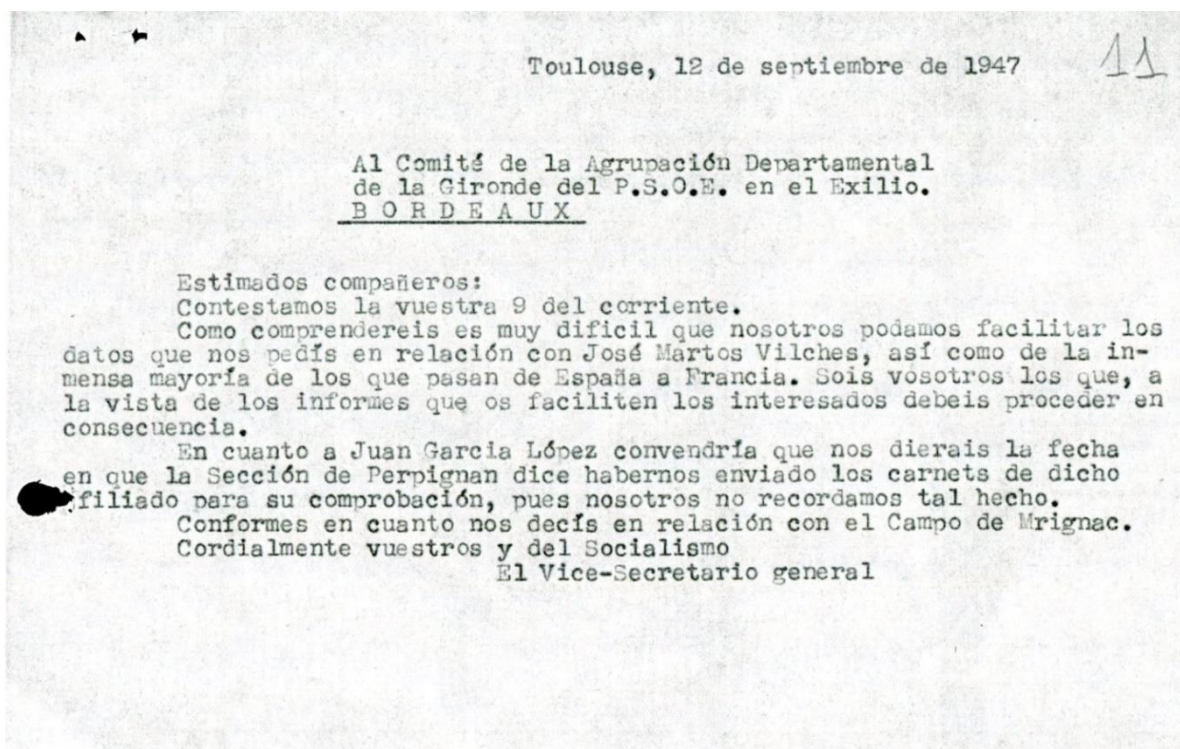


Figura 10. Ref.: AE 786-17/FPI. Archivo Exilio PSOE. Fundación Pablo Iglesias.

PARTIDO SOCIALISTA  
OBRERO ESPAÑOL



Agrupación Departamental de la Gironde  
125, RUE D'ARÈS  
BORDEAUX

10  
Bordeaux 9 de septiembre de 1947.

Partido Socialista Obrero Español  
Comisión Ejecutiva. T O U L O U S E.

Estimados compañeros: Procedentes de España han llegado a esta localidad, los compañeros cuyos datos y circunstancias se exponen a continuación:

JOSE MARTOS VILCHES. Natural de Belmar (Jaen), condenado por las autoridades franquistas a treinta años, y en libertad provisional desde el 22 de septiembre de 1943. Paso la frontera el 2 del pasado mes de agosto. Es de oficio chauffeur mecánico. Dice pertenecer al Partido desde el año 1933, y haber sido colaborador en "DEMOCRACIA".

Presenta documentos justificativos de sus afirmaciones en cuanto concierne a la condena, y a su libertad provisional.

JUAN GARCIA LOPEZ. Natural de Murcia, agricultor. Condenado a la pena de 20 años, hallándose en libertad provisional se evadió de España.

Presenta certificado expedido por el Comité Departamental del Partido en Perpignan, según el cual el interesado presentó los carnets del Partido y de la U.G.T. de España, carnets que fueron enviados a esa Comisión Ejecutiva para su verificación.

Habiendo solicitado ambos el ingreso en la sección de Bordeaux, os rogamos que nos faciliteis, si es posible, algún informe con relación al primero de los afiliados, y con respecto al segundo si la comprobación de los carnets ha dado el resultado que es de esperar, remitiéndolos a este Comité Departamental para concederle el ingreso definitivo por la Agrupación Local de Bordeaux.

Campo de Merignac. Nos referimos a la vuestra 3 de los corrientes, expresándonos nuestro acuerdo en relación con el campo de Merignac, de prestarnos alguna ayuda económica.

Este Comité os enviara todos los meses una relación de los compañeros, o familiares de afiliados, que pasen por el campo, con los gastos consiguientes que a nosotros nos hayan originado su salida. Podemos anticiparos que no serán muy grandes, y que en definitiva esa Comisión Ejecutiva apreciará en qué medida puede abonarlos.

Fraternalmente vuestros y de la causa del socialismo.  
POR EL COMITÉ EJECUTIVO.

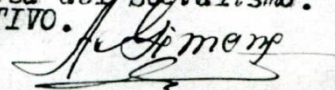
El secretario: 



Figura 11. Ref.: AE 786-17/FPI. Archivo Exilio PSOE. Fundación Pablo Iglesias.

APELLIDOS Y NOMBRE		MARTOS VILCHES Jose M <sup>a</sup>		N.º 6627	
	Domicilio	BEDMAR (Jaen)			
	Estado	C	Edad	28	
	Profesión	Agente Comercial - Chofer			
	Organización	U.G.T.	Carnet		
	Enrolado desde el	12/10			
		Madrid	13	de	Octubre
Batallón	ALPINO				
Compañía					
Sección					
Escuadra					
Grado					
Destinos especiales					
Firma del interesado					

Figura 12. Carnet de alistamiento al Batallón Alpino del Ejército de la República. 13 octubre 1936.  
 Ref.: ES.37274.CDMH/8.8.11.14//DNSD-SECRETARIA,FICHERO,41,M0129780.  
 Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca.